COMO-SE-CONQUISTA -LA-NOTORIEDAD

Jose Lopez Pinillos
(PARMENO)

LOS FAVORITOS DE LA MULTITUD

CÓMO SE CONQUISTA LA NOTORIEDAD

Esta obra es propiedad de su autor.
Droits de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norwège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LOS FAVORITOS DE LA MULTITUD

CÓMO SE CONQUISTA LA NOTORIEDAD

COPYRIGHT BY J. LÓPEZ PINILLOS, 1920

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1920

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo...
Cintas Rojas.
El Luchador.

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)
El pantano. (Drama.)
Nuestro enemigo. (Drama.)
La otra vida. (Drama.)
A tiro limpio. (Comedia.)
Los senderos del mal. (Comedia.)
Las alas. (Comedia.)
Esclavitud. (Drama.)
Caperucita y el lobo. (Comedia.)
La red. (Drama.)

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.

Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.

AL MAESTRO

JULIO ROMERO DE TORRES

CON TODA MI ADMIRACIÓN

DOS CAUDILLOS

Las luchas de Alejandro Lerroux

Los primeros años.—Cabrerizas.—La protección del falsificador.—Una calumnia.—En Madrid.—La cocina y los abonos.—Un prodigioso descubrimiento.—El periodismo.—Los ocho duros de Perpén.—Tres fracasos oratorios.—La dirección de «El País» y el tremendo Gomecillo.—Un discurso improvisado.—Persecuciones y encarcelamientos.—Las pesetas que se van.—El viaje a América.—La historia del hotel.

El Sr. Lerroux se sienta en un sillón, nos ofrece una pluma y principia a hablar:

—Pasaremos como sobre ascuas por muchas cosas, porque si no tendríamos tela para un mes.

Recógese a fin de ordenar sus recuerdos y nosotros examinamos discretamente la estancia. El moblaje, de tonos claros, es ligero y sólido. En las esbeltas librerías de nogal hay millares de volúmenes primorosamente encuadernados, en cuyos tejuelos rojos, verdes y azules se quiebra la luz de una monumental lámpara de bronce. Sobre una estantería, un grave busto de Rousseau parece reprocharle su gesto burlón y agrio a otro busto de Voltaire.

—En mi infancia—dice el Sr. Lerroux—no disfruté de excesivas comodidades. Mi padre, que fué veterinario en el Ejército y que después estudió Medicina, contaba con cincuenta duros para educar y mantener a siete hijos, y, aunque mi madre hubiera sido un portentoso ministro de Hacienda, nunca nos sobraba un real. Por eso yo, que deseaba ser militar, para que mi familia no se sacrificase por mí, senté plaza, y, como soldado de Ingenieros, trabajé en los fosos del castillo de Cabrerizas Altas—donde murió Margallo—, que se hacía entonces. Y no le diría más de mi paso por Melilla, si no me hubiese ocurrido allí una desgracia que me llevó a la cárcel por primera vez. Era ya cabo. Un día recibí a tres soldados enfermos que venían para que los diesen de baja, y no se por qué descuido, el médico—un Sr. Pin, a quien no olvidaré—se marchó sin verles. Lamentáronse los soldados, que, sin la orden del facultativo, enfermos y todo, tenían que retornar al cuartel, y yo, compadecido, suplanté al Sr. Pin y los dí de baja. Si hubiera arrancado la hoja en que firmé, nadie me habría podido acusar; pero se me fué el santo al cielo, denunció el abuso el Sr. Pin y estuve encerrado tres meses. Poco después me vine a la Península.

—¿Sin más tropiezos?

—Sin tropiezos en Melilla; que lo que es aquí... Había ingresado ya en la Academia, y mi hermano Arturo, que me llevaba ocho años, que era capi-

tán y que tenía dinero, debía esperarme en Málaga para darme lo preciso. Y contando con la protección de mi hermano y viéndolo todo de color de rosa, me embarqué en el *Numancia* con ese júbilo comunicativo de la juventud que nos haría fraternizar con los demonios. No con un demonio, pero sí con un hombre de cuidado fraternicé aquella noche. Se llamaba Eduardo Martínez, era poeta, había ganado la flor natural en unos Juegos florales celebrados en Málaga, e iba preso a Ocaña por seis o siete delitos de falsificación. Merced a la indulgencia del capitán del vapor, Martínez no viajaba en la barra, sino en la cubierta, y nos encontramos, y me confesó que era un preso político y que le perseguían por haber descubierto graves secretos de Estado, y, a los treinta minutos, nuestra charla no podía ser más fraternal. Me recitó sus versos, le recité yo los míos—porque yo escribí muchos versos en mi adolescencia—y así matamos las horas. Y llegó el día, y desembarcamos en Málaga, y él se fué a la cárcel y yo a un casuchito, con un duro que constituía todo mi caudal.

—Pero ¿y su hermano?

—Mi hermano, que acababa de perder unos miles de pesetas, no se había movido de su casa. Y figúrese usted mi situación, con el apetito que yo tenía entonces y sin un céntimo. Fuí a ver al Gobernador militar—el general Fajardo, que murió luego en la sublevación del castillo de Cartagena—y le pedí que me auxiliase: «Mi general, he

ingresado en Toledo, estoy en la miseria y no sé cómo salir de aquí.» Y fué muy amable: «¡Pues váyase a pie, o le llevará por la carretera y en conducción ordinaria la Guardia civil!» Acudí al Obispo: «Señor Obispo, he ingresado en Toledo, estoy en la miseria y no sé cómo salir de aquí.» Y fué muy piadoso: «Hay muchos pobres, hijo, muchos pobres, y yo tengo ya los míos.» Y en ayunas y un poco melancólico, recurrí al poeta falsificador, que me dió unos duros para que comiera, y que fortaleció mi espíritu. Y así pasé unos días, y una tarde Martínez me anunció que le trasladaban. Debí de palidecer, porque se apresuró a tranquilizarme: «Animo, Lerroux, que no le abandono. Usted se marchará de Málaga, porque, si no me queda dinero, me quedan amigos. Entregue usted estas dos cartas, que son para dos masones. Uno de ellos, al que le decimos Epaminondas, me favorecerá, de seguro. Y usted váyase mañana a la estación, que le costearé el viaje.» Entregué las cartas, dormí soñando en los masones y en el de los secretos de Estado, y dos horas antes de que saliera el tren estaba yo en la estación. Saludé a Martínez, que charlaba en el coche celular con un cabo de la Guardia civil: «¿Vinieron?» «Vendrán. Paciencia.» Y empecé a pasearme, y transcurrió el tiempo, y cuando ya la inquietud no me dejaba vivir, entró a escape un señor en el andén, se aproximó al coche celular y por la ventanilla enrejada comenzó a echar

puñados de duros. ¡Me brincó de tal modo el corazón y sentí tan extraordinarios deseos de abrazar al valiente Epaminondas!... Y le seguía, alborozado, con la mirada, cuando he aquí que entra aun con mayor rapidez, otro caballero, y que se detiene frente a la ventanilla y que comienza también a tirar duros por el enrejado... ¿Otro generosísimo Epaminondas? Pero no pude reflexionar, porque Martínez me llamó a voces y me llenó el gorro de plata. «¡Compre el billete, Lerroux!» Y al oirle, intervino el cabo: «No, hombre; entre aquí. ¿No le importa viajar aquí, compañero?» Y de este modo, gracias a un falsificador y a un guardia civil hice el viaje.

—¿Tardó usted mucho en ingresar en la Academia?

—No. Ingresé en seguida, porque me abrió un crédito el Coronel-jefe de estudios. Pero, como no recibía dinero de mi hermano, fuí a buscarle; y como no me lo dió, porque no lo tenía, no volví a la Academia y me procesaron. Por eso cierta gente quiso echar sobre mí el sambenito de desertor. Esa gente aparentaba ignorar que había cumplido el tiempo de servicio como voluntario y que se sobreseyó mi causa.

—¿Y se quedó usted con su hermano?

—No. Para no serle gravoso acepté, en Lugo, un empleo en Consumos. Cambié de nombre. El «consumero» de Lugo no se llamó Alejandro Lerroux, sino Manuel García, como un tío mío, cura,

al que no quise mucho. Con mi destinillo me fué muy bien. Ganaba diez reales y, comiendo admirablemente, gastaba seis. Así vivía yo cuando nos quisieron robar las Carolinas. Aquel año, con mis ahorros, me vine a Madrid, y al agotarlos fuí corredor de bolsas de papel, agente de seguros, maestro de agentes de seguros y director de un periodiquito que se dedicaba a los seguros también. Luego, bajo la tiranía de un simpático D. Blas Sales y Seguí, escribí libros hasta de cocina. Uno, titulado *Cien recetas*, aun se vende. Pero lo que más preocupaba a D. Blas era el ramo de la ciencia que trata de los abonos, y yo le proporcioné la satisfacción más grande de su vida «inventando» un invento prodigioso y regalándoselo para que lo explotara. Le dije que había descubierto en la Biblioteca Nacional una manera de transformar los sombreros muy usados en abonos químicos, y Sales estuvo a punto de enloquecer de alegría.

—¿Y cuándo entró usted en *El País?*

—Entonces. Poco después de mi descubrimiento. Entré por casualidad. Mi hermano tenía que defender a cuatro artilleros para los que el fiscal pedía penas muy graves. Escribí yo, que sabía un poco de leyes, la defensa, y el triunfo del defensor fué tan sonado que recurrieron a su palabra muchos infelices sometidos a la justicia militar, y a su pluma—que era la mía—algunos amigotes enamorados de la idea republicana. Fundaron un

periódico en Gijón, en el que mi hermano dió como suyos docenas de artículos míos, y una vez, por haberle replicado violentísimamente a un señor que ofendía a Catena—porque yo entonces era muy violento—, se tuvo que batir. A las pocas semanas le rogué que me recomendase a Catena y, aunque sin sueldo, ingresé en el periódico. En aquellos días, como las recetas culinarias y los estudios sobre los abonos estaban bien lejos de enriquecerme, hacía yo dificilísimos equilibrios para comer; pero un traje flamante, unas botas nuevas y un bombín acabado de comprar, me daban muy buen aspecto, y con un puro que fanfarroneaba en mis labios continuamente, conseguía que me tomasen por un burgués. Verdad es que el puro, gracias al arte con que lo administraba, me venía a durar unas catorce o quince horas. Así vegeté algunos meses, hasta que Catena, que le pagaba a Perpén ocho duros por el Bolsín, la temperatura oficial y el extracto de la *Gaceta*, se los quitó y tuvo la generosidad de señalármelos. Fué ese mi primer sueldo. Y usted sabe cómo llegué a la dirección de *El País* por la polémica con *El Nuevo Heraldo* y el duelo con Burell, y cómo me mantuve sin director responsable, aguantando procesos y batiéndome como si hubiera sido un Pini.

—¿Y cuándo empezó usted a hablar en público?

—Empecé a hablar decorosamente después de

haber fracasado en tres ocasiones de un modo espantoso. La primera fué en Cádiz. Llegó a Cádiz Luis Blanc—uno de los hijos de Cataluña más pintorescos que he conocido—, que se ganaba los garbanzos dirigiendo una Compañía infantil de zarzuela, y que fortalecía su espíritu pronunciando, al terminar las representaciones, discursos de propaganda republicana. Yo, que aun no había cumplido tres lustros, entré en el coro de la Compañía, para embolsarme dos realazos por noche y para deleitarme con las arengas de su director. Un día, Blanc atacó sañudamente a Castelar—uno de mis ídolos—y al catedrático de Historia, en el Instituto de Cádiz, Moreno Espinosa, a quien adoraba, y yo, que estaba en un palco, loco de indignación, sin saber lo que hacía, me levanté y pedí la palabra. La gente comentó con benevolencia mi arranque, y el propagandista, al terminar, me quiso oir: «Tiene la palabra el joven ciudadano que la ha pedido.» Pero el joven ciudadano, con un pavor horrible, se había metido ya en su catre para abominar de la oratoria y de los desvergonzados e imprudentes que, sin preparación, intentan cultivarla.

—Segundo fracaso.

—En Cádiz también. Habíamos constituído una «Sociedad literaria» y dábamos una conferencia semanal en el Paraninfo del Instituto. Llegó mi turno, y yo, que por confianza en mis facultades, ni pensé en prepararme, dije unas ton-

terías, comencé a tartamudear, y me quedé mudo como una ostra. Los compañeros se irritaron. «¡Esto de que pretenda ser orador un sujeto que nunca sabrá hablar!...» Y para darle al público defraudado una dedadita de miel, un chico, Luis López Saconne—que luego fué médico de la Armada,—leyó una oda.

—Tercer fracaso.

—Este fué más gordo. Como que ya dirigía yo *El País*. Había muerto no sé cuál republicano de fuste, y para honrarle se organizó una velada necrológica. Yo, que en mi luna de miel con la pelea, acababa de batirme con el doctor Escuder y con seis o siete personas más, asistía a todas las solemnidades, e inocentemente asistí a la velada. Presidía Hidalgo Saavedra. Hablaron algunos señores; pronunció Zuazo un correctísimo discurso, y ya iba aburriéndome, cuando oí esta terrible invitación de Saavedra: «El director de *El País* tiene la palabra.» ¿Yo la palabra? Pero ¿la había pedido? ¿Había manifestado deseos de hablar? ¿Por qué, entonces, sin advertirme siquiera, me la concedían? Me levanté lívido, tembloroso, e imposibilitado de huir como huí en Cádiz ante el verbo estrafalario de Blanc, vomité la siguiente oración: «Correligionarios: Comprendan ustedes... Es decir, no se sorprendan ustedes de que yo, poco... poco... poco aguerrido, y también... Porque a los periodistas..., por el hábito de escribir, se nos atrofia la palabra..., y aunque yo,

en esta ocasión, queridos correligionarios, quisiera, quisiera... responder... Pero, en fin... ¡Viva la República!» Grité ¡viva la República! como los cómicos gritaban ¡viva el Rey! en tiempos de Fernando VII, y caí desplomado. ¿Carecería yo de condiciones para cultivar la oratoria? Saavedra, al consolarme indulgentemente, me dijo con una absoluta claridad que no creía en mi: «Hombre, Lerroux, dispénseme. Yo, como los andaluces son tan verbosos, me figuré que usted podría hilvanar unos parrafillos. Perdóneme.» ¡Lo que gozaron aquella noche mis compañeros en *El País*!...

—¿Y les duró el gozo?

—Verá usted... En *El País* no me querían mucho. Unos me miraban con encono y otros con desdén, y casi ninguno me perdonaba la celeridad con que había ascendido. Realmente, allí escribían hombres de mérito, que cuando yo era corista en Cádiz disfrutaban ya de notoriedad, y su actitud reservada me dolía, sin sorprenderme ni indignarme; pero la frialdad, el odio mal encubierto y la envidia peor disfrazada de otros redactores justamente obscurecidos, llegó muchas veces a despertar mi cólera. Sin embargo, la refrenaba, y, tratándoles con una sequedad cortés, les fuí demostrando poco a poco que les podía dirigir. Uno de los periodistas, Curros Enríquez, buen poeta, buen caballero y criatura de bonísimo corazón, me ayudó, reconociendo la autori-

dad de que me habían investido, y su conducta hizo mella en los más recalcitrantes. Menos en uno.

—¿De los de arriba?

—De los de abajo. Los de arriba, gracias al talento, siempre se convencen con facilidad... cuando es justo que se convenzan. Pues ese de abajo, que se llamaba José María Gómez, que no era un serafín precisamente, y a quien por la ruindad de su figura le decían Gomecillo, me declaró una guerra sin cuartel. Para Gomecillo continuaba yo siendo el hombre del puro inacabable que redactaba gacetillas, telegramas y sueltos sin interés, y se reía de mis artículos, y me escuchaba encogiéndose de hombros, y me ponía sus cuartillas en la mesa sin despegar los labios y sin mirarme. «¿Qué se ha figurado ese besugo?»—exclamaba entre los compañeros.—«¿Que José María Gómez, cuarenta veces más escritor que él, va a deshonrarse entregándole las cuartillas? ¡Está fresco!» Y así nos mantuvimos una temporada. Gomecillo, que era presidente del Comité progresista, presenció mi fracaso en la velada necrológica, y aquella noche, enloquecido por el júbilo, convidó a café en la redacción, se movió como una ardilla, charló por los codos, aduló a sus camaradas, y hasta vertió sobre mí, endulzándolas hipócritamente, algunas gotas de veneno. «Calma, Lerroux. Eso le ocurre a cualquiera. Es muy difícil hablar. Resignación.»

Y quince días más tarde, con motivo de una campaña de propaganda, en cuya organización había intervenido como presidente de su Comité, sostuvimos este diálogo: «Oiga, Lerroux: yo iré a Segovia representando al periódico.» «No, no hace falta.» «¿Que no hace falta?... Entonces, ¿quién lo va a representar?» «El que lo dirige.» «¿Usted?» Lo dijo con tal sorna, con tal desprecio, que me tuve que contener para no pegarle. «Yo, Gomecillo.» «¡¡Usted!!» Pasmado, mirándome como se mira a los locos, estuvo unos segundos, mientras yo clavaba las uñas en los brazos del sillón, y por fin, encogióse de hombros y se fué.

—¿Y qué ocurrió?

—Ocurrió que al día siguiente, espoleado por el desdén de Gomecillo, me puse a preparar un discurso. Y salimos de Madrid. Hacían el viaje Salmerón, Pedregal, Ezquerdo, Romero Gil Sanz, Francos Rodríguez—que poco después se cortó la coleta republicana,—otros oradores de menos categoría, Gomecillo y yo. Mi celebérrima oración sobre la atrofia de la palabra en los periodistas, se había comentado con la natural impiedad y nadie creía en mí. Y menos que nadie, el diabólico Gómez, que bañándose en agua de rosas, decía a cada triquitraque: «Yo hablaré por el Comité, porque, representando a *El País*, tiene que hablar Lerroux.» «Tiene» que hablar; es decir, «está obligado» a hablar, no puede huir, no

puede disculparse..., y, por tanto, me dará la satisfacción de hundirse entre la rechifla del público. Confieso que, aunque animadillo por mis tareas preparatorias, entré en el teatro nervioso, y que, frente a la masa de mis correligionarios, me acordé con pavor de las disculpas de Hidalgo Saavedra, de Saconne y de su oda y del gesto furioso del propagandista cómico-lírico Luis Blanc. Pero levantóse Gómez y la indignación fortaleció mi ánimo. ¿Qué dispararía el hombrezuelo? ¿Comenzaría, como empezó uno de sus artículos, afirmando que «las fuerzas vivas del país estaban muertas?» ¿Y celebraría la gente con el necesario estrépito la graciosa originalidad de tan pasmosa aseveración?... Pero Gomecillo, para portarse como quien era, no tuvo que matar a las fuerzas vivas, y fracasó modestamente, sin que entre la riolada de sus dislates fulgiera alguno de un modo extraordinario. Y me tocó a mí. «El Sr. Lerroux tiene la palabra.» Me levanté automáticamente, y como si me hubiese dejado en el asiento mi preparación entera, durante unos segundos no supe qué decir. Pero miré a Gomecillo, que me contemplaba con una sonrisa compasiva, y se me caldearon de súbito el corazón y el cerebro, y rompí a hablar. Mas no de cualquier modo, sino con ardor, con fluidez, con abundancia, sin vacilaciones, sin miedo... Improvisé un discurso atacando despectivamente a la juventud descaecida, vieja ya al nacer, y elogiando y ani-

mando y espoleando a la juventud valiente y entusiasta, a la juventud joven, con palabras que salían encendidas de mi boca. Yo no sé cómo estuve; pero no debí de estar mal, porque Gomecillo, que principió mirándome estupefacto, acabó por estudiarse a conciencia las puntas de sus botitas y no volvió a sonreir. Lo único que no he olvidado de este primer discurso mío es que lo terminé con unos versos. Unos versos que leí en *La Ilustración* y que recordaré mientras viva. Cópielos usted.

Molécula a molécula agrupada,
terrón sobre terrón,
se va formando un monte lentamente
por yuxtaposición.

Las moléculas a que yo me refería en aquel teatro de Segovia, ya lo habrá usted comprendido, eran los jóvenes republicanos, que, uniéndose, podían formar la montaña de la República.

—Y después de aquel triunfo ¿qué hizo usted?

—Escribir y hablar. Ya no he parado, aunque muchas veces he pretendido pararme. El día de Cavite, como si hubiera sido mía la responsabilidad de la derrota, me encarcelaron, y merced a los procesos que me seguían por delitos de imprenta, me tuvieron nueve meses en la cárcel. Y de mi vida, de mi labor en Barcelona, de mis combates, de mis rachas de suerte y de desdicha, ¿qué he de contar que no sepan todos?

—Pero ¿qué sabe la gente? La gente sabe que tiene usted automóvil y que vive usted en un hotel propio. Y la gente sospecha que sólo se preocupa usted de negociar y que es usted millonario.

—Sí. Como vivo igual que un millonario... Que un millonario modesto, naturalmente. Mas me faltan, no ya los millones, sino los miles de duros, los miles de pesetas, los miles de perros gordos... Es decir, que este millonario, si no trabajara, no podría comer.

—De modo que usted ¿no ha ahorrado?

—¿Y de qué manera? No, no he ahorrado. Y conste que no soy un dilapidador y que administro mi caudal muy prudentemente. Tan prudentemente, que aun poseo el duro con que desembarqué en Málaga. Los demás duros... ¡Si tuvieran sentido común los fantaseadores que se divierten calumniándome!... ¿Cómo se ha de enriquecer un infeliz cuya familia se compone de unas decenas de miles de almas?... Porque mi familia es mi partido.

—¿Y se le va mucho dinero en el partido?

—El que gano, que, por desgracia, no es mucho. Para el partido fundé *El Radical*, y *El Radical*, en sus seis años de vida, ha venido a costarme unas 700.000 pesetas. Pero ha muerto limpio de todo contacto humillante: sin una subvención, sin haber reptado jamás, en busca de la papa, como un valiente reptil. La Casa del Pue-

blo, de Barcelona, me debe unos 25.000 duros. Y ciertos correligionarios... Pero los correligionarios nada me deben, porque cuanto tengo es suyo. Los radicales no apalean la plata. ¡Mas es tan difícil ganar dinero!... ¡Si supieran mis maliciosos detractores los apuros en que me he visto!... Cuando decidí marcharme a América, no disponía ni de un real y tuve que pedir auxilio a mi gente. Y sólo de Almadén me enviaron 3.250 pesetas los mineros. Figúrese usted lo que significan sacrificios de esta índole para un hombre de corazón. Sí, señor; trabajo con terrible energía, aprovecho todo asunto que lícitamente viene a mis manos para negociar... y lucho animosa y alegremente, sin que me perturbe con exceso ninguna preocupación de orden crematístico, porque en mí hay más de cigarra que de hormiga.

—De hormiga no ha tenido usted más que una previsión: la de comprar el hotel.

—¡Ah! Pero, ¿usted cree que he comprado el hotel pagándolo a tocateja? ¿Se imagina usted que tuve un sueño de príncipe asiático y que lo quise materializar adquiriendo el hotel?... ¡Por Dios, amigo mío! Debo este hotel a los caseros de Madrid. Es un presente—un presente que devoró mis modestas economías—que le debo al odio.

—¿Cómo al odio?

—Al odio, al odio. Y al miedo también. Y a la debilidad, y a la incomprensión. A mi regreso

de América quise tomar una casa en Madrid. Amplia, soleada, alegre... No por mí, sino por mi mujer, para quien siempre me han parecido pocas todas las comodidades. Busqué, y a la semana vi un cuarto, en la calle de Goya, que me convenía, y visité al administrador, que era un comandante, y firmamos el contrato. Y a la mañana siguiente se me presenta el administrador, y con mucha torpeza en la palabra, y poniéndose de mil colores, me dispara este discurso: «Señor Lerroux: como tiene usted un contrato en su poder, no he de discutir su derecho a vivir en la finca que administro. Pero esa finca es de mi hermana, señora muy piadosa, que—¡perdónela usted!—al enterarse de quién es su nuevo inquilino se ha horrorizado, y yo quisiera tranquilizarla. ¿Le perjudicaría mucho buscar otro cuarto, Sr. Lerroux?» El asombro no me dejaba responder, y el comandante continuó: «Ya sabe usted cómo son las mujeres... Usted, por sus luchas, naturalísimas, dadas sus ideas, tiene entre las personas de orden una reputación... Una reputación... Ya comprende usted. Mi hermana teme que—¡un disparate!—teme que asalten la casa, que coloquen una bomba en la escalera... Y como todos los inquilinos son burgueses de buena posición, y como el negocio...» Le interrumpí: «Bien, bien. Romperé el contrato, puesto que es una señora la que me lo pide». «Señor Lerroux, yo...» «No, no se disculpe. Si prefiero romper-

lo. ¿No cae en la cuenta de que su hermana, empujada por su piedad, podría darle un disgusto a mi mujer?... Y entonces la bomba la colocaría yo.»

—¿Y siguió usted buscando?

—Seguí buscando, y aquel mismo día, en la calle de Jorge Juan, dí con otro cuarto de 75 duros, como el de la señora piadosa, y abordé al administrador: «Me conviene la finca. Le voy a pagar a usted un año adelantado, para evitar trabacuentas, porque yo viajo frecuentemente». El administrador, satisfechísimo, formuló la pregunta de reglamento: «¿Su gracia de usted?» «Alejandro Lerroux.» Y maldita la gracia que debió de hacerle mi gracia, porque soltó la pluma, se introdujo un dedo en la nariz y comenzó a silbar. Después dijo sonriéndose: «Muy bien. Ya hemos quedado en que el cuarto paga anualmente 600 pesetas.» «No, señor. Hemos quedado en que paga 75 duros al mes.» ¡Lo que gesticuló entonces el zorro para representar su sainete!... Se había equivocado; creía que yo deseaba un cuartito de la calle del Mesón de Paredes, porque como el de la calle de Jorge Juan tenía ya inquilino...

—¿Miedo a las bombas también?

—También. Pero aquél se fastidió, porque aquella tarde alquiló mi cuñado el piso, y al día siguiente estábamos de mudanza.

—¿Y consiguió usted conquistar al zorro?

—¡Quiá! ¡Si vendieron la finca! La compró una señora, viuda de un republicano...

—Menos mal.

—¿Menos mal?... A la semana pusieron en la puerta un Corazón de Jesús, a los dos meses me habían subido el alquiler y a los cuatro habían querido desahuciarme... Y ya estaba yo dispuesto a pleitear, cuando un amigo me habló de este hotel. Valía 50.000 duros; yo tenía los 20.000 que traje de América; entregándolos e hipotecando además la finca en 30.000, me libraba de los caseros... Y los entregué e hice la hipoteca, gracias a «El Hogar Español», y de ese modo me convertí en propietario. Esta vulgarísima historia disgustará a mis enemigos; pero como no tengo otra más original que ofrecerles...

El primer Caballero de San Fernando.

El museo del general.—Cuba y Santo Domingo. El primer muerto. — Nuestros vencedores: el hambre, la sed y las moscas.—La evacuación. El combate de Jaina.—La trampa.—Tres días sin comer.—Los carlistas.—La batalla de Bocairente.—Un balazo providencial.—En Mindanao y en Cuba.—¿Quién mató a Maceo?—Las angustias de los rebeldes.—Un "sablazo" de Máximo Gómez.—Los espías.—La dimisión.—El tío del mal genio.

Admirábamos un escritorio japonés de una labor maravillosa, cuando entró el general Weyler.

—¿Quiere usted ver algunas curiosidades?... De prisa, porque si hemos de charlar un rato...

Y de prisa, escuchando las explicaciones del anciano caudillo, que aun tiene los ojos de acero, la palabra enérgica y el paso firme, recorrimos una galería y varias estancias y nos detuvimos más de una vez ante los objetos que con más fuerza despertaron nuestra curiosidad: El revólver de Maceo, el sable de Quintín Banderas, la silla del Emperador Maximiliano...

El revólver de Maceo, el que llevaba al des-

plomarse mortalmente herido, es un *smith* grandote, con las cachas de nácar, como los que usan para disparar contra los gallos los pelantrines de Andalucía; el sable de Quintín Banderas, tremendo, larguísimo y con la cazoleta recogida, tiene abollada la vaina, y la silla de montar del emperador Maximiliano, hecha en Méjico, está bordada tan lujosamente como el manto de una Dolorosa.

Junto a varios cañones filipinos—«lantacas»—hay uno doble, una joya por su rareza, que don Valeriano dejará al Museo de Artillería, y en ocho o diez panoplias relucen, pulidos y engrasados, fusiles y rifles que pertenecieron a los cabecillas de Cuba y que, aún calientes, fueron cogidos por nuestros soldados. Hay también aristocráticas espadas; machetes recios para manos plebeyas; lanzas, flechas, cuchillos; modelos de fortines y de vapores y de botes; tablas japonesas portentosas y unos biombos, igualmente del Japón, en los que unas aves fantásticas extienden sus alas de oro en el misterio de un cielo de tinta.

Y frente a uno de esos biombos, y al lado de un maligno y barrigón Buda de bronce, comenzamos a hablar.

—Ya hace algunos años que empecé mi carrera... Tenía yo trece cuando aprendí la instrucción, manejando el fusil de chispa, y diez y seis cuando salí de alférez. No eran malos aquellos tiempos

del honradísimo fusil de chispa. Créame usted.

—¿Se ascendía con más facilidad que ahora?

—Según. Yo debí mis primeros ascensos al estudio. Ingresé en la Escuela especial de Estado Mayor al terminar en Toledo, y a los diez y nueve años era teniente, y a los veintiuno, capitán. Y como entonces por ir a Cuba se ascendía también, tomé un vapor y me ví con las estrellas de comandante.

—¡A los veintiún años!

—No. A los veintitrés. Pero, de todos modos... Además, en el muelle de la Habana me esperaba una señora codiciadísima, con la que había soñado mil veces, y que, sin que lo sospechase yo, estaba resuelta a concederme sus favores.

—¡Caray, D. Valeriano!

—No piense usted mal, que la dama era la Fortuna. La Fortuna, que se me presentó harapienta, cochambrosa, con cara de hambre y con bigotes, como que venía alojada en el cuerpo de un vendedor de billetes de la lotería. Y este vendedor se puso tan pesado que le compré un décimo para ahuyentarle, y de la noche a la mañana me encontré con 5.000 duros.

—¡Comandante, veintitrés años, 5.000 duros... y fuera de casa! ¡Qué temporadita pasaría usted, mi general!

—Aunque le envié a mi padre, que era inspector de Sanidad militar, los 5.000 duros, no fué

maleja. En Cuba nos daban buenos sueldos y nos divertíamos. Banquetes, excursiones, teatros... A mí me gustaba mucho el teatro. Recuerdo que por aquella época fué a Cuba la Ristori. ¡Cómo nos entusiasmó!... Pero yo disfruté de las delicias de la Habana unos cinco o seis meses, porque se sublevó Santo Domingo y conseguí que me trasladasen a la isla. ¡Santo Domingo!... Usted se imaginará cómo es el infierno, ¿eh?... Pues traslade Santo Domingo al infierno, y así se figurará algo de lo que pasamos los que procedíamos de la Capua cubana.

—¿Por la guerra?

—¡Si nos reíamos de los insurrectos! Por el clima, por la miseria, por la desorganización, por la inutilidad del trabajo... ¡Se perdieron allí tantos estímulos y murieron tantas ilusiones!...

—¿Las de usted también?

—No, porque tuve una suerte grandísima. Debieron enterrarme allí, y ahora, a los cincuenta años, estoy hablando con usted... ¡A los cincuenta años, después de haber oído silbar aquellos centenares de balas! Verdad es que quizás las recuerde por haber sido las primeras que oí. Como recuerdo mi primer combate y el primer muerto que contemplé. Salimos con el general Gándara de la capital y caminamos hacia San Cristóbal, y en Bondillo comenzaron a disparar los insurrectos. Estábamos en un bosque, en la claridad del camino, y desde la espesura nos fusilaban

impunemente las tropas enemigas. Nos paramos unos segundos, se ordenó en el acto el ataque, nos metimos en la maleza para buscar a los que nos asesinaban, y de pronto se desplomó junto a mí, sin quejarse siquiera, un soldado de Cazadores de la Unión, que había acometido valentísimamente... Muerto. Le había roto el corazón un proyectil y tenía los ojos entornados, como si fuera a dormirse. Después he visto agonizar y morir a muchas criaturas, y he contemplado las mil caretas de pavor, desesperación, angustia, asombro, rabia y cólera que esculpe la muerte; pero ninguna me ha impresionado como la del soldadito que entornaba los ojos cual si se fuera a dormir.

—¿Y qué pasó en Bondillo?

—Lo que en todas partes: que se retiraron los insurrectos en cuanto descubrimos su madriguera.

—Y, sin embargo, la isla...

—La isla se perdió... como otras que no se debieron perder; pero no se perdió porque los hombres nos derrotaran. A los hombres, en los dos años que duró la guerra, siempre los tuvimos vencidos. Pero como no luchábamos sólo contra los hombres... Ya le he manifestado que Santo Domingo era un rincón del infierno.

—Pero, ¿por qué?

—Pues porque cuando nos alejábamos de la costa nos faltaban hasta el agua y los alimentos,

y porque el rigor de aquel sol y la humedad de aquellos bosques nos diezmaban cruelísimamente. En Monte Cristi no disponíamos más que de siete cuartillos de agua para todo: para lavarnos, para beber, para cocinar. En otros puntos la ración de agua era todavía más corta y carecíamos de pan algunas veces. En Samaná las fiebres, unas fiebres que convertían en espectros a los mozos de más robustez, dejaban los batallones en cuadro, y en Seíbo había unas mosquitas, tan horriblemente ponzoñosas, que sus picadas sólo podían curarse con una rápida cauterización. Y como en muchas ocasiones no se acudía con la necesaria premura, ¡murieron tantos hombres y hubo que mutilar a tantos para que no se murieran!... Por todas estas cosas, cuando Gándara pidió recursos para ir de Monte Cristi a Santiago de los Caballeros, residencia principal de los jefes de la insurrección, que hasta guardaban allí prisioneros españoles, O'Donnell o Narváez—lo he olvidado ya—acordaron con sus ministros la evacuación.

—¿Y cómo recibieron la noticia los enemigos?

—Los que yo ví, con bastante calma. Fuí yo el encargado de comunicarles la fausta nueva, y con una escolta de diez jinetes los busqué por sus escondrijos, con la prudencia natural para impedir que me saludaran a balazos. Por fin, un día descubrí a una de sus avanzadas; agité un papel, en

el que había escrito que deseaba hablar con algún jefe; lo clavé en un árbol; avancé, solo, cuando lo leyeron y me vi en seguida entre los individuos que la componían. «¿Quién es el que manda aquí?» Un negrazo me contestó: «Yo. ¿No me conoce? Usté, ¿no es el teniente coronel Weyler?» «El mismo.» Le dí un tabaco, le dije que abandonábamos el país, le entregué el pliego en que el General comunicaba oficialmente la noticia y me marché. Y ni el negrazo ni sus compañeros exteriorizaron su júbilo indecorosamente.

—Y la evacuación, ¿satisfizo a las tropas de España?

—No, porque se fueron, por culpa de Narváez u O'Donnell, después de vencer a costa de muchas vidas. Sin pan, sin agua, con moscas y con fiebre, se hubieran quedado bajo aquel sol y en la humedad de aquellos bosques por patriotismo y porque habían abonado la tierra dominicana con sangre española. Pero ¡ha abonado nuestra sangre tantas tierras que hemos tenido que dejar!...

—Y a usted, ¿qué le produjo la campaña?

—Mucho. Un ascenso y la recompensa que más estimo: la Cruz laureada de San Fernando. Fué la primera que se dió con arreglo a la ley de O'Donnell, que disponía que se abriese juicio contradictorio, porque antes se otorgaba como se otorga hoy la Cruz del Mérito Militar. De ma-

nera que soy el decano de los caballeros de San Fernando.

—¿Y cómo ganó usted la cruz?

—Es un poquito largo de contar. El general que mandaba mi columna quería ponerse en comunicación con Gándara y me eligió para que llevase sus partes y recibiera las órdenes del General en jefe, y con seis caballos y 120 infantes me separé de él. Un tal Marcano, mestizo, teniente de la reserva dominicana, que se batía junto a nosotros y que, después, en Cuba, fué teniente general de las tropas de la insurrección, iba conmigo de práctico y nos guió con habilidad y cautela tan grandes, que llegamos al Jaina sin disparar un tiro. Pero el Jaina, muy caudaloso junto a su desembocadura, no se podía vadear, y como era imposible que lo atravesaran mis infantes, porque no teníamos cuerdas para hacer balsas, y como yo estaba obligado a rematar mi excursión, le propuse al guía que lo pasáramos solos. El hombre me preguntó pasmado: «Pero ¿y la gente?» «Nos aguardará aquí». «¿Y si no volvemos?... Porque si no nos ahogamos en el río, que es lo más fácil, los dos solos, ¿vamos a cruzar tres o cuatro leguas dominadas por los insurrectos? ¡Sería un milagro!» «¡Pues como el milagro nos hace falta!...» Y ya el mestizo no protestó. «Adelante, adelante». Y él, mi asistente y yo, que tenía un tordo soberbio, metimos los caballos en la corriente, y vencimos al Jaina y alcanzamos la ori-

lla. «Ahora—exclamó mi compañero—a correr.» ¡Y cómo corrimos! ¡Con qué frenético galope salvamos llanuras, arboledas y arroyos, percibiendo el estampido de los disparos y el zumbar de las balas!... Pero los insurrectos, tal vez sorprendidos por nuestra loca temeridad, no afinaron la puntería, y conseguí presentarme a Gándara sin el menor rasguño en la piel.

—¿Y cómo pudo usted regresar?

—Con una columna de 1.000 hombres que me escoltó hasta el Jaina y que se retiró después de verme pasar a nado el río. Aquella noche dormimos allí, y al clarear el día siguiente reanudamos la marcha. Iba yo refiriéndole mi carrera a un oficial, y aun no habríamos recorrido ni medio kilómetro, cuando tronó de súbito la fusilería y se detuvo mi gente. Después todo pasó con la celeridad con que ocurren las cosas en los sueños. El enemigo, que sorprendió a mi vanguardia, no se conformó con hacernos cejar, sino que, corriéndose por nuestros flancos, preparó el copo con una maniobra envolvente, cuyo buen éxito creía asegurado por la superioridad de sus fuerzas. Empecé a perder hombres: mi caballería sucumbió a la segunda descarga, y me quedé sin mi tordo, que se abatió herido por tres proyectiles; pero, aunque rodeado, no me desanimé, y retrocedí pulgada a pulgada, batiéndome, y mientras con 50 mozos contenía a 700 u 800 energúmenos, hice que los demás, a orillas del río, que nos

defendía, derribasen árboles, y me atrincheré sólidamente y pude burlar a los confiados negros.

—¿Se dispersaron?

—No; pero suspendieron el ataque, seguros de que no llegaría ni uno vivo a nuestras trincheras. Y esta suspensión del ataque estuvo a punto de acabar con nosotros, porque el general de mi columna, que oyó el fuego desde San Cristóbal y que nos quiso favorecer, al notar que se restablecía la calma suspendió sus preparativos, creyéndonos copados.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Pues resistir por espacio de tres días, atracándonos de agua del Jaina para engañar el hambre y apretándonos los cinturones para que no gruñesen mucho los intestinos. Ya empezaban a roer cortezas de árboles muchos soldados y a hablar solos algunos, y ya estaba yo decidido a sucumbir o a abrirme paso, cuando oí un celestial estrépito, el de la fusilería, y cuando vi correr a nuestros sitiadores... Y a los pocos minutos abrazábamos a los camaradas de la columna.

—¿Se habían enterado por fin?

—No; pero como los habían embestido en San Cristóbal y como necesitaban órdenes... El general se portó bien: formó la división e hizo que a los supervivientes de mi columnita se les rindieran los honores de capitán general con mando. Y luego... luego tuvo una ocurrencia admirable: la de ordenar que demostrasen los rancheros su sa-

biduría; pero como se nos había olvidado la manera de masticar... A mi me invitó un capitán de Infantería: Barraquer—un hombre muy valeroso, que llegó a general de brigada,—y tenía tanta hambre, que no comí.

—Este del Jaina, ¿ha sido su apuro más tremendo?

—Quizás; pero no ha sido el que más me ha impresionado.

—De Santo Domingo, ¿salió usted para España?

—Para Cuba, presintiendo la insurrección, que estalló al poco tiempo. Trabajé mucho como jefe de Estado Mayor, a las órdenes del conde de Valmaseda, y el 73, ya con el grado de general de brigada, me vine a la Península. Descansé unos meses, me confió Castelar el mando de unas fuerzas para que combatiese a los carlistas, y en cuanto me los encontré me vi en el terrible apuro a que me referí antes. Un apuro que me busqué yo y que por casualidad no me costó la vida.

—Cuente usted.

—Los carlistas, ensoberbecidos, con tropas muy entusiastas y muy bravas, nos tenían en jaque en todas partes, y los nuestros se batían sin esa absoluta confianza de vencer que es la mitad del triunfo. Palacios, el capitán general de Valencia a cuyas órdenes debía yo operar con mi brigada, me dijo que el enemigo, según sus informes, iba

a cruzar el Júcar, y me mandó que lo persiguiera sin salir de la provincia y que no me arriesgase a entablar ninguna acción como no fuera en condiciones extraordinariamente ventajosas. Esto me disgustó, porque se acercaba a Valencia Santés, un general muy osado y un poco engreído, que no vacilaría en caer sobre mí. Y disponiendo él de dos brigadas, por lo menos, ¿qué haría yo cuando me agrediese? ¿Huir, en vista de mi inferioridad, convirtiéndome de perseguidor en perseguido? ¿Pelear, exponiéndome a un fracaso y a que después me castigaran por mi desobediencia?... Y ya me había hecho estas preguntas un millón de veces mientras apisonaba los caminos con mis batallones sin divisar ni a un adversario, cuando una mañana, al partir de Boicarente, oí un ruido tremendo y vi caer a algunos de mis soldados. Era Santés, que, gentilmente, me saludaba con una descarga.

—Devolvería usted el saludo.

—Después de reflexionar un buen rato, porque devolverlo era cosa harto grave. Santés no acaudillaba 2.000 o 3.000 hombres, como creía yo, sino 6.000 infantes y 400 caballos, y en mis filas los infantes no pasaban de 1.000 ni de 100 los jinetes. Y con tal inferioridad, ¿debía yo aceptar la pelea? Palacios, el que pedía batallas en condiciones extraordinariamente ventajosas ¿disculparía mi temeridad? ¿Y olvidaría que me había batido prescindiendo de todas sus órde-

nes? De todas, porque la última me imponía el regreso a Játiva, y porque, caso de luchar, había de luchar en tierras de Alicante, puesto que Santés se encaminaba a Bañeras.

—¿Y cómo se decidió usted?

—No puedo explicárselo. Me estimularon tantas cosas... La reputación de Santés, el pensamiento de que una retirada mía era un triunfo suyo, el temor de que mis tropas se desanimasen... Además, recordé la victoriosa excursión de Gómez, tan comentada y tan alabada, y enrojecí de indignación. Gómez no se impuso por su talento y por sus ánimos, sino por la desidia de los que debieron perseguirle y acorralarle, y tal vez esa misma desidia fuese el manantial de donde Santés sacaba sus bríos. Y para enturbiarle el manantial le acometí... es posible que con excesiva precipitación. Y es posible también que esa precipitación, que al principio me hizo no utilizar todos mis soldados, me salvase después, proporcionándome un refuerzo.

—¿De qué manera se desarrolló la acción? ¿Fué reñida?

—Reñidísima. Santés, que, como ya le he dicho, marchaba hacia Bañeras, tenía que pasar por los altos de Camorra, y ese punto elegí yo para atacarle de flanco y cortarle. Y le ataqué con mucha energía, y le tomé sus primeras posiciones; pero, viéndose en peligro, lanzó contra mis muchachos todas sus reservas en una fulmi-

nante reacción, y en diez minutos me dispersaron dos batallones, me tomaron dos piezas y avanzaron hacia Bocairente con una furia que parecía imposible contener. Aquellos instantes fueron para mí tan angustiosos, que si no me hubiese dejado el caballo en el pueblo y el revólver en la pistolera de la silla, me habría pegado un tiro. Pero me sostuvo la propia desesperación, y paré en seco a los furiosos de Santés con un batallón de Cuenca que se habia quedado en Bocairente para recoger los bagajes, y que acudió con magnífica valentía, y con aquellos mozos, con los del regimiento de Aragón y con los jinetes de Villaviciosa restablecí el combate. Sin embargo, mi situación no podía ser más crítica: me faltaban dos batallones, y 6.000 infantes envalentonados y 400 jinetes ansiosos de pelea iban a caer sobre mí. Y si los jinetes caían sobre mí y quebrantaban a mis soldados, estaba perdido.

—¿Y cayeron?

—Eso mandó Santés; pero cuando se aproximaban al trote los caballos, una bala hirió en el pecho al coronel carlista y detuvo a sus hombres, y entonces yo disparé a los míos, que penetraron en sus filas como un proyectil, y esta carga afortunadísima me libró de los jinetes de Don Carlos.

—Gracias a una bala.

—Gracias a una bala que, paralizándolos, les quitó las ventajas del número y de la velocidad; pero gracias también a la bizarría con que los

acuchilló, al frente de los de Villaviciosa, el coronel Pacheco. Verdad es que en aquella ocasión no hubo quien flaquease. Como la carga no podía decidir el triunfo, puesto que no iban cien caballos a patear a unos miles de hombres, y como aquellos miles de hombres seguían resueltos a aplastarnos, fué preciso poner toda la carne en el asador para conseguir la victoria, y no hubo en nadie ni un segundo de vacilación. Formé tres columnas: en la del centro, que se componía de soldados de Aragón, iba yo con su coronel, Morales Reina; la de la derecha, también de mozos de Aragón, la mandaba un teniente coronel, y la de la izquierda, de infantes de Cuenca, la regía el coronel Otal. Y aun continuaba Pacheco repartiendo sablazos cuando nos fuimos sobre los carlistas, que se defendieron débilmente, porque no esperaban el ataque, y poco después ametrallábamos, con las piezas recuperadas, al enemigo y le obligábamos con nuestros fusiles y nuestras bayonetas a retroceder. Claro es que volvió a agredirnos, porque era valiente y estaba mandado con energía, y porque se avergonzaba de cejar frente a columnas tan pequeñas; pero a las cuatro, rendido ya, se retiró definitivamente.

—¿Fueron de importancia las pérdidas?

—De gran importancia, porque luchamos con verdadero encono. Yo tuve tantos heridos, que hasta el día siguiente no pude perseguir a Santés.

—¿Fuera de su provincia?

—Fuera de mi provincia... y con el ascenso a mariscal de campo y con la satisfacción de ver a mis tres coroneles convertidos en generales.

—¿Y qué más hizo usted en la guerra carlista?

—Lo más sonado fué lo de Breda, donde batí a Dorregaray y a Saballs. Entonces sitió a La Seo de Urgel Martínez Campos. Y de mis otras campañas, ¿qué voy a contarle?... Que estuve en Mindanao, que estuve en Cuba...

—¿Cómo son los filipinos?

—Los moros, muy bravos; y los indios, junto a buenas tropas y con el estómago lleno, van a todas partes.

—¿Y los cubanos?

—También son durillos de pelar. ¡Tenía Maceo una gentecita!... ¿No sabe usted quién le mató?

—Cirujeda.

—No, Peral. Un capitán, que hoy es coronel retirado. Yo había encerrado a Maceo en Pinar del Río como en una ratonera. La puerta era la línea de Mariel, con sus fortines y sus columnas volantes, y era dificilísimo que se escapase el ratón sin un mordisco del gato. Y el gato, en el momento oportuno, supo morder. Pero el gato fué Peral.

—¿Y le mató?...

—Su compañía, que hizo la descarga. Y nadie supo que había sucumbido hasta que, por la no-

che, el práctico, que le despojó, manifestó sus sospechas. Por cien duros le compré yo a aquel individuo todo lo de Maceo, y, menos el machete, todo está en mi poder: el revólver, los gemelos, el vaso de campaña, el reloj... No fué un hombre malo.

—¿Conoció usted a Maceo?

—¡Si peleó junto a nosotros en Santo Domingo! Servía con el grado de capitán en la reserva dominicana. Era valiente, leal y simpático. Al revés que Máximo Gómez, comandante de la reserva también, que se ganaba en un minuto mil antipatías, que obraba tortuosamente y que se encomendaba a la habilidad, sin duda para que no se le acabase el valor. ¡Y tenía un genio!...

—¿Le trató usted?

—En Santo Domingo, muy poco; en Santiago de Cuba, adonde fuimos después de la evacuación, algo más. Nos había aproximado el infortunio, y los de la reserva dominicana y los oficiales españoles fraternizábamos. Por cierto que un día... Bueno; hay que advertir que los de la reserva no cobraban un real. Pues un día, Máximo Gómez, que estaba pereciendo, me pidió cinco duros, y yo, que siempre he tenido algunos posibles, se los dí. Vamos se los presté.

—¿Y le pagó?

—Ni con buenas palabras.

—Pero no sería por falta de dinero, puesto que llegó a generalísimo.

—Sería por falta de voluntad. Lo cierto es que no me pagó. Ni me escribió. Y durante la guerra, aunque fuera por darse el gusto de protestar, como el buen Maceo, me escribieron casi todos los cabecillas.

—¿Sigue usted creyendo que los habría inutilizado?

—¡Naturalmente! Si los tuve a dos dedos de pedir la paz. Yo, merced a los espías, me enteraba a diario de la situación del enemigo. Las epístolas de Estrada Palma a Máximo Gómez y a Maceo y las respuestas de los caudillos, y las cartas que Quintín Banderas recibía y contestaba, las leía yo gracias al capitán de un buque, amigo de Máximo, y gracias a un caballero, amigo de Quintín. Para éste le regalé en una ocasión al caballero un impermeable y unas gafas. Pues bien; la correspondencia de nuestros adversarios era un grito de dolor. Decía una vez Estrada Palma: «Para guerrear es preciso dinero, dinero y dinero. Y no lo hay. Las naciones prometen mucho; pero nada nos dan. Es imposible seguir.» Y confesaba Máximo Gómez que la concentración no les permitía aprovechar los desembarcos, y que sin desembarcos la resistencia era una locura. ¡Lo que pude conseguir!... Pero murió Cánovas, me relevaron, no se opuso nadie a las maniobras de los Estados Unidos... y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Mi sistema de guerra sería un poco duro; pero como lo duro suele ser eficaz...

—Sí, suele serlo. Ahora que...
—¿Qué? ¿Se figura que es mi dureza excesiva?
—¡Por Dios, general!
—No. Sí lo dice todo el mundo. Dicen que soy el «el tío del mal genio». ¡Del mal genio! Le voy a contar una anécdota. Era yo ca pitán general de Canarias. Veraneaba con mi familia en La Laguna, e iba diariamente a Santa Cruz, a caballo. Pues un día me alcanzaron en la carretera tres labriegos, y nos pusimos a charlar, y salió a relucir mi nombre: «¡Ese tío!... ¡Vaya un vinagre que es ese tío!» «¿Por qué?» «Porque es un vinagre. ¿No sabe usté lo que hizo la mañanita que llegó? ¡Formar las tropas y, eso que estaba lloviendo a cántaros!» «¡Qué atrocidad! Y él en su coche.» «No. A pie.» «Pero con su impermeable.» «No. Tampoco.» «¡Ah! ¿Se mojó?» «Se mojó». «¿Y no le conocen? Porque hoy recibirá a los jefes de la escuadra francesa y le pueden conocer...» Y le conocieron, y yo no sé si rectificarían; pero lo que sé es que «el tío de vinagre», al verles, se sonrió.

LOS TRIBUNOS DE LA PLEBE

Los trabajos y los triunfos de Prieto.

Recuerdos de la infancia.—Un comerciante valeroso.—La ceguera.—Un oficio formal.—El tártaro.—La taquigrafía y la ropa.—El periodismo. Una broma pesada.—El arbitrista.—La suerte de Berrio-Ochoa.—La batuta del Nuncio.—El conflicto y la huída.—En el caserío de la momia.—Un sermón evangélico.—En el monte.—Diez días de bombardeo y mil reales de cocido. La victoria final.

—Por aquí, amigo Prieto, se dice que ha vendido usted periódicos en la calle. ¿Es verdad?

—Sí. He vendido periódicos, y abanicos, y cordones para las botas.

—De manera que usted...

—Yo he sido muy pobre, muy pobre, y muy orgulloso, muy orgulloso. Figúrese, pues, lo que habré padecido. Mi padre, que desempeñaba el cargo de contador en el Ayuntamiento de Oviedo, era un hombre de grandísima austeridad, generoso y limpio de ambición. El marqués de Campo Sagrado le honraba con su amistad, y la espuma de Oviedo le respetaba y le quería. De tal modo, que cuando se murió, nuestra calle, con la gente gorda que acudió al entierro, quedó convertida en un bosque de chisteras. Yo creo que

desde entonces, por una relación absurda que estableció mi inteligencia de niño entre los sombreros de copa y la muerte, odio las chisteras. Y continúo. Mi padre dejó muy poco dinero, y este dinero, para que no nos criticasen los parientes que vivían bien y los amigos empingorotados, se gastó en ataud, en sepultura, en clérigos, en funerales... Y llegaron los días de amargura. Mi madre solicitó una pensión—porque su marido tuvo un empleo en Hacienda—y se instruyó un expediente, que empezó a navegar por el océano de la burocracia con majestuosa lentitud, mientras agotábamos nuestros recursos. Y hubo que repartir la carga. Mi hermano—un muchachillo valiente, que a los doce años emigró a Cuba para no soportar la miseria—fué amparado por un tío nuestro, y otros parientes me recogieron a mí...

—¿Y comenzó su calvario?

—A los pocos días. Los primitos, que me recibieron con un cariño hipócrita, a la semana no se molestaron en ocultarme su desdén, y yo, herido, comprendiendo, a pesar de mis cinco años, que sobraba allí, comía sobriamente, por timidez, y ni me atrevía a jugar con ellos por temor a sus sarcasmos. Una tarde el mayorcito me ordenó que le limpiara las botas, y me negué; pero insistió altivamente, y entonces le aticé un botazo en la coronilla y me fuí a mi casa. Mi madre no me regañó. Se había resuelto el expediente: tenía once duros de viudedad, contaba con el montoncillo

de pesetas que le entregaron en calidad de atrasos, y podía emprender algún negocio. Y puso una casa de huéspedes. ¡Qué negocio!... Nuestros primeros pupilos, los artistas italianos del circo Ferroni, animaron mucho a mi madre. ¡Eran tan alegres, tragaban con tanto apetito y elogiaban con tan exquisita cortesía los platos!... Pero no pudieron pagar, y todo se lo llevó la trampa.

—¿Y que hicieron ustedes?

—Emigrar. Mi madre no se resignaba a vivir en la miseria en un sitio donde había gozado de algunas comodidades, y vendió los muebles, y salimos para Santander. La víspera del viaje ocurrió una cosa que no he conseguido olvidar. Me llevó a una tienda para comprarme una gorrita; se fué sin adquirirla porque no le convino el precio, y por fin se decidió, y me envió con la criada para que me la comprase. La criada era una criada a la antigua: un portento de lealtad, de fidelidad, de adhesión, a la que mi madre ponía en las nubes. Y habló así con la tendera: «A ver. Saque la gorrita que escogió la de Prieto.» «¡Ah! Pero ¿era la de Prieto? Mal venía la pobre.» «Como que ni tiene para comer. ¡Si la presunción se pudiera guisar!» Y la criada modelo, creyendo que yo no la entendía, se burló canallescamente de mi madre. Desde aquella mañana la lealtad, la fidelidad y la adhesión de los criados, son para mí un mito.

—Adelante.

—Al llegar a Santander vimos, con el consiguiente pasmo, que una curiosa transformación había mermado de un modo horrible nuestra hacienda. Mi madre metió en el baúl un reloj de oro, unas alhajillas, unas buenas sábanas..., y el reloj, las alhajillas, las sábanas y las ropas mejores se habían convertido en el tren en unas hermosas piedras. Y, por miedo a la Montaña, donde eran posibles tan misteriosas transformaciones, nos fuimos a Bilbao, y nos metimos en el más angosto mechinal de una barriada obrera. Y entonces, para estirar los 210 reales de nuestra pensión, me dediqué yo al comercio. Pero, como le dije, no vendía periódicos únicamente: vendía cerillas—aquellas cerillas de «El Centauro», tan abundantes y tan baratas—, papel y sobres, lápices y plumas, correas para el calzado, botones de hueso, pitilleras, imperdibles... Y, «en corridas», cuando entraba el público en la plaza, vendía abanicos. «¡Eh, eh!... ¡Sol y sombra, señores! ¡Al abanico! ¡Vendo aire! ¿Quién quiere aire?... ¡Eh, eh!... ¡Sol y sombra, señores!»

—¿Y no hacía usted más que eso?

—No. Hacía algo más. Estudiaba en el colegio de la capilla evángelica. Allí me limpié de prejuicios en materia religiosa oyendo hablar mal de los católicos. Como antes había oído horrores de los protestantes, prescindí de unos y de otros. Enseñaban un poquito; pero nos hacían berrear unas lindezas... Oiga usted:

«¡Oh, jóvenes, venid!
Su brillante pabellón
Cristo ha desplegado
Por toda la nación.»

Yo buscaba el pabellón todos los días al salir de la escuela. Esto me preocupó algún tiempo. Pero entonces mi preocupación gorda fué la de aprender. Con una avidez más terrible que mi ignorancia, leía cuanto llegaba a mis manos: periódicos, almanaques, folletines, versos... Y tanto leí, y de tal manera abusé de mis ojos, que enfermé gravísimamente de la vista, y tuve que pasarme en la obscuridad meses enteros porque la luz me producía insoportables dolores.

—¿Y dejó usted de leer cuando se curó?

—¡Quiál Hubiese preferido morir. Lo que hice fué buscar una profesión formal—abandonando el comercio libre y convirtiéndome en un asalariado—para asegurarme la lectura. Y la encontré, y gracias a un buen señor, recorrí toda la villa repartiendo novelas por entregas y mostrando una ampliación fotográfica para seducir a los presumidos. Como mi actividad era maravillosa, invadí también el cercado teatral, y con miras artístico-industriales, me hice comparsa. Tenía yo quince años; pero a Cornadó—que trabajaba en el Circo, al frente de su compañía de zarzuela—le dije que había cumplido diez y ocho, y me admitió. Me destaqué en seguida por mis gestos feroces, haciendo un tártaro en

La guerra santa, y reforzé al coro masculino.

—¡Ah! ¿Cantaba usted?

—No. Pero levantaba los brazos, me llevaba las manos al corazón, y abría la boca como si cantase.

—¿Y cómo no se le ocurrió a usted ser cómico?

—Porque me entusiasmó cierto oficio. Un día vimos en un escaparate, otro repartidor de entregas y yo, un *Tratado de Taquigrafía*, y leímos en la portada: «Modo de escribir 149 y media palabras por minuto.» Lo de la *media*, por su exactitud, nos conmovió, y compramos el librejo, y me lo sorbí—aunque era inútil—y me enteré luego de que la Diputación sostenía una cátedra de Taquigrafía, y me matriculé. ¡Cómo me recibieron!... Todos los alumnos, burguesitos, futuros comerciantes, vestían bien, y yo llevaba una camisa zurcida, una blusa rota, una boina sucia y unos pantalones de pana sujetos a la cintura con un cordel... ¿Podía yo esperar que fraternizaran conmigo?... Pero no lo pretendí, y sin verlos, porque me cegaba el orgullo, estudié febrilmente. Sin embargo, ante la proximidad del examen, tuvieron más fuerza mis harapos que mi audacia, y deserté. ¿Cómo me iba yo a examinar medio encueros? Y entonces el profesor, el buen caballero don Miguel Coloma, por caridad, hizo algo decisivo para mí. «Oiga. ¿Por qué no va a clase? ¿No puede? ¿No está colocado? Tengo

amigos que le auxiliarían.» A mí se me puso de pie la soberbia en el corazón. «Gracias don Miguel. Me dedico a la industria, y nada necesito.» «Pues preséntese. ¿Me oye? Se lo ruego.» ¡La fuerza que me dió aquel ruego!... Entré en *La Lucha de Clases* para pegar las fajas y llevar al correo los paquetes, con treinta reales al mes; reuní tres duros; compré un paño marrón, de una elegancia principesca, me lo cortó y me lo cosió un sastre socialista, Villarreal, y fuí por mi «sobresaliente» con la tranquilidad de un potentado.

—¿Y comenzó a medrar?

—Comencé a medrar. Entré en *La Voz de Vizcaya,* para sustituir a un muchacho que tomaba las conferencias telefónicas; dominé el trabajo, y me quedé en el periódico de redactor con 25 duros mensuales. Como había que escribir de todo, me solté, y de los telefonemas pasé a las gacetillas, y de las gacetillas a los sueltos, y de los sueltos a las informaciones, y de las informaciones a los artículos... ¡y hasta me atreví con la crítica teatral!

—¡Carámbolis!

—Sí; con la crítica. Y en calidad de crítico, con mis camaradas los señores del escalpelo, visité a Cornadó, que había regresado. Cornadó, artista muy galante, nos dijo en un bravo discurso que no se rendía a la Prensa—«la gran palanca»—por temor, sino por admiración y cariño, y nos obsequió con unos dulces, unas copas de jerez y

unos puros. Yo estuve a dos dedos de darme a conocer: «¡Señor Cornadó, que soy el tártaro!» Pero me contuvo el temor de que me perdiese el respeto. Como los malditos cajistas de *La Voz de Vizcaya*. Bueno. En honor de usted, me voy a hurgar en mi llaga más dolorosa, contándole la bromita. Se estrenó *Electra*, y yo, que hice el artículo, escribí, elogiando a la protagonista: «¿A quién no convence la señorita Martín Gómez en su papel de Electra, la niña juguetona de nobles impulsos?» Para meterse en la Redacción había que pasar por la imprenta, y al otro día, en cuanto entré, soltaron sus componedores los cajistas y me preguntaron, todos a la vez, rodeándome: «¿A quién no convence la señorita Martín Gómez en su papel de Electra, la niña juguetona y de nobles impulsos?» Y por espacio de dos años, cada vez que yo salía o entraba, el coro diabólico, sin piedad, con un énfasis burlón, que me enloquecía, me disparaba el desdichado parrafillo: «¿A quién no convence la señorita Martín Gómez en su papel de Electra, la niña juguetona y de nobles impulsos?» ¡Dos años así! ¡Con decirle a usted que, cuando no soñaba con la señorita Martín Gómez, soñaba con degollar con mi sable de tártaro a los cajistas!...

—¿Y siguió usted en *La Voz*, a pesar de la broma, amigo Prieto?

—No tenía dónde ir... Y que no era yo sólo el embromado, porque el maligno ingenio de los

cajistas y del regente a nadie perdonaba. Del regente, González, un proyectista fantástico, se podría escribir un libro. Recuerdo uno de los negocios que planeó, para convencer a un pobre diablo, al que deseaba convertir en su aparcero. Con un capital social de doce gallinas y una incubadora, que facilitaría el pobre diablo, se comprometería González — empezando la explotación en su desván—a adquirir un hotelito en medio lustro, y en dos lustros una granja, donde cebaría millares de pavos, de patos y de gallinas. Así consiguió las doce primeras.

—¿Y fracasó?

—No se puede asegurar que fracasara, porque como su mujer—que había enriquecido el Censo de Bilbao con un nuevo González—devoró el capital social, abortó el negocio. Pero el proyectista no perdió el buen humor, y con otra broma de las suyas, auxiliado por los tipógrafos, hizo feliz a nuestro redactor-jefe. A nuestro redactor-jefe le había obsequiado su padrino de boda —un ricachón—con un servicio de plata para té, y el pobre no cabía en el pellejo. «¡Eh, señores! ¡De plata! ¡Qué regalito! ¡Un juego de plata! ¡Como lo puedan tener en un palacio!» Y se inspiró González: «¿De plata? ¿Tiene usted la seguridad de que es de plata? ¿No se equivocará usted?» «¡Yo! ¡Equivocarme yo!» Y el redactor-jefe fué por el servicio, y estuvieron manoseándolo toda la tarde. Al día siguiente se rea-

nudó la discusión, y volvió a la imprenta la rica tetera con sus jarritos y sus tazas. Y desde entonces el redactor fué casi a diario a su domicilio por el suntuoso regalo, para discutir con los amigos de González, que unas veces se fingían comisionistas, y otras tasadores, y otras joyeros, y que siempre concluían por darle la razón al plumífero.

—Luego el regente no era malo.

—No. A mí me libró de una pulmonía, prestándome su capa para que fuese a tomar las conferencias, y sentí separarme de él.

—¿Fué usted a *El Liberal?*

—A *El Liberal.* ¡Y tuve un alegrón el primer día que entré en su imprenta!... Sí, porque los cajistas no me dispararon aquello de «¿A quién no convence la señorita Martín Gómez?...» Me fuí hecho un brazo de mar, seguro de que todo me saldría bien, y, poquito a poquito, me salió bien todo, y le saqué a la Prensa—*La Voz de Guipúzcoa*, *El Diario Español,* de la Habana, y los periódicos de la Sociedad Editorial—más de mil pesetas mensuales. Y navegaba así, cuando se les ocurrió a mis amigos los socialistas hacerme diputado provincial. ¡Yo diputado provincial en Vizcaya, donde la Diputación es un nido de ricachones y de caciques neos!... Me pareció tan absurdo el propósito, que me reí; pero después, por miedo a que la casualidad favoreciese con el triunfo a mis correligionarios,

les supliqué en una carta que no me presentasen.

—¿Y por qué le amedrentaba el triunfo?

—Porque tenía, por fuerza, que perjudicarme, robándome tiempo, flexibilidad para escribir y simpatías. ¿De qué manera iba yo a servir a mis periódicos? ¿Y cómo iba a evitar que sus directores desconfiasen de mí? ¿Y de qué modo me iba a sostener perdiendo las corresponsalías?... Combatí, pues, por compromiso, y me dejé llevar por mis partidarios—que habían roto mi carta—, seguro de que nos aplastarían. Y, para que nos aplastasen precisamente, en los discursos de propaganda extremé las notas radicales y anticatólicas, sin presentir lo que podía pasar.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me regalaron el acta un santo y el Nuncio.

—¡Caray, Prietol

—Lo que ha oído usted. El santo... Bueno, todavía no es más que beato; pero llegará a santo. El beato, que se llamó Berrio-Ochoa, fué un aldeanuco humilde, que, harto de sacar virutas, porque era carpintero, se hizo fraile, se marchó a no sé qué selváticas tierras, para predicar los Evangelios, y predicándolos pereció, mechado por los bizcaitarras de aquellos países. Nadie se acordaba del carpintero-fraile, cuando los neos de la Diputación, que necesitaban un santo vizcaíno, comenzaron a hablar de Ochoa; poco después consiguieron su beatificación—mandan-

do a Roma muchos miles de duros, porque hubo que pagar los gastos de beatificación de todos los que perecieron con el de Vizcaya—, y en seguida talló un imaginero adivino la estatua del bienaventurado, y la pusieron en un altar, en la iglesia de Elorrio—pueblecito donde nació Ochoa—, y hubo unos banquetes, unos bailes y unos tamborilazos de una ingenuidad conmovedora. Honraron las fiestas con su presencia el presidente de la Diputación, convertido por el Papa en caballero de la Orden de San Silvestre, y el Nuncio de Su Santidad. Y el Nuncio, mientras digería una comilona, no por lucir sus conocimientos musicales, sino por enaltecer a Berrio, dirigió el Orfeón bilbaíno. Mas ¿con qué lo dirigió?

—¿No lo dirigió con una batuta?

—Eso no tendría nada de particular. El Nuncio, influído por la sencillez campesina del beato y por la simplicidad de los comensales, lo dirigió con un panecillo. Pues bien; yo, con la intención de restarme sufragios, al hablar en las campas, en las tabernas y en los casinos radicales, lo conté todo: lo de la beatificación, lo de la Orden, lo del panecillo..., y el resultado fué que me eligieron por nueve mil votos, y que en el nido de ricachones y caciques neos se introdujo un endemoniado socialista.

—¿Y se perjudicó usted?

—Naturalmente. Sin embargo, pasé porque me reeligieran, y, cuando anularon mi elección,

salí concejal. Pero ya no podía defenderme, y me trasladé a Madrid para trabajar en la Gerencia de la Compañía Ibérica de Telecomunicación —que construye aparatos de telegrafía y telefonía sin hilos—, y aquí estuve hasta días antes de estallar la huelga de Agosto.

—¿Y qué impulsos le llevaron a Bilbao?

—Los de mi dignidad. Me llamaron mis electores, y no vacilé. Mientras padecían, ¿iba yo a continuar en Madrid, disfrutando como un cobarde egoísta de mis ocho mil pesetas de sueldo?... Y tiré el sueldo—porque dimití—y me junté con los míos.

—¿Pasó usted en Bilbao los días de la huelga?

—Casi todos. Huí, porque me comunicaron que me achacaban la organización de la revuelta, la resistencia a tiros, hasta el descarrilamiento... Y como me pareció absurdo dejar que me prendiesen...

—¿Y escapó con facilidad?

—Con facilidad, no; con suerte. Salí de Bilbao en automóvil con unos camaradas; pero nos vieron, y yo, por temor a una denuncia—temor justificadísimo, puesto que en Eibar cogieron a mis favorecedores—, abandoné el «auto» y me refugié en un caserío. A los dos días supe que me iban a descubrir, y me fugué a media noche, y con un palo al hombro, del que pendía un hatillo de ropa, y saludando con un calmoso «gabón» —que en vascuence significa «buenas noches»—

a los labriegos que encontraba, anduve por veredas y caminos vecinales hasta que me escondí en otra casuca. Cuando entré en ella rodeaban cincuenta guardias civiles la que había dejado.

—¿Y ya no volvieron a molestarle?

—¡Quiál En mi nuevo refugio no pasé más que una noche, porque me buscaban, y mi vecindad era comprometedora. Así me lo indicó el hijo del amo; pero, en vez de abandonarme, caminó horas y horas junto a mí, y me dejó en un caserío emboscado en el monte, donde me recibió un viejo más seco que una momia, que rezaba el rosario, en vascuence, a la luz de un candil. Allí pasé media semana tranquilo, y ya confiaba en mi salvación, cuando la elocuencia de un Demóstenes tonsurado me hizo temblar. El Demóstenes, cura de un lugarejo, declaró que el enemigo personal del beato Berrio-Ochoa—director demoniaco, además, de la revolución—estaba en la comarca. Y como añadió que Jesús premiaría al que me trincase, vivo o muerto, los aldeanos quisieron servir a Jesús.

—¿Cómo los burló usted? Parece imposible.

—Parece imposible. Sí. Como que se perdió en el monte el amigo que me acompañaba, y no sé cuánto tiempo estuvimos dando vueltas en la obscuridad, hiriéndonos con los abrojos, desesperándonos y maldiciendo. De súbito nos cegó una vivísima luz, y nos tiramos a tierra, creyendo que se aproximaba la Policía en un automóvil; pero la

luz no procedía de un automóvil, sino del proyector de un acorazado, y nos salvó en vez de perdernos, porque nos hizo encontrar el camino. Una hora después, en una casa segura de verdad, roncábamos pacíficamente.

—Y en esa casa, ¿lo pasó usted bien?

—Relativamente, sí. Un liberal, que en la guerra carlista ocultó a un pariente del dueño, me había recomendado, y podía confiar en que no sería vendido. Disfrutaban de la casa—donde pasé diez días—un matrimonio y seis pequeñuelos. La madre, por la mañana, se iba a vender leche; el padre se hundía en las profundidades de la huerta, y los pequeños—unos salvajitos que ignoraban el castellano—se dedicaban a espiarme. ¡Y si se hubieran conformado con eso!... Pero, como si me hubiesen conocido, después de oir el sermón del cura que levantó a los labriegos, de vez en vez me atizaban unos tronchazos horribles y se alejaban a brincos.

—¿Nadie le visitó a usted?

—Mientras duró el riesgo, nadie. Me traía la comida un aldeano, a quien, para que no me denunciara, le habían dicho que yo era un salteador. Esa gente encubre a un salteador y entrega a un revolucionario. Pero lo encubre por codicia, no por generosidad, puesto que le roba. A mí el aldeano me cobró por diez cocidos cincuenta duros.

—Y de la casa del carlista, ¿adónde fué usted?

—A Fuenterrabía. Y como ya se figuraban las autoridades que estaba en París, no me fué difícil llegar a Hendaya.

—¿Y estuvo en Hendaya hasta que le eligieron diputado?

—No. Oculto en Bilbao, dirigí mi elección. Y fuí a Bilbao, porque tuve confianza en la victoria. Debían batirse contra los gubernamentales los revolucionarios de Agosto. Mis enemigos simbolizaban la brutal represión y yo la desesperada huelga. ¡Cómo no iba yo a triunfar! Y por eso, un hombre que no tiene un céntimo, representa a la villa de los millonarios.

De gañán a diputado.

La lucha del jornalero.—En la escuela.—El monago y los cantonales.—La cruzada de Salvoechea.—Las yeguas, la trilla, el pan, el sol y los temporales.—El puente y las gañanías.—El ansia de saber.—Lo que se puede adquirir ahorrando hogazas.—El pelantrín de los libros.—El contrabando y la pañería.—La Mano Negra.—La federación andaluza.—Los anarquistas y el caciquismo.

Moreno Mendoza nos escucha con atención, medita un rato, como si ordenase sus recuerdos, y rompe a hablar gravemente:

—Mi vida ha sido muy dura, porque nací pobre; pero las hay más duras y más tristes. No me puedo ni me debo quejar, ya que, si he peleado, he subido. ¡Y lo que he subido!

—¿Nació usted muy en el fondo?

—Con decirle que mi padre trabajaba a jornal... Eramos tres hermanos. Vivíamos en Medina Sidonia, en una casa de vecinos, y disponíamos de una salita como un cajón y de una alcoba como un puño, y la alcoba era también comedor y cocina. ¡Verdad es que para lo que se comía y se

guisabal... Almorzábamos un gazpachito caliente, o un par de litros de agua, que ensuciaba mi madre con un cuarto de unos polvos parecidos al café; comíamos un potaje de habas secas o de garbanzos, y cenábamos *siempre*, en las buenas y en las malas épocas, gazpacho frío o ensalada de lechuga. En los días de locura despilfarradora, después de un alegrón familiar o de un negociazo increíble que le proporcionaba a mi padre un duro, se guisaba un cocido con su carne y hasta con su trozo de morcilla; se lucía este cocido, porque mi madre lo espumaba en el corredor, para que la vecindad se desvaneciese con su perfume, y lo devorábamos en silencio, paladeándolo con una enorme voluptuosidad. Pues ¡y el regalo del postre y el lujo del quesol Con el postre—naranjas o uvas—ablandábamos los garbanzos y las habas, frecuentemente: cinco o seis días al mes; mas para catar la golosina exquisita del queso había que estar delicado. ¡Y me puse yo delicado tantas veces, con la complicidad de mi vieja, que se hacía la asustada, como si ignorase que mi salud era de torol...

—¿A qué edad le enviaron a usted a la escuela?

—A los cinco años. Fuí con mucho miedo. Me habían dicho que pegaban en las palmas de las manos con una correa muy ancha y muy gorda, y me habían advertido que me las untase con ajo, para que botara el instrumento de tortura

—porque el ajo tiene la virtud de rechazar al cuero—, y me las unté tan concienzudamente, que apestaba a demonios. El maestro lo notó, y en vez de censurar mi astucia previsora, me hizo un elogio. Pero un elogio que me puso de punta los pelos: «Bien, hombre, bien. Te has aliñado las manitas. Así, cuando te portes mal, te las cortaré y las asaré, sin darle trabajo a la cocinera.» Luego conocí al maestro, y le quise. Era bondadoso y culto, y le hubiera gustado enseñar. Pero ¿de qué manera iba un sólo hombre a desasnar a doscientos chiquillos?

—¿Y cómo se las componía?

—Formando grupos y enalteciendo con la delegación de sus funciones pedagógicas a los niños más adelantados. Mi maestro, el maestro que me enseñó a deletrear, no había cumplido los dos lustros. Pero, como yo tenía buenas disposiciones, aprendí.

—¿Y castigaban?

—El maestro, con benevolencia; mas el auxiliar, que era un salvaje, al que odiábamos y temíamos, cruelísimamente. Manejaba un puntero como una garrocha, con el que nos acosaba igual que a reses, y un día se lo tiró a un muchacho y lo descalabró. Pero el castigo que más nos aterraba era el del encierro. La escuela estaba en un enorme edificio que fué convento—el de la Victoria—, y nos metían en un cuartucho lóbrego, de imponente suciedad, al que había

poblado de fantasmas nuestra imaginación. Los encerrados sólo veíamos a la mujer del ojo huero—una mujer que sólo tenía un ojo blanquecino en mitad de la frente—, al fraile descabezado —un fraile muy gordo que iba de acá para allá buscando su cabeza—y a la cabra destripada, fantástico animal que se divertía haciendo ovillos y madejas con sus tripas. Esta cabra me horrorizó de tal modo, que la seguridad de no volver a verla endulzó la amargura que sentí al suspender los estudios.

—¿Le quitaron a usted de la escuela?

—A los siete años, para que ayudase a costear el gazpachito y los potajes. A esa edad, el hijo de un jornalero debe ganarse la vida.

—¿Y cómo se la ganó usted?

—Entrando de monaguillo en la parroquia de Santiago. Ganaba cincuenta reales, trabajaba poco, y me divertía. Pero ¡con qué ganas me divertía!... Como si fuese el párroco y no el monaguillo. Durante algún tiempo, ni siquiera abrí el *Catón*, y una mañana tiré la pluma de los palotes, resuelto a no aprender a escribir. ¿Para qué servía la escritura? ¿Servía para voltear las campanas, para quemar incienso, para pasear el platillo de las limosnas o para impedir que el sacristán me obsequiase con punteras y pescozones?... Y así, recogiendo limosnas, quemando incienso y volteando campanas, me sorprendió la revolución.

—¿Qué revolución?

—La de los cantonales, el movimiento cantonal... Un día, antes de amanecer, encendía yo las velas, mientras tocaba el campanero a misa de alba, cuando sonaron unos tiros... Inmediatamente llegó un cura, y después entraron a escape varias viejecillas... «¡Los republicanos, los republicanos!... ¡Ya están ahí los herejes!... ¡Ay, santísima Virgen!» La emoción con que ayudé yo aquella misa y la velocidad con que corrí, levantándome mi sotana roja, para ver a los herejes... Y los vi, y vi muchas cosas que me dejaron estupefacto. Vi que se metieron en dos conventos y que echaron a las monjitas a la calle; vi que levantaron barricadas para pelear con las tropas; vi que hicieron correr a esconderse a las autoridades y a los ricos... Y, sin embargo, no me asusté, porque los herejes, campesinos huesudos y tostados, ni siquiera imitaban al sacristán dándole patadas a los niños, para demostrar su valor, y miraban a Salvoechea, su jefe, con un respeto extraordinario, y se estremecían de júbilo en su club al oír las palabras «libertad, igualdad y justicia».

—Pero, ¿fué usted al club?

—Claro. Y me entusiasmé. Hablaban de acabar con los abusos, de perseguir a los políticos ladrones, de salvar a España... Se proponían favorecer a los oprimidos y auxiliar a los hambrientos... Es decir, que uno de los que serían

auxiliados, era yo. ¿Cómo iba a temerles? Y, sin miedo, el día de las barricadas, cuando llamaron a las puertas de la iglesia, las abrí yo, mientras se escondía el sacristán. Poco después, con Salvoechea, Carrasco, Guillén y Bohorquez, se fueron, y en seguida, vencidos en Benahoján, alimentaron unos las sepulturas, como Cristóbal Bohorquez y Rafael Guillén, y llenaron otros los presidios.

—Y usted, ¿siguió de monago?

—Yo ascendí por mi heroísmo. Según parece, al abrir la iglesia—con lo cual evité que los cantonales derribasen la puerta—estuve hecho un guapo. Y como los guapos no abundan, las madres de Jesús, María y José, que habían sido exclaustradas, al volver al convento me hicieron su sacristán. Buena época fué aquella. Me daban de almorzar, y me trataban con un mimo... Yo me acuerdo de algunas monjitas, porque las vi a casi todas por un agujero que hice en el torno.

—¿Y estuvo usted muchos años sirviéndolas?

—Uno, porque cumplí los doce, y me enviaron al campo. Me encargué de guardar yeguas, y de día las llevaba a los lugares donde abundaba el pasto y de noche las conducía a los sitios de más abrigo.

—¿Solo?

—Con los yegüeros. Aquella vida me encantó. Por el verano pateaba la parva con mis ani-

males, y luego, subido en el trillo, cantaba horas y horas, borracho de sol.

—¿Y comía usted bien?

—Con el hambre de los doce años, que encontraba buena hasta la cabañería. La cabañería es lo que los amos dan para comer. Y los amos daban entonces dos libras y media de pan prieto, malísimo, una panilla de aceite por barba cada cuatro días, y sal y vinagre. Pero yo, con aquel pan de perro y aquel aceite amargo, comía como un chacal, y hasta engordaba. Todos mis recuerdos de entonces son agradables. Cogía nidos, hablaba con los arroyos, con los árbo les y con los pájaros; me respetaban y me querían mis yeguas y estaba entre los mastines como un amigo... ¿A qué más puede aspirar el chiquitín de un jornalero?... Sólo me molestaba una cosa: la lluvia. El sol, hasta en Agosto, lo resistía bien. Pero la lluvia, en las mañanas de frío y de viento huracanado; la lluvia, que podía más que el fuego y que acobardaba a los animales; la lluvia, que convertía en ríos de cieno los caminos; la lluvia, que unas veces azotaba furiosa el rostro, y que otras, con hipócrita lentitud, iba mojando las carnes, mataba mi alegría infantil. En las horrendas noches de Diciembre y Enero, sin mi padre, que me recogía en la choza y que aguantaba el temporal en el campo, ¿qué habría sido de mi?... Y mi padre, cuando más lo necesitaba, murió.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Padecer y trabajar. Durante algunos años, en Medina Sidonia, con los míos. Luego, solo, en cortijos, viñas y carreteras. En «Roalabota», una finca de Jerez, me atribularon los primeros ataques de miedosa desanimación. ¿Me había yo de conformar con ser un bracero? ¿Iba a dejar mi juventud sobre los terruños, para llegar desamparado a la vejez y morir como un mendigo, en el hospicio, o en el campo, como una bestia?... Y recordé, avergonzado, aquella decisión que me hizo tirar la pluma de los palotes, y la recogí, y me propuse utilizarla.

—¿En seguida?

—No; porque me despedí de «Roalabota», y la índole de mi nuevo trabajo me robaba el tiempo en absoluto. Era peón en la carretera de Medina a Alcalá de los Gazules. El puente, vamos, el afirmado y los rellenos, lo hice yo con doce camaradas. Hoy, ese puente es uno de los de mi distrito. Pero cuando se terminó la carretera volví a ser gañán y reanudé mis estudios. Leía en todas partes: en el campo, en las cocinas, en las cuadras. Cachos de periódicos, almanaques, folletos, cuanto caía en mis manos. Y por las noches, después de la faena, mientras mis compañeros contaban cuentos o jugaban a las cartas—porque los señores no nos consentían leer diarios—, yo trazaba palotes, y curvas, y letras. Y así, mal y poco a poco, aprendí a escribir. Muy

poco a poco, porque luchaba con unas dificultades tan grandes... Me hacía falta comprar bujías, tinta, papel y plumas, y no tenía un ochavo, porque el jornal íntegro se lo mandaba a mi madre. Para enviárselo entero precisamente, yo, en vez de tomar «pan largo», es decir, en vez de comer el que necesitara, tomaba «pan por cuenta», esto es, que me limitaba a percibir las tres libras de reglamento que dan los amos. Pero como lo que les importa a los amos es que no se pida ni una onza más de las tres libras, y como no se meten en que el trabajador las tire en vez de comérselas, yo no me las comía. No para tirar el pan, ¡claro!, sino para venderlo y adquirir de este modo tinta, bujías, plumas y papel. Y en muchas ocasiones, a fin de juntar pronto lo que necesitaba, me quedé sin cenar.

—¿Y duró mucho su aprendizaje?

—No duró poco. Hasta que dejé de ser gañán, y fuí gañán hasta los veintidós años. La última temporada me explotaron de una manera terrible. Entré en el cortijillo de un pelantrín, hombre tacaño, avaricioso y astuto, que por tacañería, avaricia y astucia fomentó mis aficiones, prestándome libros. Pero me los prestaba después de trabajar yo todo el día, para que los leyese por la noche, y me obligaba a cuidar las yuntas, ahorrándose así un jornal. Yo no protesté, y, descansando a ratos, comiendo poco y trabajando como un autómata, leí libros y folletos de Fer-

nando Garrido, Roque Barcia, Figueras, Pi y Margall y Castelar. Cuando terminé el último, a las doce de una noche de Enero, llamé al pelantrín, que se había acostado, y le pedí la cuenta. Se asombró mucho. «Pero ¿es que te vas?» «Ahora.» «¿Por qué?» «Porque, como ya no tiene usted libros, no quiero que, a mi costa, siga ahorrándose un jornal.» Cobré siete duros, le di dos a mi madre, y con los otros cinco compré en Gibraltar una arroba de tabaco...

—¿Y se hizo usted contrabandista?

—Puesto que no quería ser gañán ni ladrón... Con el contrabando viví decentemente. Tenía una gran parroquia en la campiña de Jerez, y aunque los carabineros me quitaron la carga algunas veces, me defendí, y en tres años ahorré 2.500 pesetas.

—Una fortuna.

—Si no me hubiese casado; pero como me casé, y como mi esposa me obligó a dejar el oficio, porque le parecía peligroso... Y entonces, con las pesetas que me quedaban, me hice pañero. En mi primera salida utilicé a un burro del que me enamoré por sus virtudes. Era hasta casto, y tenía tanta inteligencia, que huía de los mendigos y se paraba junto a las mozas bien vestidas. Nadie encontrará un establecimiento ambulante como mi burro. Pero se murió de una insolación, y tuve que viajar llevando los paños al hombro, porque la catástrofe me sorprendió casi en la mi-

seria. Me repuse, adquirí un caballo, agrandé mi comercio, dedicándome también a la venta de bujerías, y, seguro ya de que mis hijos no se quedarían sin comer, empleé lo mejor de mis horas en la propaganda de mis ideales políticos.

—¿Hasta entonces no fué usted propagandista?

—Hasta entonces; pero figuraba en las Sociedades obreras y en los Círculos republicanos hacía mucho tiempo. Cuando ocurrió lo de *La Mano Negra* era yo gañán. *La Mano Negra*, no ha existido nunca.

—¿Cómo que no? ¿No fué una Asociación de obreros?

—Fué una calumnia de caciques. Los jornaleros, asociados, representaban una fuerza temible, que hizo temblar a los explotadores, y éstos decidieron empujarlos astutamente, para que realizaran alguna atrocidad que justificase una violenta represión. Y así fué. Gentes asalariadas excitaron y engañaron a los campesinos; al calor de esta excitación nacieron varias organizaciones secretas, y, por tanto, ilegales, y ciertos individuos de una de estas organizaciones, movidos por los que con infame cautela dirigían la intriga, asesinaron al Blanco de Benaocaz. Y ya recordará usted lo que pasó en el proceso de los de San José del Valle y lo que se dijo de *La Mano Negra*. Y *La Mano Negra*, que aterró a toda España, fué una invención de los que pretendían esclavizar a los trabajadores. Esta vileza, y las fe-

rocidades de que fueron víctimas los detenidos, me exaltaron hasta la locura. Hubo hombres martirizados de tal suerte, que no volvieron a ser hombres aptos para la lucha, y hubo otros que en el tormento se dejaron la virilidad. Y yo, que empezaba a comerciar entonces, me propuse combatir tan odiosa injusticia, y logré que los viticultores se asociaran con arreglo a la ley, para que no fuera posible atacarlos, y conseguí que los demás gremios los imitasen, y poco después, solicitado por los pueblos de la Sierra, que reclamaban nuestro concurso para organizarse, emprendí una excursión.

—¿Y no le molestaron a usted?

—Me molestaron, combatiéndome, los anarquistas, porque destruía sus organizaciones; pero no me detuvieron. Al contrario, ya que con sus ataques triplicaron mis fuerzas, y pude hacer la campaña que dió origen a la Federación andaluza.

—La Federación, ¿no llegó a influír en la provincia de Sevilla?

—Y en la de Málaga. Y habría salvado a los campesinos andaluces—la gente más digna de compasión de nuestra patria—si no la hubiese matado el caciquismo.

—¿Y no resucitará?

—¡Quién sabe! Que no se fíen. El amor a la idea no ha muerto. Si hubiera muerto, ¿sería yo diputado?

POLITICOS MONARQUICOS

La vocación de Romanones.

Los primeros años.—Trabajos pictóricos.—Cánovas.—La beca de Bolonia.—La gimnasia del Ateneo.—En el foro.—Una causa célebre.—La minuta del muerto.—Un triunfo sonado.—Guerra civil: la derrota de Irueste.—Dos actas y cuatro sofocones.—En el Ayuntamiento.—A toda máquina.—Las cuentas de los maldicientes.—El palacio de la Presidencia.—La gratitud de los maestros.

—Pase, pase usted, que le espera el conde.

Y salimos con el señor Brocas de su despacho, y atravesamos una gran estancia, un poco sombría, purgatorio de impacientes, en la que murmuran unos viejos y cuchichean unos diputaditos y resopla un caballero como un cachalote, y penetramos en un amplio salón que brilla igual que una áurea farola. El señor presidente, afable, llano—con esa llaneza democrática que ha puesto a su servicio tantas voluntades—, nos saluda, nos ofrece un asiento, y principia a hablar:

—Bueno. Voy a contarle todo lo que se me venga a la memoria, para que escoja usted lo que le sea útil, y empezaré diciéndole que la política es mi freno y mi espuela, mi virtud y mi peca-

do, mi dicha y mi infelicidad. De tal modo me ha dominado y absorbido, que en estos momentos, de terrible responsabilidad, estoy aquí, en vez de estar en mi casa, y ni me asusta el trabajo abrumador, ni me rinden las preocupaciones continuas y agobiadoras. Y es que yo nací para esta pelea..., a pesar de haberme engendrado un hombre como mi padre.

—Su padre, ¿odiaba la política?

—Ni siquiera la odiaba, porque jamás pensó en la política. Su sordera le libró de la sugestión de los oradores elocuentes, y sus gustos le hicieron batallar con una constancia y una energía pasmosas en el campo del negocio. Fuera de los negocios, nada valía para él. De manera que yo fuí político en aquel ambiente hostil, con tantas fatigas como sería novillero un sobrino de obispos y canónigos.

—¿Y le inquietó a usted muy pronto su vocación?

—Muy pronto, relativamente, porque en mis primeros años me equivoqué. Yo creí—y esto lo saben muy pocas personas—que tenía un talento extraordinario de pintor, y me dediqué a pintar. ¡Los kilómetros de lienzo que he embadurnado!... Me dió lecciones don Manuel Arroyo, asistí después a la Escuela Superior de Pintura, y, por último, frecuenté el Museo con una asiduidad lamentable. Desde entonces soy amigo de Mariano Benlliure y de otros artistas.

—¿Y a qué género se dedicó usted?

—¡Oh! A todos los géneros. Hice interiores, paisajes, bodegones, retratos, marinas... ¡qué sé yo! Conservo parte de mi labor—treinta o cuarenta obras—en Guadalajara. A mis electores —y esto demuestra mi arraigo en el distrito—le parecen maravillosas.

—¿Y no son ni buenas?

—Hombre, algunos paisajes y algunas marinas... Pinté yo unos chopos cierta vez, y pinté en otra ocasión un mar alborotado... Pero, no; nada he hecho bueno. Y lo que es las figuras... ¡Se me resistían de un modo las manos y las narices!... Pero eso pasó, y confío en que, por la sinceridad de mis remordimientos, me serán perdonados mis crímenes pictóricos.

—¿A qué edad renunció usted a la pintura?

—A los diez y siete años. Acababa de concluir una de mis obras maestras, *Amigos leales*, con la ilusión de que los perros saltarían del cuadro para ladrar, y no sólo no quisieron ladrar los perros, sino que le arrancaron algunos aullidos a una eminencia de la crítica. Esto me descorazonó de tal manera, que estuve una semana abatido y mustio, y una noche Cánovas, que iba a comer con mis padres frecuentemente, notó mi melancolía. «¿Qué le sucede al pollo? ¿Ha reñido con la novia?» Yo, sin decir pío, clavé los ojos en el plato, y me ruboricé. ¡La novia! ¡Hermosa novia era la pintura! ¡Si don Antonio pintase en vez de

hablar!... Y en aquel momento se me ocurrió hablar en vez de pintar, y dos horas después, decidido a ser político, tiré la paleta y los pinceles.

—¿Y qué hizo usted?

—Estudiar. Terminé la carrera; fuí a Bolonia, donde me dieron la beca de La Cierva, que había regresado a España; me hice doctor, y le disputé a Pérez Caballero el premio «Víctor Manuel», premio que se concede a la mejor Memoria presentada sobre temas de Derecho, libremente elegidos.

—¿Y venció usted?

—No; pero mi Memoria sobre *El régimen parlamentario* fué premiada con un *accésit*. ¡El régimen parlamentario! ¿Ve usted lo que me preocupaba ya?... Al volver a Madrid, para templar las armas de que había de valerme en lo sucesivo, reingresé en el Ateneo y luché con entusiasmo en aquella simpática liza. Poco después hice un libro, con una Memoria que redacté siendo secretario primero de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, por encargo de su presidente don Francisco Silvela, y aun no lo había publicado, cuando me sedujeron los triunfos del foro.

—¿Ha ejercido usted la abogacía?

—Por desgracia. ¿No ha oído usted hablar del crimen de la Guindalera?... Fué un drama horrendo, espeluznante, de una increíble bestialidad. Yo me encargué de la defensa de Camarasa, el asesino, y Camarasa, con sus dos cómplices,

fué condenado a muerte. Por cierto que el criminal—y vea usted cómo el dinero viene a mí sin que yo lo llame—me pagó a los diez años de ser ejecutado.

—¡Señor presidente!

—No bromeo, no. Escuche la historia. No acompañé a mí defendido en el trance final, porque murió la víspera de un día de elecciones, y yo, candidato por primera vez, estaba en Guadalajara revolviendo la tierra y el cielo para que no me derrotasen. Al retornar, me dijeron que Camarasa había manifestado que sentía morir sin pagarme, escrúpulo de honradez que me sorprendió en tal individuo, y que comentamos largamente..., y no me acordé más de él. Y pasó el tiempo, y un día, siendo yo ministro, se me presentó un camarada y me entregó dos monedas tan negras como el hollín. «¿Qué es esto?» «Una deuda» «¿De quién?» «De Camarasa, que paga por fin.» Y, estupefacto, me enteré de lo sucedido. Al trasladar a la fosa común los restos de Camarasa, un sepulturero, registrándole, había dado con los dos duros. Los tenía en un pico de la faja, sobre el vientre. La descomposición del cadáver los había ennegrecido.

—¿Y cómo los enterradores no se quedaron con el dinero?

—Porque el conserje, que me debía su puesto, lo impidió. Hay que tener amigos en todas partes.

—¿Y qué hizo usted con las monedas?

—Guardármelas, para que me dieran suerte. Las tuve años y años en el bolsillo. Tantos años, que recobraron su primitivo color, por lo cual un día, confundiéndolas con las otras, las gasté. ¿Dónde estarán ahora los duros del criminal? ¿Por cuántas manos de virgen, de ramera, de prócer, de mendigo, de trabajador, de vagabundo, habrán pasado?... Yo las hubiese querido conservar, ya que, como abogado, no gané otro dinero.

—¿Dejó usted la profesión?

—Se la sacrifiqué a la política, para la que todo mi tiempo era escaso. ¡Empecé tan pronto a lidiar!... Le referiré mi primera aventura, que no pudo ser más afortunada... ni más desastrosa. Me relamía yo de gusto en mi luna de miel con la representación parlamentaria y me reconcomía de impaciencia por contender con los más famosos campeones, cuando se trató de elegir la Comisión del Sufragio universal, importantísima, porque les proporcionaría trabajo sobrado a todos los que la formaran. Recurrí a don Manuel Alonso Martínez, mi suegro, que era la segunda persona del partido, seguro de ablandarle, y mi suegro me negó su protección. «Pero, Alvaro, tú ¿sabes lo que pides? Para figurar en esa Comisión hay que tener crédito, y tú has llegado ayer. ¡Si aún no has cumplido la edad que exige la ley, y estás aquí por la benevolencia de la Cámara! Además, que el Gobierno ampara a su candidato, Pablo

Rózpide, hijo político de don Venancio González. Paciencia, pues.» ¿Paciencia? Me indigné locamente. ¿Conque Rózpide, por ser hijo político del ministro de la Gobernación, me iba a atropellar a mí, hijo político de Alonso Martínez?... ¡Cá! Lucharíamos los yernos, y se vería quién llevaba el gato al agua. Principié a bullir en las Secciones, comprometiendo a los amigos y conquistando votos entre la gente de la oposición, mientras se dormía mi contrincante; convencí a algunos de los varones a quienes creía más fieles don Venancio..., y llegó la elección ¡y triunfé! Y figúrese usted si sería gordo el escándalo que hubo. Sagasta cogía el cielo con las manos; mi suegro, para que nadie pudiera creer que, ayudándome, había contribuído a la derrota ministerial, dimitió; don Venancio pretendía también dimitir... Y yo, entre felicitaciones y censuras, elogiado y maldecido, fuí durante unos días el hombre más desdichado y más feliz del mundo. Hasta que mi suegro, alegre en el fondo por mi victoria, me perdonó, con lo cual mi júbilo no tuvo límites.

—¿Y le fué útil el pertenecer a aquella Comisión?

—Naturalmente. A mí y a todos mis compañeros. Como que de siete que la formamos, seis fuímos ministros.

—Luego hizo bien en contrariar a su suegro.

—Qué sé yo. Pelear contra la familia ¡es tan

duro!... Y el episodio que le he relatado me trae a la memoria otro, que no puedo recordar sin amargura. La víctima en esta ocasión fué mi hermano, el vizconde de Irueste. Mi hermano, que representaba en el Congreso a Guadalajara, y que, con los liberales en el Poder, me cedió su distrito, para que me eligieran seguramente, quiso recuperarlo al entrar el partido conservador; pero yo, tentado por el demonio de la política, le dije que necesitaba tener un puesto en las oposiciones monárquicas, que había conquistado el distrito, y que no lo devolvería como si fuese un potro o un baúl. Añadí que él se había portado mal cediéndomelo, y que yo no le imitaría portándome mal—argumentación especiosa que pasmó a mi pobre hermano—, y nos lanzamos a la lucha. Irueste disponía de todas las cartas de triunfo, porque era concuñado de Silvela, ministro de la Gobernación; porque contaba con Cánovas, lo que le permitía manejar los resortes oficiales, y porque, por añadidura, le defendía en Guadalajara la condesa de la Vega del Pozo, cuyo influjo espantaba a los más bravos. Pero yo no me espanté, y en el distrito y en mi casa—que fué lo peor—sostuve la guerra civil. A mí sólo me sostenía mi abuela. «El acta debe ser para Alvaro, porque Alvaro es el único político de la familia. No riñamos tontamente. Sed razonables, porque, de un modo o de otro, triunfará.» Y como no quisieron ser razonables,

me dió unos miles de pesetas para que los metiese en razón, y me planté en Guadalajara, y enzarzé a mis contrarios, y entusiasmé a mis amigos, y vencí de un golpe a lrueste, a la condesa, a Silvela y a Cánovas.

—Magnífico.

—¡Y tan magnífico! Como que mi suegro, que creyendo imposible derrotar a los gobernantes, me había dado por vencido, consiguió que me votasen en Cuba. Y así, a pesar de Cánovas, que había jurado que no figuraría en aquellas Cortes, me presenté con una doble representación. No me lo perdonó jamás. Algo parecido hice cuando La Cierva pretendió dejarme sin acta.

—¿No trajo usted tres?

—Cierto. Y sin pelear de un modo exagerado.

—¿Cuáles han sido sus campañas más difíciles?

—Probablemente, las que sostuve en el Ayuntamiento. Era una época muy dura. ¿No se acuerda usted de Pepe *el Huevero*, del Panamá de los Consumos, de las acusaciones del público y de la Prensa?... En la leonera municipal perecía un alcalde cada mes, y ya habían sucumbido cuatro al entregarme Sagasta la vara. Y yo no sucumbí: yo me impuse. Lo recuerdo con legítima satisfacción, y asocio a mi obra a los que me ayudaron, con gratitud y con cariño. Fué uno de ellos Francos Rodríguez, con el que anudé

entonces una amistad, que el tiempo ha fortalecido. Francos, republicano, quizás porque mis palabras hicieron alguna mella en sus convicciones, evolucionó hacia la Monarquía, y poco después—como hoy en un puesto importante—fué mi colaborador en *El Globo*. Y mi humilde obra, desde que adquirí *El Globo* hasta la fecha, es conocidísima. No me puedo quejar de la fortuna. Siempre que han gobernado los liberales, menos cuando Moret los dirigió, he sido alcalde, ministro, presidente del Congreso o presidente del Consejo. Ya, ¿qué he de ambicionar?

—¿Nada ambiciona usted? ¿Ni siquiera el silencio de los maldicientes? ¿No le gustaría que no hablasen más de sus negocios, de su caudal de cien millones, de sus minas?...

—¡Oh, no, no! Me da lo mismo. Que murmuren. ¿Quién le pone puertas al campo?... Conque cien millones de caudal... ¡Si tuviera la cuarta parte!... Pero no tengo más que lo que heredé, porque le he dedicado mi tiempo, mi actividad y mi inteligencia a la política. ¡Los negocios! ¿Sabe usted lo que destino al estudio de mis negocios? Diez o doce minutos, lo que tarda el barbero en afeitarme, porque sólo mientras me afeita, charlo con mi administrador. ¡Los negocios! Si yo, en vez de permitir que me sorbiera el alma el demonio de la política, hubiese imitado a mi padre... ¡Qué diría si me viese donde

estoy!... Suyo fué este palacio, y aquí, en lo que hoy es despacho del Consejo de Ministros, murieron él y su compañera. En este salón tenía mi madre mil preciosidades de bronce, de plata, de porcelana, de cristal... Donde está el espejo, se veía, presidiéndolo todo, una formidable pintura de Goya: el retrato de Jovellanos. No, no he sido yo como mi padre. He caminado por otros senderos, en persecución del Poder y no de las riquézas. Pero no lo diga, que podrían creer que me defiendo, y, por dignidad, he renunciado a defenderme. Que murmuren. De algún modo han de morder. Y, si le parece, quede aquí la conversación.

—Un minuto más. ¿Qué es lo mejor que ha hecho comó gobernante?

—Disponer que el Estado les pagara a los maestros de escuela. Les libré de la humillación y del hambre; pero me premiaron tan largamente con su gratitud... Creo que esta disposición constituye mi único título de gloria.

Las armas de Dato.

Diez minutos de espera.—La sonrisa de don Eduardo.—Ni estadista, ni orador, ni prodigio de travesura.—"Yo soy un hombre vulgar„.—Los primeros pasos.—"El señor Dato tiene la palabra„.—Dos banquetes inolvidables y una censura que es un elogio.—Cómo quisiera gobernar y cómo quisiera hablar.—Cómo vive.—El mejor triunfo.—En el sillón presidencial.—Los milagros de la buena fe.—Esto, ¿vale la pena de referirlo?

El despachito en que recibe a los que van a consultarle el jefe del partido conservador, no escandalizará con su lujo a ningún malicioso burgués. Unos sillones venerables, unas risueñas pinturas, unos bronces artísticos, una mesa cargada de papeles y unas sencillas librerías. Junto a los tomazos ingentes que guardan el saber de los legisladores, y bajo las filas de los gordos volúmenes de la Enciclopedia, relucen los tejuelos de otros libros más amables: Lavisse, Montaigne, Macaulay, Guyau, Faguet, Ribot y otros muchos que los firman nos revelan táci-

tamente los gustos del dueño de la casa, y nos garantizan que no departiremos con un hombre vulgar.

Y a los diez minutos de espera nos hacen pasar a un saloncito, de donde acaba de salir un personaje, y saludamos al señor Dato. Este señor Dato del saloncito tiene la mirada aguda, el talle firme y el gesto indulgente, como el señor Dato que perora en el Parlamento; mas se diferencia de él en la sonrisa, que no es la sonrisa benévola con que se acoge a los amigos, ni la cauta y diplomática que se dedica a los adversarios en los lugares donde se ha de reposar o se ha de combatir, sino una sonrisa confiada, bonachona, casi tímida, que sorprende y seduce por su bondad, y que al visitante más corto de ánimo y más desprovisto de mérito le hace olvidar la propia insignificancia.

Y empieza el Sr. Dato:

—Le he recibido a usted, y muy gustosamente, para que charlemos un rato, y se vaya usted seguro de que, si no le doy tema para un artículo, no es por desairarle.

—Pero, don Eduardo, yo creí...

—¿Que sería interesante una información sobre mi persona? No. Esa creencia es hija de su amabilidad. Hay pocos hombres interesantes. Lerroux, de quien ha hablado usted, es una excepción. Por todo: por su inteligencia, por su palabra, por su vida.

—Sí; pero usted...

—Yo, ¿qué soy? ¿Soy un estadista? El más indiscreto adulador no tendría la intrepidez de asegurarlo. ¿Soy un gran orador? Bien sé que carezco hasta de las condiciones oratorias que más abundan. ¿Soy un político travieso, de los que con su maquiavelismo —me refiero a lo que el vulgo entiende por *maquiavelismo* en España, y no a lo que es, según Macaulay— dominan a los que le debían dominar?... Tampoco. Nadie verá en mí, admirador desinteresado y entusiasta de cuanto brilla justamente, habilidades ni travesuras. De modo que ni esos talentos de un orden inferior me libran de la vulgaridad. Soy, pues, un hombre completamente, absolutamente vulgar. Y de un hombre así, ¿qué puede referirse?

—Si fuera usted así... Pero usted no es así...

—¿Cómo que no? ¿Se figura que no le hablo con sinceridad? ¿Es que, por lo que escasea, no conoce ni el acento de la sinceridad?

—Usted será sincero; pero no es justo. Se calumnia usted.

—¿Porque he ahogado en mi espíritu la vanidad?... No. Y no me calumnio. Me calumniaría si dijera que soy un mentecato..., y no lo diré. No. Sólo soy un hombre vulgar; pero un hombre vulgar que, por su misma vulgaridad, estudia mucho, y reflexiona mucho, y procede con una enorme cautela, y es prudente hasta para adop-

tar las más livianas decisiones. Y vea usted cómo, en cierto sentido, está en la mano de un gobernante el convertir la vulgaridad en una virtud, y vea usted cómo, sin tener las dotes de estadista de Cánovas, ni el verbo de Castelar, ni la agudeza de ingenio de otros políticos ilustres, es posible soportar, con un esfuerzo que no excluye el decoro, las tremendas responsabilidades del Poder.

—¿Cómo empezó usted, don Eduardo?

—Humildísimamente: sin ambicionar ni esperar nada. Yo, que nací en La Coruña, estuve allí poco tiempo, porque a mi padre, que era militar, le trasladaron a Valencia. A los diez y ocho años, en Madrid ya, y con mi título de abogado, conocí en la Academia de Jurisprudencia a Silvela y a Romero Robledo, y figuré en la Junta gracias a estos señores, y por ellos obtuve un acta.

—¿Y recuerda usted su primer discurso?

—¿No lo he de recordar? Y eso que fué un discurso relámpago, si no por su duración, por sus dimensiones. Yo, con ese optimismo con que se despierta en los años de la juventud, me vestía todas las mañanas dispuesto a hablar. Era indispensable hablar; el deber de un diputado no consistía en sentarse, y en aplaudir a sus jefes, y en desconcertar con rumores de fiera desaprobación a sus enemigos: consistía también en hablar, aunque sólo fuese para defender a los

que le habían honrado con su voto. Y como los que me habían honrado con su voto, entre otras cosas, necesitaban una carretera... Aquella carretera se convirtió para mí en una obsesión. Arrellanado en mi escaño, la veía partiendo llanuras, hundiéndose en bosques, reptando por montañas y atravesando con sus puentes los arroyos y los ríos... Carros, piaras, recuas y caminantes la recorrían, para bien del país, y no había un industrial, un comerciente ni un labriego que me escatimara los elogios. Diariamente me contraía, enardecido, para levantarme, resuelto a afrontar la aventura; pero, al caer en la cuenta de que tendrían que oir mis píos de gorrión águilas como Castelar, Cánovas, Pi y Margall, Martos, Salmerón y Moret, se me aflojaban los resortes de la voluntad, y me empavorecía ante la idea de romper el silencio. Por fin, una tarde, con seis personas en los escaños, lo rompí valerosamente: «Pido la palabra.» ¡Y me impresioné de tal modo, después de pasado el Rubicón!... ¡Y sentí tales escalofríos al exclamar el presidente: «El señor Dato tiene la palabra!...» ¿Para qué había pedido el señor Dato la palabra? ¿Para decir, muriéndose de pavor, que sus electores, como todos los electores, querían carreteras?

—¿Y cuál fué su primer triunfo?

—En realidad, yo no he alcanzado triunfos más que sobre mí mismo: dominándome, adaptándome, fortaleciéndome espiritualmente. Pero, en

fin, puedo considerar como triunfos dos premios que se me otorgaron, sin que los mereciera yo. Dos banquetes. Con uno, siendo yo, merced a Villaverde, subsecretario de Gobernación, me honró la mayoría de aquellas Cortes. Y con el otro, que se me dió al dejar el cargo, me llenaron de orgullo y gratitud los periodistas.

—¿Y por qué se organizaron los banquetes? «Porque sí», no se realizan semejantes manifestaciones.

—Pues aquéllas—que por esa misma razón no olvidaré—se realizaron «porque sí». Sin que yo hiciera nada, sin que yo me distinguiera en nada... «Porque sí». Esto es, por simpatías. La simpatía es mi arma de mejor temple. Tan grande es la que tengo la fortuna de inspirar, que, en cierta ocasión, al discutirse las reformas municipales, dijo el señor Alba que era preciso considerar mi simpatía como una calamidad nacional. Ya sabe usted que los buenos oradores suelen ser aficionados a la hipérbole.

—Y la de don Santiago, ¿fué muy exagerada?

—En el calificativo, sí; en lo que lo motivó... no sé qué contestarle. El origen de esa simpatía, que es un tesoro para mí, está en mis ideas y en mis procedimientos más que en mi persona; en el sentido democrático de las tareas que ya finalicé y en la orientación de las que aún pretendo realizar. Yo soy tan amigo de la fuerza—que nace de la cultura, de la organización y del orden—

como enemigo de la violencia. Y quisiera gobernar convenciendo a las gentes, ganándome su cariño, estando en contacto con el pueblo, llegando a su corazón. Vivimos en una época en la que nadie, ni los más altos, podrán resistir los golpes del negro odio que engendra la injusticia. ¡Si yo fuese un gran orador!... Le aseguro que no prostituiría la elocuencia empleándola para conseguir buenos éxitos personales. Pero ¡impondría tantas cosas justas!... Como no lo soy, muchas veces sólo consigo persuadir con los hechos. Verdad es que me ayudan cada vez más mi obra de gobernante y mi vida. La modestia, la sencillez de mi vida, que ha sido una muralla para los maldicientes y los calumniadores, porque saben que los míos y yo somos modestos por carácter y por necesidad, y no por cálculo.

—¿Abundan los políticos así?

—¡Naturalmente! ¡Si casi todos son como yo! El pueblo, engañado—y esto es lo más doloroso—por las insinuaciones dañinas o por las afirmaciones audaces de algunos viles despechados, tiene de nosotros una pésima idea. Para el vulgo, un diputado es siempre un truhán, que medra con negocios inconfesables, y un ministro o un ex ministro, un ladrón. «¡Lo que habrá robado ese... tal!»—exclama al vernos en un automóvil que muchas veces ni es nuestro. Y ni sospecha la estrechez con que viven muchos personajes a los que cree millonarios. Pero todo esto se co-

rregirá. Es cuestión de tiempo, de valentía... y de luz.

—¿Cuál ha sido hasta ahora la mayor satisfacción de su vida?

—La más grande me la proporcionó el asunto Zapata. El señor Zapata, juez decano de Madrid, fué acusado, allá por el 95, de haber intervenido en la falsificación de un testamento. Hubo un escándalo terrible, se apasionó la multitud, y la justicia cayó sobre el juez. Y un día se me presentó Zapata—a quien yo había tratado—, me rogó que le defendiese, si creía en su inocencia, y aunque yo sólo había intervenido en asuntos civiles, accedí. A las veinticuatro horas, ordenada su prisión, le acompañé a la cárcel, y vi cómo caía sobre un funcionario modelo de honradez el capuchón de los bandidos, y cómo, tambaleándose y llorando de vergüenza y de amargura, se alejaba, convertido en un número, el que fué un hombre merecedor de todos los respetos. De tal modo me impresionó la escena, que, meses después, en Junio, cuando se vió la causa, acerté a describirla con la elocuencia de la emoción. Sí, ese día—no se si el 27 ó el 28, porque mi discurso duró dos sesiones—fuí elocuente.

—¿Y Zapata?

—Zapata, para el que pedían diez y ocho años de presidio, y al que atacaban la opinión y la Prensa, fué absuelto.

—¿Había usted sido ya ministro?

—No.

—¿Y qué otros abogados intervinieron en la causa?

—Canalejas y Bergamín. Dos capitanes generales.

—¿Tuvo usted mucho miedo?

—Casi todo el que pude soportar. Pero no tanto como en otra ocasión. Cuando me eligieron presidente del Congreso, subí la escalerilla lo mismo que un condenado a muerte, y principié mi discurso con igual ánimo que el día que pedí la carretera. No, no se asombre usted. En aquel momento influía en mí, más que la elevación del cargo, la altura del lugar. ¿No se imagina usted lo espantable que es hablar desde la presidencia?... En el escaño, junto a los camaradas, que animan con gestos de aprobación, con voces sueltas que enardecen, con interrupciones que envalentonan, está uno como un soldado en una trinchera. Sabe uno que le seguirán, que le defenderán, que lucharán por la idea que expone, aunque sea misérrima la palabra con que la viste. ¡Pero en la presidencia!... Solo, en aquel sillón que parece un árbol en un desierto... ¡Horripilante!

—Sin embargo, usted...

—Yo cumplí con mi deber en el sillón presidencial, apelando a toda mi energía para dominar mis nervios. Cumplí, como he cumplido en todos los puestos a que me han elevado, sin que yo lo solicitase, la amistad, la confianza y la simpatía.

Solicitar, no he solicitado nunca, por temor. Todos los cargos me han parecido superiores a mis facultades y a mis merecimientos, y los he aceptado por patriotismo y por disciplina; pero con la decisión de renunciar a ellos si me convencía de mi ineptitud. Afortunadamente, la buena fe hace milagros... Y los milagros de mi buena fe son los que ha premiado el partido conservador.

—¿Nada más que los de su buena fe?

—Puesto que no tengo otros... Pero, prescindamos de mi persona y renuncie usted a su información.

—¡Quiá!

—¿Es que vale la pena de referirlo esto que le he contado? ¿Tiene interés?

El público lo dirá. Eso de que sólo confíe en su simpatía un hombre que maneja con indiscutible superioridad las armas de un talento penetrante, de una cultura sólida y de una voluntad acerada, ¿tiene interés? Y aquí, donde un zurcidor de escenas cursis se cree al nivel de Shakespeare, y un enjaretador de lugares comunes a más altura que Demóstenes, ¿no tiene interés la modestia pasmosa con que un jefe de partido procura ocultar sus buenas cualidades?... El público lo dirá.

El viaje de Francos Rodríguez.

El hijo del jornalero.—El maestro Gil.—Impresiones de la infancia.—Prim y el clamor popular. El rey caballero.—Un día solemne.—Los primeros libros.—El doctor Velasco.—En la Princesa. Cortezo.—El periodismo.—La poltrona ministerial y la jura en Palacio.—Las Memorias de don Federico Rubio.—La revolución salvadora.

—Mire usted, por pudor, si no tuviese miedo a que me creyeran soberbio, no hablaría de mí mismo. Pero, en fin, martirizaremos al pudor.

Del despacho sale tácitamente el hombre de confianza del ministro con la voluminosa correspondencia, y nos quedamos solos. Son las nueve. En las amplias galerías, pisadas durante toda la jornada por los diputados, los pedigüeños, los dependientes y los amigos, no suena ni un rumor. Y el maestro Francos, violentándose un poquitín, principia a hablar.

—Lo que más me enorgullece de mi vida es la humildad de mi origen. Soy hijo de un pobre; pero no de un pobre de americana, de un burgués pobre, sino de un pobre de blusa, de un pobre de verdad: de un jornalero. Mi padre trabajaba manualmente, y sabía que la actividad de

sus manos era el único cerrojo que le impedía a la miseria entrar en nuestra casa. Y como sus manos no reposaron jamás, la miseria negra, la del hambre, nunca nos hizo su terrible visita. Muy pequeñito, cuando comenzaba yo a enterarme de que en el mundo no hay igualdad ni para repartir besos entre los chiquitines, me pusieron en la escuela, y la escuela, gracias a don Antonio Gil, profesor bondadosísimo, al que no he olvidado, no fué para mí una cárcel. Alegremente, con vivos deseos de aprender, para que me elogiase don Antonio, adquirí la instrucción primaria, y a los nueve años estaba ya en condiciones de emprender estudios más serios. Pero un día mi padre, que entró, para recogerme, en la escuela, nos sorprendió al maestro y a mí con una resolución que, después de todo, no podía ser más lógica. Yo, un futuro obrero, sabía las cuatro reglas, leer y escribir... Esto es, cuanto necesitaba. ¿Qué hacía, pues, en el colegio? ¿No me convendría más dedicarme a un oficio, para que pronto pudiese navegar por mi cuenta?... Y el señor Gil dijo que no, y, sonriéndose, convenció a mi padre, que le miraba asombrado. «No, no le conviene que le haga usted albañil, o zapatero, o ebanista... Esta criatura desea aprender, tiene inteligencia y voluntad, y va a combatir frente a los cien caminos abiertos por la revolución... Su España no será nuestra España. Sacrifíquese por él... y cuente con mi ayuda.»

—¿Y qué pasó?

—Pues pasó que mi padre prometió reflexionar, y que yo seguí en la escuela; pero no como antes. Había comprendido la importancia del ofrecimiento de mi maestro—al que desde entonces quisè con veneración—, y, aunque vibraba dentro de mí un júbilo grandísimo, jugué poco y chillé moderadamente, y prescindí de ciertas sabrosísimas travesuras, creo yo que con profunda satisfacción del gato y de las moscas. Al gato—un manso animalito, al que le decian «Zumalacárregui»—me había empeñado en hacerle fumar, no por martirizarle, sino para no fumar yo si se emborrachaba, y, en cuanto me veía, fugábase a botes, para no soportar mis experimentos científicos. Y a las moscas las convertía en correos clavándoles—ya suprondrá usted en qué sitio—unas tiras de papel arrolladas, en las que leían mis compañeros: «¡Viva Prim!» o «¡Viva la libertad!» Pues bien; desde que le oí decir a mi maestro que yo no debía clavetear zapatos, respeté el odio que le inspiraba la nicotina a «Zumalacárregui», y no volví a perforar a ninguna mosca.

—¿Qué le impresionó a usted más en aquella época? ¿Qué es lo que recuerda con más limpidez?

—Las entradas de Prim y de don Amadeo. Sobre todo, la de Prim. El triunfo de la revolución había convertido a España en una hoguera, y en Madrid la vida era agitadísima. Se combatía,

perorando, en todas partes: en las calles, en los cafés y hasta en el púlpito; se cantaban a todas horas el himno de Riego o *La Marsellesa;* cuestionaban a cada paso los liberales defensores de la Monarquía y la gente que luchaba por imponer la República, y los niños oíamos y veíamos las cosas más extraordinarias. Y un día me llevó mi padre a la Puerta del Sol. «Vas a ver al hombre más grande y más honrado de nuestra tierra. Fíjate en él.» Y se atestó la Puerta del Sol, y se hicieron ríos de gente las calles, y formó la tropa, y vinieron los milicianos, y de pronto se alzó, creció y centelleó una gritería terrible, un clamor sobrehumano, un trueno en el que se fundían cien mil truenos, y entre aquellas aclamaciones escalofriantes vi aparecer al héroe. ¡Prim! ¡El caudillo de la libertad, el soldado de Africa, el alma de la revolución!... Pálido, con un increíble resplandor en sus ojos leoninos, pasó regalando sonrisas y devolviendo saludos, y a mí me pareció en aquellos momentos que todo se llenaba de paz. Así le vi, y así le veré siempre.

—Y al rey caballero, ¿cómo le recuerda usted?

—También sonriendo. Sonreía con grave dignidad, para agradecer las aclamaciones de la multitud. Pero la multitud no le aclamaba como a Prim. Había nevado mucho, y la gente, con los pies hundidos en la nieve, tiritaba de frío. Y yo, que tiritaba más que nadie, metido en un portal

de la calle Mayor, helada y blanquísima, me fuí en cuanto desapareció don Amadeo. Y ahora voy a contarle algo que se me grabó en la memoria de un modo imborrable. Nunca he escuchado nada que me pareciera más grave, más solemne, más transcendental. Y fué que, una noche, después de la parva cena, mi padre, mirándome como jamás me había mirado, y acariciándome para disimular su emoción, me habló como a un hombre: «He reflexionado, y voy a seguir el consejo de don Antonio. No tendrás un oficio, Pepe. Vas a estudiar. Hazte cuenta de lo que esto significa. Vas a estudiar como los hijos de los ricos; vas a tener en las manos tu porvenir; vas a empezar un viaje en el que ni siquiera he soñado yo... De ti depende el quedarte en el camino o el ir muy lejos.» ¡Fué tan intensa, tan enorme mi impresión!... Casi no dormí, y al día siguiente, con esa precoz gravedad de las criaturas que son despabiladas por la miseria antes de tiempo, cogí mis libros y me puse a estudiar. ¡Mis primeros libros!... ¡Si supiera con qué cuidado, con qué respeto, con qué cariño supersticioso los contemplé!... Ellos serían los duendes bondadosos que me ayudarían a realizar mi viaje; ellos irían fortaleciendo mi inteligencia, y ellos tal vez me permitiesen descubrir la varita de virtudes que da el triunfo y la felicidad... ¡Y caí con tanto ardor sobre sus páginas!... Mi madre, en alguna ocasión, se opuso a que estudiara. «Descansa, hijo.

Pasea. No es sano lo que haces.» Pero ni mi padre ni ella descansaban, y yo, con la conciencia de mi responsabilidad, me entregaba al trabajo con furia. Y alcancé el título de bachiller y me vi frente a otro problema. ¿Cómo iba a seguir, siendo iguales nuestros recursos y más costosos los estudios de Facultad?... Pero mis padres, con una fe en mí conmovedora, lo resolvieron: «Continúa y ayúdate, si puedes, que nosotros nos sacrificaremos lo que haga falta.» Y busqué con la ansiedad con que buscan los que necesitan, y conseguí ayudarme.

—¿Cómo?

—Entrando en el museo Antropométrico. Su fundador, el doctor Velasco, hombre muy original, había sido fraile, y después de la espantosa degollina que quiso disculpar el fanatismo rojo acusando a los frailes, se exclaustró. Y, ya exclaustrado, comenzó a devorar libros, y cursó Medicina, y se aficionó a los bisturíes, y conquistó una fama tan grande como justa, y, operando, a pesar de su caridad inagotable, se hizo rico. Pero él, revolucionario de corazón, Mecenas de estudiantes y plebeyos, y esclavo del saber, no amaba la riqueza por la riqueza misma, y así gastó en crear el Museo cuanto había ganado, y se conformó con exigir que le enterrasen en el edificio. Por cierto que esta exigencia le inspiró al padre de Benavente, médico ilustre y poeta a ratos, una poesía que terminaba de este modo:

«Y cual gusano de seda
que su capullo construye,
él su museo concluye
y allí encerrado se queda.»

Pues bien; el doctor, que cuando yo le conocí era un viejo achaparrado, con una sotabarba de nieve digna de un «lobo de mar», me colocó en el Museo para que le ayudara sacando piezas anatómicas y preparando los elementos prácticos que había de utizar en sus lecciones, y junto a él, que me trató paternalmente, aprendí Anatomía y aprobé, a ley, dos cursos.

—¿Y le dejó usted?

—Porque ingresé de practicante en el hospital de la Princesa, con seis reales diarios. ¡Seis reales diarios! ¿Sabe usted lo que eso significaba para mí? La tranquilidad de mi familia; la seguridad de que remataría mi carrera...

—¿Y por qué no la ejerció usted?

—¡Cómo que no la ejercí! ¿Pues quién fué, por espacio de diez años, el ayudante de Cortezo? ¿Y qué sería yo hoy sino médico, sin mi afición al periodismo?... Pero embriaga de tal modo la letra de molde, es tan irresistible su atracción... Yo empecé escribiendo artículos sobre Medicina para las revistas profesionales; mas como ya figuraba en la Tertulia progresista, donde había hablado y todo, mi entusiasmo de criatura que aprendió a andar mientras corría desatada la revolución, me llevó pronto a los perió-

dicos políticos. Escribí en *El Pueblo*, con Malagarriga; en *El País*, con Ginard de la Rosa, Tuero, Llana y Curros Enríquez, y después de estar dos años retirado en Hellín, con mi mujer, volví a la pelea, dirigiendo *La Justicia*. Lo demás es muy reciente. *El Globo*, el *Heraldo*... De mi obra en ellos, que hablen los del oficio.

—Bien. Pero dígame algo de la cartera. ¿Impresiona mucho conquistarla?

—Sí. Sobre todo la jura en Palacio me impresionó terriblemente. El Rey se sienta junto a una mesa y el ministro se arrodilla frente a S. M., y con la mano sobre los Evangelios, jura defender las leyes y las instituciones del país. Pues cuando yo me arrodillé, se me nublaron los ojos, y con más pena que alegría, con una agridulce emoción que me hizo balbucear, vi a mis padres y a mi mujer, y resucitó mi memoria las palabras del día solemne: «Vas a estudiar como los hijos de los ricos; vas a tener en las manos tu porvenir; vas a empezar un viaje en el que ni siquiera he soñado yo...» Y en aquel momento, al terminar el viaje, sólo pensé en los que se sacrificaron por mí, en los que me animaron, en los que, con su confianza, me ayudaron a subir la pendiente larguísima.

—Y ahora, ¿está usted satisfecho?

—No sé qué decirle. Lo estaría si no me abrumara el peso de la responsabilidad que he contraído. Me amedrenta el cargo. Yo, que por

amor a mi Patria, quisiera ser muy grande, me encuentro muy pequeño. Y como no he aceptado una cartera para lucirme, sino para trabajar... Claro es que trabajaré. ¡Con una energía fiera, con un esfuerzo incansable, con una decisión invencible! Pero en este ministerio, ¡es tan difícil trabajar!

—¿Por qué?

—¿No ha leído usted las Memorias de don Federico Rubio?

—*¿Mis maestros y mi educación?*

—Justamente. ¿Y no le ha espantado el interesante, el admirable libro?... Don Federico, un autodidacto, como todas las criaturas de su generación, fué un médico ilustre, *a pesar* de sus profesores. Estuvo en escuelas que parecían cuadras; se martirizó el cerebro atiborrándose de librotes que no entendía, porque no hubo quien se los quisiera explicar; solo, derrochando el tiempo y a fuerza de constancia, se orientó y avanzó lentamente por su camino, y llegó a la vejez ignorando cosas fundamentales y elementales... ¿No es esto horroroso? ¿Y no es más horroroso aún que la historia de don Federico sea la historia de la mayoría de los españoles?... No digo yo que no hayamos progresado. Algo, mucho, hemos progresado; pero todavía—¡vergüenza da decirlo!—el problema español es un problema de cultura. Que aprenda España, y se engrandecerá con una rapidez milagrosa. Mas, para que apren-

da España, es preciso que los ministros de Instrucción pública estén a la altura de su misión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que hay que derribar mucho y que edificar mucho; que, para que se salve nuestro país, hace falta una revolución, y que esa revolución sólo la podrán hacer los ministros de Instrucción pública. Figúrese, pues, lo que, conociendo, como conozco, la debilidad de mis fuerzas, me abrumará el cargo. Pero, en fin, cerebros superiores al mío realizarán la obra. Yo me conformaré con que, por mi buena voluntad, se me considere como un humildísimo colaborador.

LAS TIRANAS DEL PÚBLICO

LOS SECRETOS DE CATALINA BÁRCENA

El pequeñín.—Lo que opina del Teatro y de su madre.—El misterio de la vida.—La campanilla de oro.—Los pantalones de Mario.—De la comedia a la tragedia... sin gritos de sereno.—El paraíso de Lebeña.—La atroz batalla del monólogo.—De la obscuridad a la luz.—Los primeros triunfos y los primeros aplausos.—«Primavera en otoño».—Lara.—La excursión con Borrás.—¡Si todos fuesen geniales!...—El llanto: la emoción y las fosas nasales.—La risa: la de la loca, la de la boba, la de la mala, la del conejo.—Cosas difíciles.

—¿Doña Catalina?

—Está haciendo la función.

—La esperaremos.

Entramos en el cuartito, que parece una capilla, y nos sentamos sobre unos suaves cojines en un frailuno sillón. Los muros, vestidos de damasco rojo, fortalecen la luz. Hay una hornacina donde unos quiméricos pajarracos de plata vuelan en el cielo, intensamente azul, de la tapicería, de damasco también.

—¿Tardará doña Catalina?

Esta vez nos contesta un caballerito de un lus-

tro, al que un ojo valientemente amoratado le da un bélico aspecto:

—Poco.

Y añade, sin duda para ilustrarnos y distraernos, con gentil amabilidad:

—¿Verdad que esos pájaros parecen cotorras?... Pues no son cotorras, ni loros. Son pájaros de fábrica, no de Historia natural.

—¡Hola!

—Y mi mamá—agrega—no es doña. No es tan mayor para que le digan doña. Doña se le dice a las que son ya muy mayores.

—Es cierto.

—¿No ve usted la función?... A mí no me dejan hoy.

—¿Y te gusta el teatro?

—Horrorosamente. Eso de «Don Juan de mi corazón» es muy precioso. Y cuando roban a mamá, y cuando se pelean con las espadas, chis, chis, aplaudo. Pero me enfado si sale a hacer chicas ordinarias... Esas chicas que dicen: «To, coci, no me da la gana, no quiero...» Eso está mal.

—Pero si lo escriben los autores.

—Que no lo escriban. ¿Es bonito contestar: «no me da la gana»? A mí, cuando lo contesto, me riñen. Y si un día el público le riñe a mi mamá...

—Tú, ¿la quieres mucho?

—¡Claro! Como que me ha tenido dentro.

—¿Qué dices?

—¡Ah! ¿No lo sabía usted? Pues, sí: me ha tenido dentro días y días. A todos los chicos los tienen dentro sus madres, y sufren mucho, mucho, mucho... Más que si les dolieran las muelas. Por eso las debemos querer. Y lo peor es cuando vamos a salir. Pero soy muy pequeñillo todavía para que pueda comprender esa parte. Es un misterio.

Aún celebrábamos la graciosa gravedad con que dió el chiquitín su explicación, cuando oímos algo así como el repique de una campanillita de oro.

—Es mamá. Viene riéndose.

Y entró Catalina Bárcena.

Despidió al niño con una lluvia de besos, acomodóse entre los cojines de la hornacina, que con tan simple acto quedó convertida en un altar y nos interpeló alegremente:

—Bueno. Pregunte, señor sacerdote. Confesión general. ¿Por dónde empezamos? ¡Ah! Empezaremos por mis pantaloncitos, por mis *breeches*... ¿No sabe usted que voy a lucir unos pantaloncitos de montar, de esos que parecen jamones, en la obra nueva?... Horrible, ¿eh? Pantalones, botas hasta la rodilla... ¡Espantoso! Pero me gusta el tipo. Es una mujer que aparenta ser muy masculina, y que no puede ser más femenina. Se diría que, en algunas cosas, ha querido retratarme el autor.

—¿A usted?

—¡A mí, a mí! Yo desearía que me trataran los hombres como a un hombre. Vamos, que, al tratarme, suprimieran esas galanterías que muchas veces, más que por la falta de respeto, molestan por el desdén que encubren. ¿No?... Pero dejemos esto. Me encanta la obra.

—¿Es dramática? Dicen que ahora prefiere usted lo dramático.

—¿Ahora? Siempre. Pero esto no significa que no me guste lo cómico, si es artístico. Mi ideal sería representar comedias y tragedias. Tragedias de nuestro tiempo; tragedias en las que el grito, cuando haya que gritar, sea de persona... y hasta de persona débil de pulmones. ¿Es qué una mujer incapaz de competir con Estentor no puede transmitir una sensación trágica? Yo no conseguiría imitar a una diosa ni a una heroína clásica; pero, lo que es a una mujer... No es indispensable que las mujeres griten como los serenos.

—¿Y siempre ha pensado usted así?

—Siempre. Es decir: desde que me dediqué al teatro..., empujada, más que por la afición, por la necesidad. Para mí, el teatro, mientras fuí una chiquilla, fué algo tan imposible de alcanzar como un lucero. Y ni en sueños se me ocurrió aspirar a un puestecito en una compañía. Entonces estaba yo en Lebeña, un pueblo montañés pequeñín, pequeñín... Un paraíso. Yo saltaba

como una corza, y me subía a los árboles, y hablaba con los pájaros, con las nubes, con los arroyos... Y me asustaba de los truenos, y de la lluvia fuerte, y del vendaval... Y veía a las hadas y a las brujas... Y un día vi al lobo de Caperucita Roja, con la cofia de la abuelita puesta, mirándose en un espejo...

—Lo mejor de la vida.

—Sí. No volveré a Lebeña. No quiero que destruyan los ojos de la mujer el mundo creado por los ojos de la niña. Sálvese siquiera esta ilusión.

—Y a Madrid, ¿vino usted muy joven?

—Muy joven, y resuelta ya a dedicarme al teatro. Empecé, gracias a una hermana mía, que era actriz. La señora Guerrero, a quien le hice una visita para suplicarle que me aconsejara, me recomendó que estudiase un monólogo; lo estudié, fuí a verla una tarde al Español..., y todavía, cuando recuerdo la aventura, me echo a temblar. Se había concluído uno de los últimos ensayos de una obra importante y estaba la sala casi llena. Y con la sala casi llena, delante de autores, literatos, críticos y periodistas, me rogó la señora Guerrero que recitara el monólogo. ¡Lo que yo sentí, Madre Santísima de Dios!.,. La muchachita de Lebeña recitando en el primer escenario de España y ante el público más inteligente de Madrid... La pobre muchachita, exponiéndose a morir de vergüenza, si fracasaba... Pero, como

era preciso tener valor, porque hacía falta trabajar, la muchachita tuvo valor.

—¿Y triunfó?

—No sé cómo. El monólogo era de tipos, y recuerdo que empezé a hablar muy bajo y temblando como una azogada. También recuerdo que no conocía mi voz. Los dos primeros tipos los hice con una precipitación tremenda. En el tercero, animada, porque no se metían conmigo, quise matizar y todo algunas cosillas; pero, entonces, me fijé en la atención con que me observaban los actores y los literatos, y me entró de nuevo el miedo con tal fuerza, que terminé el monólogo encarándome con una de las paredes laterales. Y, sin embargo, pasé. Me felicitaron todos... Yo sólo decía: «Gracias, gracias... Es bondad de ustedes. Son ustedes muy amables.» Y tenía unas ganas de quedarme allí y, a la vez, de irme...

—¿Y por el monólogo ingresó usted en la compañía?

—Por el monólogo. ¡Y con una suerte!... No hice más que un papelito: una señorita que casi no habla, en *Daniel*. Y en seguida, al despedirse la Suárez y la Asquerino, me dieron todos los papeles de dama joven, y, a juzgar por las opiniones de las compañeras, no los estropeé.

—¿Qué opinaban?

—Que era una pava, una sosaina, una simple... Que parecía que estaba riéndome cuando llora-

ba... Que el público acabaría por retirarme con un pateo... ¡La mar!

—Sí; eso indica que triunfó usted. Y la gente, ¿empezó pronto a aplaudirla?

—Sí. En *El preferido y los cenicientos*, aquel drama que don José Echegaray no quiso firmar, y en *Las hijas del Cid*, me aplaudieron. Pero donde me premiaron con más generosidad fué en *Primavera en otoño*. Esa comedia me llevó a Lara, haciéndome primera actriz, y me permitió compartir con Borrás el trabajo durante algunos meses. He representado *Otelo* y *Tierra baja* con el admirable actor. Consígnelo, porque eso me enorgullece.

—Entonces, ¿le gustaría seguir laborando junto a Borrás?

—No me gustaría: me entusiasmaría. Con Borrás, y con grandes actrices, y con grandes actores. Es mi sueño. ¡Si yo estuviese en una compañía de eminencias!... Quizás acabara yo por ser también una eminencia. Pero, no, no. ¡No diga usted esa tontada!

—Pues revéleme usted algunos de sus secretos. ¿Cómo consigue usted llorar con tanto arte, reir con tanta gracia, y llorar y reir al mismo tiempo con tanta ternura?

—Me adula usted. ¡Pobre ternura y pobre gracia y pobre arte los míos!... He estudiado un poquitín, y nada más. Secretos... ¡qué más quisiera yo! Cuando me conmueve una obra, lloro de ve-

ras en los primeros ensayos, y no puede usted figurarse una cara más antiartística que la mía: los párpados, hinchadísimos; las mejillas, brillantes, y la nariz, roja y húmeda, porque con el llanto destila siempre... ¿Y cómo va usted a emocionar con la nariz roja y sonándose cada dos minutos? Por eso yo me domino poco a poco, hasta que acabo por llorar, sin llorar. ¿Me comprende? Procuro transmitir la sensación, no de una verdad real, sino de una verdad artística.

—Está muy bien..., y es muy difícil.

—Para mí, no. A mí lo que más trabajo me ha costado ha sido reirme. No podía reirme sin ganas, y, cuando reía, sólo reía de una manera. ¡Y hay tantas clases de risa!... La risa de la madre, la risa de la enamorada, la risa de la loca, la risa de la necia... Y luego esas risas hipócritas que quieren engañar, y esas de despecho que parecen morder. Y las de resorte, breves y secas, que nacen en la boca de los envidiosos, y las otras de la gente buena, largas y clarísimas, como de agua que corre...

—Así se ríe usted.

—¿Y cuando me río con la risa del conejo?... No. Yo me río ya de muchas maneras en el escenario y fuera del escenario. Ahora, gracias a Dios, en cuanto me debo reír, me entran ganas de reír. Y ese es mi único secreto: que hago las cosas en el momento en que las debo hacer. Pero mi arte es el de todos los artistas que de-

sean ser artistas. Llorar, reír... ¡Con no tener una piedra en el sitio del corazón! No es difícil. Ni es difícil reírse llorando, puesto que se llora de alegría. Ni llorar riéndose, puesto que se ríe de rabia y de dolor.

—¿Y disimular la emoción?

—Esa ya es harina de otro costal. Hacer como que se habla tranquilamente, pero denunciando con la voz temblona y con el parpadeo nervioso la angustia que nos martiriza, no es empresa fácil. En varias comedias procuro yo hablar así: con un llanto interior que moja la voz en lágrimas. Estudio mucho. Me gusta el teatro tan ciegamente...

—¿No se retiraría usted?

—¡Nunca! ¡Por nada! Y eso que me preocupo de un modo... ¡Si estaré bien! ¡Si acertaré! ¡Si continuará el público animándome!... Tengo un pavor algunos días...

Y la ilustre actriz, viéndonos asombrados, nos tranquiliza con una carcajada.

El afán de Leocadia Alba.

Lo que ya han dicho.—El llanto de «Buenas noches».—La muchachita y el arcángel.—El pastor Emilio Carreras.—La «graciosa».—Una excursión con Zamacois.—La tiple de «Chateaux Margaux».—El molino de sangre.—Las mollas y las mallas.—Bajar para subir.—Los papeles.—El público y los pateos.—La lotería.

De un gabinete donde hay mil figulinas y mil juguetillos de bronce, porcelana y cristal, nos llevan a un despacho, y aparece en seguida Leocadia Alba. La gran actriz, con la cortedad de una de esas señoritas que sólo han brillado en el pequeño círculo de sus familiares, se amedrenta al ir a *confesar*, y pretende batirse en retirada:

—Pero, ¿por qué se ha molestado usted?... Yo siento mucho que usted se haya molestado. Ya le advertí que mi vida ha sido y es de una sosera tan absoluta...

—Es que yo no la creí, ni la creo. A usted, que tiene tanta sal...

—¡Ay, calle usted, por Dios! ¡Pobre de mí!

—A usted, que tiene tanta sal, algo que no sea soso le habrá ocurrido.

—Pero si mi sal es la de los autores... Si yo, fuera del escenario, soy una pobre mujer. Sí, señor. Hasta un poquito tristona, por carácter. Todas mis compañeras se lo asegurarán. Y del escenario, ¿qué lances le podría referir? Lo de *Buenas noches, don Simón,* lo único de cierta gracia que me ha pasado, ya lo han dicho.

—Lo han dicho; mas como lo interesante es que lo diga usted... ¿Qué fué lo de *Buenas noches, don Simón?*

—Pues una tontería. Me contrató en Martín don Luis Cubas, me dieron un papelito en *Buenas noches, don Simón,* me lo aprendí como un papagayo..., y al encontrarme frente al público, lo olvidé completamente de pronto y me eché a llorar de vergüenza y de miedo. Y, sin embargo, el público—¡qué bueno es el público!—me aplaudió. No sé por qué. Quizás porque lloraba; quizás porque me conocía.

—¿Que la conocía?

—Sí. Como papá era actor, yo empecé muy pronto. Muy pequeña, muy pequeña, muy pequeña, ya trabajaba. Mal. Puede usted figurárselo; pero trabajaba.

—¿Y qué obras fueron las primeras en que trabajó usted?

—Las primeras, ante el público de verdad, el que paga, *La Pasión* y *El Nacimiento del Mesías.* En *La Pasión* hice una muchachita del pueblo. Si no bien, en tipo, porque ya estaba yo gruesa.

¡Esta desgracia de las carnes! Y en *El Nacimiento* hice el Arcángel San Gabriel.

—Con sus tirabuzones y sus alas... Gozaría usted mucho.

—Mucho. ¿Para qué lo voy a negar? El traje era blanco y las alas blancas y azules. Todo precioso. ¡Pero, las alas!... Soñé muchas noches con las alas. Ya sabe usted cómo son las criaturas. ¡Qué tiempos, Dios mío!

—¿Recuerda usted el papel?

—¡Cál

—¿Y a los artistas con quienes lo representó?

—Tampoco. Lo que he guardado en la memoria es que en el acto primero le dije unos versos a la Virgen con grandísima emoción, y que en el segundo llamé a los pastores para que viniesen al Portal. ¡Ah! Uno de los pastores era el infeliz Emilio Carreras.

—Estaría graciosísimo.

—No. Como entonces empezaba... Para ser gracioso hay que tener *autoridad*, y el que empieza carece de *autoridad*.

—Es cierto. Y ¿siguió usted en Martín?

—Unos meses. Luego dejé de trabajar, y a los dos años, más gruesa—¡pícaras carnes!—, salí a provincias con la compañía dramática de Rocher. Y de esto sí que no podría contarle lo más mínimo. ¿Cómo fué Rocher? ¿Cómo fueron sus actrices y sus actores? ¿Cómo los trataba la gente?... Todo se ha borrado en mi memoria... Es-

tuve con ellos igual que si durmiese. Y eso que la *graciosa* era yo. ¡Mire usted, que pasar de arcángel a *graciosa!*

—¿Es una suerte?

—¿No ha de serlo? ¡Si yo en el teatro he tenido mucha suerte! Pues ¿y el golpe de Zamacois?... De Zamacois sí me acuerdo bien. Bajito, flaco, muy distinguido, muy gran señor... Era melancólico, adusto y casi no hablaba. «Sí, no, bien, mal...» Imponía. ¡Pero, en escena!... ¡Qué talento el de aquel hombre! Vestía el frac como la blusa, y la americana como la chaqueta de torero, y la levita como el capote de soldado; y lo mismo podía tomársele por un príncipe, un ricachón o un militar, que por un albañil o un chulo. Y aquel enorme artista, sin conocerme, apurado porque se le había ido una actriz que cantaba, me contrató. Yo tenía un miedo espantoso: «¡Ay, papá! ¡Ay, papá, que es mucho primer actor ese caballero, y se va a reír de mí!» Y mi papá me consolaba, y sostenida por el pobre, embarqué. A la mitad del viaje, cuando se me pasó el mareo, empezé a estudiar, y antes de que llegásemos a la Argentina, me había aprendido *Salón Eslava*, *Ya somos tres*, *Los carboneros* y la comedia en dos actos *El primer galán*. Y desembarcamos en Buenos Aires, y se reunió la compañía, y nos citaron para ensayar *Salón Eslava* y la comedia.

—¿Qué papeles hacía usted?

—En *Salón Eslava* una bailarina que va a que

la contraten, y en *El primer galán* una criadita. A la criadita pensaba yo darle cierta ingenuidad y a la bailarina una desenvoltura loca. Es decir, que la primera, como una buena muchacha, hablaría entornando los ojos y retorciéndose el delantal, y la segunda, con morisquetas y desplantes, como un torbellino.

—¿Y acertó usted?

—Acerté; pero no pude lucir mi perspicacia, porque Zamacois fué diciéndome en el ensayo todo lo que debía hacer y cómo debía hacerlo. «Aquí haga usted tal cosa y muévase de este modo, porque yo haré esto, y esto, y esto.» «Aquí corte de esta manera la frase.» «Aquí abra y cierre los ojos, alargando la pausa.» Después le dijo a mi papá que yo era estudiosa y que servía. ¡Me puse más contenta y me entró un entusiasmo tan grande!... Tan grande que me *iba* un poquito. Ya se lo advertía él a papá: «Tengo que contenerla, para que no se vaya del seguro.» ¡Juventud, juventud!

—No suspire usted, que aún no habrá llegado a los cuarenta y cinco.

—¿A los cuarenta y cinco, pobre de mí, y me faltan unos días para los cuarenta y nueve? Pero si yo he cantado... ¡en Variedades!

—¿Y por qué dejó usted el *verso* por la zarzuela?

—Porque no me quisieron admitir en Lara, a pesar de la recomendación de Zamacois. No ha-

bía hueco. Y como había hueco en las compañías de zarzuela, y como yo no había cantado muy mal *La calandria, El lucero del alba* y otras obras de entonces, me aceptaron, y me convertí en tiple.

—Y de las buenas.

—Un grillo no fuí. Según parece, mi voz era bonitilla cuando estrené *Chateaux Margaux.*

—¡Ah! ¿Fué usted?...

—Yo. He cantado centenares de veces la obra. En Variedades, en Apolo, donde estuve ocho años...

—¿Y por qué se marchó usted de *la catedral?*

—Porque me despidieron.

—¿A usted?

—A mí. Venían empujando otras más jóvenes y con voces todavía más bonitillas que la de esta servidora, y me despidieron. Lo último que estrené en Apolo fué *La revista,* del maestro Caballero y de don Miguel Echegaray. Después... al molino de sangre, a provincias, a estudiar y a cantar como una desesperada, para vivir.

—¿Y estuvo usted muchos años en provincias?

—Algunos. Hasta que se murió mi padre y se casó mi hermana Irene.

—¿Por eso cambió usted de género?

—Por eso y por otras cosas.

—¿Se pueden saber?

—Después de todo... Cambié de género por...

por pudor. ¡Ea, ya lo dije! Se habían puesto de moda las mallas, y las tiples tenían que lucir cuanto Dios les había dado, para complacer al público. Y como a mí, y sin que se lo pidiera, me favoreció el Señor con más de lo que necesitaba, a fin de no lucirlo, me retiré. Chueca, cuya mujer era y es muy amiga mía, me aconsejaba continuamente: «Dedíquese a característica, Leocadia.» ¡Y le oía yo con una amargura!... Contratarse de característica es renunciar a la juventud; aceptar papeles ridículos de marimacho, de solterona o de vieja estrafalaria; cobrar poco y disfrutar de menos consideraciones... Lo pensé dos años, y a los dos años, al decir el maestro una noche: «Dedíquese a característica, Leocadia», le interrumpí para aceptar. Sí, señor; sería característica; saldría de acompañamiento; me quedaría en mi cuarto, poniéndome una peluca horrible, mientras las demás cantaban... y escucharía con resignación unos aplausos que ya nunca provocaría yo. Y me contraté en Eslava, y estrené aquella portera de *El último chulo* que dice que es más guapa que la Caraman Chimay..., y me aplaudieron, gracias a Dios, lo mismo que cuando era tiple, y me convencí de que conseguiría defenderme, y perdí el miedo, y ya me presenté en Lara sin temor.

—Allí, ¿ha estrenado usted buenos papeles?

—Bonísimos, y sin solicitarlos yo. Les debo mi nombre. Algunos... Pero no debo decir los que

me gustaron más, para que nadie se moleste. Claro es que en esos que me gustaron fué en los que más gusté.

—Pero si usted gusta en todos.

—¿De veras? Mire, no lo sé. No sé si lo que hago tiene mérito.

—¿La aplaudirían si no lo tuviera?

—Queriéndome el público, quizás. Y el público me quiere. De tal manera, que de casi todos los *pateos* me he escapado..., y por esa dichosa casualidad y por tener poquísimos ahorros, no estoy ya en mi casa.

—Pero a usted, ¿no le gusta el teatro?

—¿Le contesto sinceramente?... No. Estudio por decoro; pero sin afición, y trabajo por necesidad. Si me tocara la lotería... En la lotería he puesto mis esperanzas. Estoy abonada a dos números: un 15.000 y un 5.000, que nunca salen premiados, y pico en otros numerillos. En Navidad jugué 300 pesetas.

—¿Y no le parece que jugar 300 pesetas es jugar demasiado?

—Pero, ¿y si cojo un *gordo* y realizo mi sueño? Un hotelito mío, con árboles, con flores, con verduras... Las ventanas muy grandotas, para que entre mucho sol. Muebles muy nuevos y muy cómodos. El piso, encerado, muy brillante. Y gallinas y palomas... Y, a las dos, a la hora del ensayo, oyendo el arrullo de las palomas y el cacareo de las gallinas, yo regaré en el jardín, si el

tiempo es bueno, o leeré junto a una ventana, si llueve. Sin obligaciones, sin cavilaciones, sin responsabilidades, sin miedos... Esta debe de ser la felicidad. ¿No?

La amiga de la humildad.

Sacar los pies del plato.—En Lara.—La estrella y el cachito de vidrio.—La dama joven.—Las primeras luchas y los primeros sueldos.—En el mar.—El nacimiento de Ana Marina y los alemanes del «Ammon».—Un desembarco peligroso y un viaje terrible.—Peleando en la brecha.—La opinión animadora de Tallaví.—Lo artístico y lo honrado.—El final.

Antonia Plana, como si no fuera una admirable artista, hace un mohín de espanto, y retrocede al vernos entrar.

—Mire usted, *Parmeno:* para mí, eso de la información, es violentísimo. ¡Violentísimo! No se ría usted. Van a figurarse que quiero sacar los pies del plato; que soy una vanidosa... Y bien sabe Dios que no es verdad. ¿Tengo yo mérito?... Vamos, un mérito grande, grande. Y si no lo tengo, ¿no es agresivo que me ponga a contar mi vida?

—¡Caray, cuanta modestia! Déjeme usted mirarla un ratito, con la atención con que miraría a un fenómeno.

—Bueno; basta ya.

—Pues empiece.

—Pero...

—No insista. Siendo usted quien es para la gente de pro, puede y debe hablar. A no ser que en el fondo de su modestia se divisen los cuernos del diablo del orgullo.

—¿Eso también?... ¡Ea, escriba! ¿Le digo que fuí pobre, y que, por serlo, me dediqué al teatro?

—¿Sin vocación?

—Con alguna vocación; pero ¡con más miedo!... Salir a un escenario y decir cosas alegres o cosas dramáticas para hacer reir o llorar, me parecía espantoso por lo difícil. Delante del público, perseguida por tantas miradas, ¿no se me olvidaría el papel o no huiría de pronto?... Pero la pobreza me empujó, y yo, tan cobarde y tan sosa, pedí un puesto entre las actrices.

—¿Dónde empezó usted?

—En Lara. Me repartieron un papelito en *El patio*, y no pasé del papelito. Nieves Suárez, entonces la primera actriz—que era y que es buenísima—, me oyó hablar de mis proyectos, un poquito ambiciosos, y me aconsejó: «Nenita, aquí no vas a hacer nada. Busca otra compañía.» Y busqué otra, y conseguí entrar en la de María Guerrero, y ya ni siquiera tropecé con papelitos como el de *El patio*, porque sólo me sacaban de comparsa. ¡Qué amargura la de aquella época!... Y no por envidia, porque el aplauso a las demás no me molestaba, ni por despecho,

porque no creía que me tratasen injustamente. ¡Qué injustamente! Doña María me trató muy bien. Tan bien como una estrella hubiese tratado a un cachito de vidrio.

—Pero el cachito de vidrio, para ser algún día estrella, emigró.

—Emigró, si no para llegar a estrella, para no ser cachito de vidrio y evitar que lo pulverizaran en uno de esos aterradores papeles que se reducen a decir: «Buenos días» o «Esta noche nos marcharemos.»

—¿Y subió usted pronto?

—Demasiado pronto, porque, sin preparación, pasé de comparsa a dama joven en una compañía que formó Mariano Mendoza. Yo, entonces, era un lorito. Tenía un memorión increíble, y me aprendía los papeles con extraordinaria rapidez; pero me aprendía la letra, no el espíritu de los papeles, y mi trabajo no podía ser más vulgar.

—¿Se lo decían?

—No, no. El crítico que me censuraba, que me insultaba, que se reía de mis disparates, vivía en mi propio cerebro. Porque yo estropeaba los papeles; mas sabiendo que los estropeaba y presintiendo el modo de interpretarlos bien. Y afiné poquito a poquito, cada día con más serenidad y con una conciencia más clara de mi labor, y ya me habían espoleado los aplausos cuando me contraté con Thuillier, que llevaba a la Ferri de primera actriz. Pero me contraté por casuali-

dad, porque hizo falta sustituir a una artista—la llamaremos la Ele, para no mortificar a nadie—y pagué la sustitución con berrenchines y lágrimas, oyendo los augurios y los juicios de mis compañeras. «¡Ah, cómo hacía ese tipo la Ele! ¡Qué efectazos le sacaba a ese papel!» Y yo, que soñaba con la Ele y con sus *efectazos*, y que me acobardaba al ver que las actrices me miraban desde las puertas, salía con los nervios desencajados, en unas condiciones terribles de inferioridad, con más miedo a su censura que a la del público. Y representé *Las flores*, y me aplaudieron lo que a ella le aplaudían y algo más, y, envalentonada, me encargué de la Enriqueta—una primera actriz como un castillo—en *Mancha que limpia*. Usted sabe que la Enriqueta es un prodigio de hipócrita maldad. Pues bien; yo, que no entendía de maldades; yo, que era casi una niña, no sé lo que adiviné ni lo que hice... Lo que sé—y aquello no se me olvidará nunca—es que en mi escena más antipática conseguí una de esas ovaciones que saben a gloria. Y desde entonces no se volvió a nombrar a la Ele ni se me discutió.

—¿Y ascendió usted en la compañía?

—De señorita a señora, porque me engañó Emilio, y me casé. Y lo malo es que continúa teniéndome engañada. Pero, vamos a lo importante: a la única tragedia de la que he sido protagonista en la realidad.

—Vamos a la tragedia.

—Verá usted. Trabajábamos en Lima; a Thuillier se le ocurrió ir a Costa Rica, y como yo estaba ya fuera de cuenta, por miedo a un viaje de dos semanas, mi marido se contrató en un teatro de género chico. Pero Thuillier, gravemente perjudicado, se alborotó: «No había posibilidad de sustituírnos ni de que, sin nosotros, la compañía trabajase.» Y, convencidos, nos embarcamos en el *Ammon*, vapor de carga alemán, encomendándonos—porque mi marido es de Sevilla—a Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Pero Nuestro Padre—sin duda porque me convendría—no quiso escuchar mis ruegos, y a los trece días de navegación, ya frente a Punta Arenas, sentí que se me desgajaban las entrañas. Y aquí de nuestros apuros. El médico del *Ammon*, un muchachote alemán, con el que nos entendíamos merced al diccionario, porque desconocía el español y chapurraba infamemente el francés, sabía más francés que Tocología... ¿A quién acudir? Y esta vez Nuestro Padre tendió sobre mí sus manos misericordiosas, y cuando llegó el momento, me auxiliaron cariñosamente las amigas, y todo pasó con felicidad. Y hubo un incidente curioso. Escuche usted: Cogió el médico a mi hija, que fué envuelta en una bandera alemana, y la Comendador, sin fijarse en la criatura, salió corriendo para enterar a la tripulación, que aguardaba con nobilísimo interés el resultado del trance: «¡Un niño!

¡Un niño!» Y sonaron tres «hurras», y cuando el médico, muy enfadado, restableció la verdad, hubo un momento de franca desilusión, que le arrancó una protesta a Thuillier: «¡Pobrecita, que la desprecian porque es mujer!» Pero no la despreciaban. Ni los que oyeron sus primeros gritos, ni los que la conocieron después. ¡Pues si mi Ana Marina es considerada por los alemanes como una compatriota! A los pocos años, viajando en un gran buque alemán, se verificó una fiesta a bordo, y los camareros, que, con arreglo a la costumbre, clavaron en los panecillos de los franceses banderitas francesas, y en los de los ingleses banderitas inglesas, y en los nuestros banderitas españolas, en el de mi hija clavaron una alemana, de raso y no de papel, que era la mayor.

—Pero sigamos con la tragedia. ¿Qué pasó al llegar a Costa Rica?

—Pues que el capitán nos dijo que si no desembarcábamos inmediatamente, nos tendría que llevar a California, porque el *Ammon* no se podía detener, y, naturalmente, nos decidimos a desembarcar. A mí me colocaron en una especie de camilla, labrada por los carpinteros de a bordo; del camarote me trasladaron a la bodega; en la bodega, amarrada la camilla con unos cordeles fortísimos, la engancharon a la grúa, y, muy despacio, empecé a subir entre la obscuridad de la panza del buque, y luego me cegó la luz y me

elevé a una altura espantosa, y después, muriéndome de pavor, descendí entre los rechinamientos de la cadena y los golpetazos del mar, y vi, por fin, que muchas manos me sujetaban, y descansé en un lanchón sobre las olas. ¡Inolvidable! Pero aún no habían terminado mis martirios. Del lanchón me sacaron seis hércules como el betún, y había estado a punto de caerme treinta veces, cuando, como una reina en un palanquín, hice mi entrada triunfal en Punta Arenas, seguida por unos millares de negros, a los que el espectáculo hacía reir.

—Y allí, ¿la auxiliaron a usted?

—¿Quién me iba a auxiliar? ¿Algún negrito? De allí salimos en un tren de juguete, que dejamos a las tres horas, y entonces me colocaron en una hamaca, sobre una carreta, que, hundiéndose en lodo y recibiendo chubascos, me arrastró por aquellos vericuetos durante dos días. Dos días mojándome, sin médicos, sin la más elemental limpieza. No sé cómo no me morí. Y ya, ¿qué voy a contarle? Estuve con la Pino y Thuillier en América; Tallaví, que me vió hacer en Buenos Aires la Silvia de *Los intereses creados*, dijo que yo no era una dama joven, sino una primera actriz, y me contrató, y en el puesto de primera actriz hice lo posible por agradar al público.

—Y triunfó usted.

—Si ustedes lo aseguran... Pero sigo siendo

tan cobarde y tan sosaina como cuando empecé, y si algo he adelantado se lo debo a mi marido, que siempre creyó en mí. Lo único que me sobra—ya que no me sobre el talento—es la buena voluntad. Tengo un tesoro de buena voluntad y cierta disposición nativa para decir acertadamente las cosas nobles y honradas. Las siento, y no las digo mal porque su claridad me ilumina el corazón.

—Y la lucha, ¿no la ha cansado?

—No. Aun no, porque he de dejar a cubierto de la miseria a mi Ana Marina, para que nunca sea un cachito de vidrio. Luego me retiraré. Pero sin estrépito, de puntillas, para que nadie se fije.

Los triunfos de Margarita Xirgu.

Pudibundez providencial.—«Teresa Raquin».—La pausa, la frase y el murmullo.—La muchacha de «La barca nova».—«Tristes amores».—La hada de «La campana sumergida».—Siete pesetas por una lágrima.—La victoria de «Juventud de Príncipe».—Los estudiantes aficionados.—«Salomé».—«La reina joven» y «La hija de Jorlo».

—Señora Xirgu, gracias a su victoria, enorme y justa, en *El mal que nos hacen*, es usted la actriz del día. Al público, que la ha hecho de golpe capitana generala de los ejércitos farandulescos, le gustaría enterarse de cómo ha subido usted por la áspera pendiente. ¿Se lo contamos?

—¿Por qué no?

—Pues hable usted. Nos vamos a referir únicamente a las batallas de los estrenos. ¿Cuál fué la primera?

—La de *Teresa Raquin*. Una batalla que di muerta de espanto y por casualidad. Por casualidad, porque yo no debí estrenar la obra.

—¿Pues?...

—Porque yo casi no era actriz, y eso que ha-

bía representado mil papelitos en muchas Sociedades. Figúrese: a los trece años hice en *Don Alvaro* la Curra... Pero, aunque la afición me enloquecía, casi no era actriz. Empecé por amor al teatro y por odio a la miseria. Mi papá, un buen obrero, se sacrificaba por endulzarnos la vida, y yo me propuse no trabajar como él y librarle a él de su esclavitud. Y, peleando de teatrillo en teatrillo y de Sociedad en Sociedad, fuí a la que se lucía en Gracia, en el Círculo de Propietarios, precisamente cuando iba a estrenar *Teresa Raquin*.

—¿Y la casualidad hizo que se despidiera o enfermase la dama?

—No; pero, sin enfermar ni despedirse, para que no la vieran sólo con las enaguas, rechazó el papel. A mí, Gual, director de aquellos aficionados, me convenció en un periquete. «Al llegar Teresa, casada ya con su cómplice, se quita el traje de boda; pero se queda en cubrecorsé y en enaguas. Y como podía comprar las enaguas más largas y el cubrecorsé más alto...» Imagínese usted la alegría con que sustituí a mi gazmoña compañera y el ansia con que estudié. Aún no se me ha olvidado una lección de Gual. En el acto primero, Teresa es asaltada por la tentación de asesinar a su marido, y la revela con una sola palabra: «¡Viuda!...» Y Gual me aconsejó que antes de decir sobriamente «¡Viuda!...», hiciera una larga pausa. ¡Las pausas! Las pausas, que

sirven para hablar con una contracción de músculos, con una sonrisa, con un movimiento de ojos... ¿Hay algo más difícil? Pero yo estudié mi pausa y creo que conseguí transmitir mi emoción con el gesto, porque cuando dije «¡Viuda!...» no estalló un aplauso, ¡mas escuché un murmullo tan halagador!... A este murmullo le debí el contrato para Romea. ¡Mi primer contrato!

—Y en Romea, ya con la responsabilidad de la actriz que cobra los murmullos halagadores, ¿qué estrenó usted?

—Estrené... ¿Qué estrené?... Verá. Estrené *La barca nueva*..., que estuvo a punto de irse a pique. No pude ayudarle mucho al autor. Yo era una buena muchacha, mujer de un *hereu*, a la que no le pasa lo más mínimo. Estrené también *Tristes amores*. Este drama, que fué un latigazo para mi sensibilidad, afinó mis medios de expresión extraordinariamente. ¿Recuerda usted a la adúltera? Una pobre burguesita, que interrumpe sus ensueños de amor, envenenados por el remordimiento, para tomarle la cuenta a su criada... Miseria, amor y dolor. Amarguísimo. ¡Qué insignificante me vi haciendo aquello que sentía y que no podía interpretar con la emoción de una verdadera actriz! Pero simular artísticamente la ternura, la bravura, la desesperación, el anonadamiento... ¡es tan difícil! Siquiera aprendí esto merced a *Tristes amores*, y desde entonces, sin vanidad juvenil, estudié más a conciencia.

—Consiguió, pues, un triunfo.

—Un triunfo que me proporcionó otro, en la escena, en seguida.

—¿Con qué obra?

—Con una de Haupmann, que no se ha estrenado en Madrid: con *La campana sumergida*. Se estrenó cuando Gual organizó aquellas representaciones del *Teatro íntimo*. A mí me repartieron la Hada. ¡La Hada! ¿Comprende usted?... Una hada con los brazos de espuma y el cabello de oro, que debe cantar y no hablar; que no debe andar, sino deslizarse, y que lleva la primavera en los ojos y el amor en los labios... Candorosa, jovial, tierna... Una flor de carne, un pajarito. ¡Y cómo me vistió la señora de Gual!... Damascos antiguos, gasas, flores, sedas... Una cosa de ensueño. Y yo, sugestionada, hacía mi papel como una hadita de verdad, y piaba de susto al salir del pozo el Genio de las aguas, y le oía estremeciéndome lo mismo que un jilguero: «¡Huye de los hombres!» Porque yo, enamorada de las aguas, las seguía, desde mi paraíso, en su curso hacia donde están los hombres. «¡Huye de los hombres! ¡No te acerques a los hombres! Te aprisionarán con cadenas de hierro, te robarán la alegría y te harán conocer un jugo amargo que brota de sus ojos y que fabrican en sus corazones al perder la paz.» Pero yo me iba, y, al volver sin una ilusión, con mis deditos me cogía de los ojos una gota del amargo jugo, y le decía al Genio: «Mira...

es una lágrima.» Esto creo que no lo hice del todo mal. Lo digo porque, después del estreno, me solicitaron por primera vez.

—¡Caramba!

—Sí, señor. Por primera vez. La Teresa, la mujer del *hereu*, la triste adúltera y la hadita, no ganaba más que ocho pesetas, y al ofrecerle quince el empresario del Principal, vió el cielo abierto.

—¡Siete pesetas de aumento por una lágrima tan preciosa! No es mucho.

—Y, sin embargo, en casa pareció mucho. ¡Quince pesetas! Margaritilla, tan joven, tan endeble, ganando más que un hombre recio como papá... ¡Quince pesetas! Es decir, que Margaritilla subiría... ¡Y cómo luchó, con qué entusiasmo, con qué fiebre luchó para subir! ¡Cómo luchó, tragándose libros, observando, preguntando, cargándose la memoria y desbastándose el entendimiento!... Y llegó un papel.

—¿El de *Juventud de Príncipe?* No, no se asuste, que no soy adivino. Es que he recordado su primera victoria sonada.

—Pues, sí: ese fué. La Catalina de *Juventud de Príncipe*. Ya sabe usted que es poca cosa: una camarerita muy dulce, muy lánguida, muy sentimental... Y triunfé..., no sé por qué razones. Quizás porque, sin ser una buena actriz, había progresado mucho; quizás por simpatías... No sé. Pero dijeron que era una ingenua maravillosa, y

me alabó la crítica, y el público me colmó de aplausos..., y en unas semanas conquisté la popularidad. Verdad es que tuve unos auxiliares tan poderosos...

—¿Quiénes la auxiliaron?

—Los estudiantes. ¿No lo sabía? Para que los comparsas no estropearan las escenas de conjunto, se le rogó al rector de la Universidad que permitiese a los estudiantes salir con nosotros, y accedió.

—¿Y sustituyeron a los comparsas muchos estudiantes?

—Todos los de Barcelona. Venían por grupos, turnando, con una buena fe tan entusiasta...

—¿Nada más que con buena fe? ¿Se dejaban en la fonda los ímpetus amorosos?

—Se los dejaban, sí, señor... aunque usted no lo crea. Y eso que la ingenua era aún solterita; pero, sin duda por respetar la obra, ninguno se enamoró de mí. ¡Y me querían, me querían de un modo!... Como en la comedia, me llamaban Catalina, su Catalina, y me vitoreaban, no sólo en el escenario, sino en la calle. «¡Visca la nostra Caterina!»

—Eso es muy hermoso, señora.

—¿Verdad que lo es? Y, se lo repito: queriéndome todos, ninguno se enamoró de mí. ¡Pero aquellos estudiantes!... Yo me figuro que ya no hay estudiantes como aquellos. Ahora, mis compañeros, mis románticos amigos de la adolescen-

cencia, ganan su vida seriamente, demasiado seriamente quizás, en sus Notarías, en sus consultas, en sus Juzgados...

—¿No ha vuelto usted a ver a ninguno?

—¡Oh! He visto a muchos en los pueblos de Cataluña y de Castilla. Y todos han acudido a saludarme con una vaga tristeza, como si yo fuese la poesía de su juventud, y a todos les he apretado la mano con un cariño sincero y también un poco meláncolico. Pero el encuentro que más me impresionó fué el de Chile. Era mi primer viaje por América, y llegué a Santiago con una depresión y una cobardía... Dudaba de mí y de mi arte; recordaba mi tierra; suspiraba por la benignidad de mis compatriotas... Y, en tal estado de ánimo, conteniendo las lágrimas y sonriendo esforzadamente para ocultar el dolor y la inquietud, desembarqué. Me esperaba la colonia española. Un caballero me dijo unas frases de bienvenida, y me entregó un ramo de flores; otros caballeros me saludaron con simpática efusión; sonó una música, y de repente, ¿qué cree usted que oí?... Pues oí un «¡visca la nostra Caterina!», trémulo y enérgico, que se metió en mi corazón como un pájaro en su nido y que me hizo temblar con una deliciosa angustia. «¡Visca la nostra Caterina!», allí, tan lejos de la dulce patria, como en los días en que, gracias a la camarerita sentimental y a sus amigos los estudiantes, empecé a subir la cuesta sin que las espinas me

lastimaran. ¡Sentí una emoción y miré con una ansiedad!... Y era uno de «mis» estudiantes, uno de los que me vitoreaban en el escenario, encasquetada la gorrilla de los mozos de Heidelberg, y de los que me detenían en la calle con el vítor, agitando el sombrero español. Pero «mi» estudiante ya no era estudiante, sino médico, y como médico prestaba sus servicios en la escuadra chilena. No, no olvidaré *Juventud de Príncipe*. Le debo demasiado..., y no soy ingrata.

—Y Salomé, ¿no la empujó un poquito hacia arriba?

—Es posible. Pero ¡me costó tanto!... En el estreno me parece que no estuve muy afortunada. Después progresé algo, a fuerza de machacar. ¡Es tan terrible la escena última!... En cambio, *La reina joven*, que escribió para mí el glorioso Guimerá, sólo me ha producido alegrías.

—¿Y *La hija de Jorio?*

—*La hija de Jorio*, para la que yo soñaba un recibimiento triunfal, me ha marchitado algunas ilusiones; pero, por amor a las dificultades de mi arte, nunca la abandonaré. Como nunca abandonaré, por gratitud, a la pobrecita *Marianela*. Y no hablemos más de las obras que he estrenado en Madrid, ya que lo que he hecho en ellas lo saben ustedes mejor que yo.

VIDAS TRUNCADAS

La vocación de Valle-Inclán.

De la infancia y de la juventud: el lobo y los cuentos de «Los lunes».—El horror a la abogacía.—En el casón abandonado: las goteras, los ratones y el lecho-hamaca.—El corazón de Gonzalo Domínguez.—El viaje a México.—El árbol de la Noche Triste.—Don Porfirio, según Tolstoy.—La grandeza mexicana.—La carrera de escritor.—La partida de Don Ramón María «el Manco».—De guerrillero a dramaturgo.—Las comedias bárbaras.

—Pero, ¿usted cree, *Parmeno*, que la vida de un escritor le interesa al público de España?

—Naturalmente. Y mucho. Aunque el escritor sea tan aristocrático y odie tan furiosamente la populachería como usted.

—Bien. Todo sea por Dios. Complaceremos a la gente. Lo único de mi infancia digno de mención es el asesinato de un lobo. Era un valiente lobo, que se comía nuestros corderillos. Yo, junto a mi abuelo, que preparó la celada, le aguardé oculto, le disparé a bocajarro, y tuve el desdichado acierto de partirle el corazón. Desdichado, porque entonces, como hoy, creía

yo que traidoramente no se debía matar ni a los lobos.

—¿Y no le regocijó el triunfo?

—Al principio, sí. Hasta que reflexioné. El animal, que era de un grandor desmesurado, tenía el hocico y las patas llenos de sangre de recental, y, furioso por esta roja prueba de su crimen, le cogí por el rabo y le arrastré hacia casa. Pero pesaba mucho, y me detenía frecuentemente, con gran regocijo de mi abuelo, varón de una gracia un poco socarrona. «¡Ah, cobarde, que no puedes con él de miedo!» ¡Miedo!... Bien sabía él que yo no le temía a los lobos. ¡Si se hubiese referido a los ratones!... Y de mi infancia no quiero decir nada más. Fuí orgulloso, travieso, camorrista, soñador, desaplicado...

—Y luego, ¿se enmendó usted?

—Algo. Es posible. Pero seguí sin estudiar. Entonces leían con delectación *Los lunes* de *El Imparcial* todos los estudiantes, y varios compañeros míos se pasmaban del mérito de sus colaboradores. «Son maravillosos, ¿eh?» Y yo, con un soberbio desdén de joven iconoclasta, votaba en contra: «Esas tonterías las hace cualquiera. Mis artículos valdrían mucho más.» Y para demostrarlo, escribí un cuento—*A media noche*—, que recientemente publiqué en *Jardín sombrío*.

—Y le conquistó el demonio de la literatura.

—¡No! ¡Qué había de conquistarme! ¡Si yo

despreciaba la literatura con todo el vigor de mi espíritu!... Y la abogacía. No había nacido yo para picapleitos, ni para registrador, ni para juez, ni para notario... Defender a bandidos sin grandeza y a labriegos embrollones, ser un zorro a la devoción de otros zorros..., ¡no, no! Y, para meditar seriamente y escoger un camino, me retiré a un casón ruinoso, que, abandonado por mi familia, se desmoronaba con serena lentitud en el bosque. Se cobijaba en él un criado tan viejo, que sirvió a mi abuela, y tan bruto, que mató a su mujer, porque sospechó que le engañaba; pero que era para mí más humilde que un perro. Tanto, que, cuando le castigaba con algún puntapié, solía decirme alborozado; «Dios lle dé salú para aplicarme outro.»

—¿Y le sabía servir aquel zopenco?

—Me servía yo mismo, y habría pasado un delicioso mes si hubiese dispuesto siquiera de una choza. Pero ¡aquel casón!... Su guardián, para calentarse, había quemado los techos de las habitaciones de la planta baja, y así, la techumbre de mi dormitorio tenía la elevación de la bóveda de una catedral; llovía casi como en el campo, porque no se podían contar las goteras; de vez en vez, sobre todo en las noches de tempestad, gemían las vigas y se quejaban los muros, y continuamente—y esto era lo peor—galopaban iracundos, alegres o hambrientos, los ratones. ¡Decenas de ratones, centenas de ratones, miles de

esos monstruos espantables de lomos huidizos y ojuelos de cristal, infinitamente más temibles, para las personas de nervios delicados, que los tigres y las panteras!

—Sí. Lo que es los ratones... Ya quisiera yo ver a muchos guapos con una docenita de ratones en su alcoba.

—Pues figúrese lo terrible que se hizo mi situación bajo la amenaza de tan fieros ejércitos. Las primeras noches se asustaban de la luz, y, dejando encendidas las velas de unos candelabros, podía dormir; pero se acostumbraron en seguida, y con infernal audacia mordieron mis botas y pretendieron asaltar mi lecho. Me horroricé. ¡Aquellos monstruos en mi lecho, junto a mis carnes, clavando en mis ojos sus ojillos!... Dos días velé, con el paraguas abierto, para defenderme de las goteras; pero me rendía el cansancio, y obligué a mi servidor a que se acomodase en un cojín, en el suelo, a los pies de la cama, y a que maullase cada dos minutos.

—Es soberbia la treta.

—Pero no me sirvió, porque tenía que despertar veinte veces a puntapiés al galopo de los maullidos, que se quedaba cuajado, y así, acordé colgar la cama del techo.

—Magnífico. Pero ¿cómo subía usted?

—Marineándome por una cuerda. ¡Y qué bien dormía después de tan sano ejercicio!... ¡Qué bien dormía, y que bien reflexionaba mirando a

través de los boquetes del techo las estrellas, y oyendo el vuelo de los buhos, los cárabos, y las lechuzas! Y, reflexionando en mi lecho-hamaca, resolví dejar los libros y marcharme a América.

—¿Por qué y para qué?

—Por muchas razones, y una de ellas de gran importancia romántica para un mozo de veinte años que pretendía bullir en una revolución y ser general. Verá usted. Yo tenía una torre en Santa María del Caramiñal, de la que salió, para contribuír a la conquista de las Indias, mi antepasado Gonzálo Domínguez, capitán de caballos, que en la batalla de la Noche Triste murió a la vista de Cortés y por defenderle. Los indios le agarraron la lanza, le derribaron del caballo y, vivo todavía, le extrajeron del pecho el corazón, que después fué arrojado, como ofrenda, en el gran Teocalí. Según Bernal Díaz, a Cortés «le causó esto mucha grima y disgusto», porque Domínguez era tan formidable capitán como Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado. Pues bien; leyendo yo esta muerte bárbara y gloriosísima, y deseando conocer el país que vió la empresa más heroica realizada por hombres, planeé mi viaje a México. Se escribe así: México. No hay que cambiar la dulzura de la equis por la aspereza de la jota.

—¿Y se marchó usted pronto?

—En seguida. Desembarqué en Veracruz y, como en peregrinación, fuí a caballo desde La

Antigua, donde Cortés hizo que diesen de través sus naves, hasta México.

—¿Y qué fué lo primero que quiso contemplar? ¿El árbol?

—El árbol de la Noche Triste. Sí. Y jamás he sentido una emoción más aguda, más socarradora, más fiera y más tierna a la vez, que la que me invadió ante el coloso. Era por la tarde. En medio de una llanura verde, en la que los maizales cabecean, se alza el árbol, que es viejo, decrépito y que tiene carcomido el tronco y la cima tronchada por el rayo. Le llaman los indios «ahuehetle», que significa «tambor de agua», por el ruido sordo que al azotarle produce la lluvia. De las ramas, que son de un obscuro verdor melancólico, lo mismo que las de los cipreses, le cuelgan unas a manera de telarañas, que hacen el efecto de pobladísimas y sedosas barbas rucias. Y a estas telarañas les dicen los indios barbas de españoles. ¡Barbas de españoles!... Tan inmensa fué mi conmoción ante el gigante decrépito, herido por el rayo y vestido de viejas barbas españolas, que nunca la he podido describir.

—Diga algo de sus aventuras en México, de los mexicanos, de don Porfirio... Usted ejecutó allí cosas muy gordas.

—¡Bah! No lo crea usted. Locuras juveniles. No quiero recordarlas, ni quiero dar mi opinión sobre ciertas personas. En un artículo que me prestó Ruben Darío, afirmaba Tolstoy que don

Porfirio fué el estadista que tropezó con más dificultades para hacer progresar a un pueblo, y que las venció todas. Yo respeto la opinión de Tolstoy.

—Y usted, ¿cree en los mexicanos?

—A mí México me parece un pueblo destinado a hacer cosas que maravillen. Tiene una capacidad que las gentes no saben admirar en toda su grandeza: la revolucionaria. Por ella avanzará y evolucionará. Por ella... y por el cáñamo índico, que le hace vivir en una exaltación religiosa extraordinaria.

—¿Por el cáñamo índico?

—Por la hierba Marihuana o cáñamo índico, que es lo que fuman los mexicanos. Así se explica ese desprecio a la muerte que les da un sobrehumano valor.

—Y en México, ¿escribió usted?

—¿Yo?... Viví, amigo mío. Me conformé con vivir intensamente... y no me fué mal. Cogí la pluma a mi regreso; mas sin placer ni amor. He escrito, y escribo, para ganarme la vida; pero la literatura no me importa ni me ha importado.

—¡Caray, maestro Valle!

—No me importa. Créame usted. Yo, por vocación, hubiera sido guerrillero. Siempre soñé con un levantamiento carlista que me permitiese formar la partida de don Ramón María *el Manco*. Pero corren unos tiempos tan prudentes, que ni los caballeros de la Tradición se de-

jan empujar por el vientecillo de la locura heroica. ¡Válganos Dios!

—¿Y por qué no combate usted en el campo de la política?

—Porque no es un campo, sino un pestífero lamedal, y yo no me deshonro limpiándole las botas a un personajillo mastuerzo a fin de que me conceda su protección. No. A que me humillen y me envilezcan no me resigno. A usted le consta que no me he resignado jamás.

—¿Y por qué ha suspendido usted su labor dramática, tan fuerte, tan bella y tan interesante, en pleno triunfo?

—Porque me ha hecho padecer de tal modo... Pero no hablemos de eso. Me duele hurgarme en la herida. Ahora reanudaré mi obra, dedicándome a escribir las tragedias que llamo yo *comedias bárbaras*. Ese trabajo de dialogar y de acotar artísticamente es el que más me gusta y el que encuentro más fácil. En mis tragedias hay mucho de lo que yo, pájaro alicortado, hubiese querido hacer.

Y con esta afirmación melancólica terminó la charla. El gacetillero debe hacer constar que la fantasía del maestro Valle tiene unas alas enormes y que no las ha recortado. No. Seducido, tal vez, por el gallardo vuelo humorístico del gran prosista, ha incurrido en la temeridad de enriquecérselas con algunas humildes plumas. Perdón.

La domadora de leones.

Un poquito de historia.—De la opereta al circo.—Los caballos de Luigi.—El amor de Bonafay.—En la Magic-Pension.—El corazón y la mirada. Una noche de terror.—El carnero devorado.—«Brutus» y compañía.—En la jaula del león.—Los colores.—Por esos mundos.—Zarpazos y mordiscos.—La cabeza, la pierna, el cuello y el brazo.—La retirada.—La ferocidad de los cómicos.

—Señora Cavalieri, ¿es usted aquella famosísima Gloria Cavalieri que exhibía unos tremendos leones?

—Sí, señor. ¿Quiére usted que le revele por qué fuí domadora?

—Y cómo fué domadora.

—Pues escuche. Yo, que nací en Francia, y que soy prima de Lina Cavalieri, la hermosa tiple, me casé en París, a los quince años, con un aristócrata que tenía muchos vicios y muy poco dinero, y, veinte meses después, que fué el tiempo que necesitó mi marido para jugarse los sesenta mil duros de mi dote, el divorcio me devolvió la libertad. Pero, junto a mis padres, por

la tiránica rigidez de sus principios, no era muy dichosa, y un día, olvidando toda suerte de respetos, di la campanada.

—¿Cómo?

—Escapándome. Por una recomendación, ingresé en la compañía de opereta de Tomba; con la compañía pasé a Italia, y, antes de lo que me pude imaginar, gané un puesto de tiple, y me aplaudieron. Y entonces empecé a disgustarme.

—No sería porque la Empresa fuese rígida de principios también.

—No. Empecé a disgustarme porque la Empresa pagaba poco. Yo, educada con lujo, no sabía vivir modestamente, y soñaba con tener joyas, carruajes y palacios... Y, en Milán, después de guardarme los billetes de una ridícula nómina, agitada aún por uno de mis sueños, conocí a Luigi Ferri, artista de circo, que presentaba doce caballos árabes, y me convenció en un dos por tres. Yo, elegantemente ataviada, dirigiría los caballos en la pista, y, por dirigirlos, cobraría cuatro veces más que por cantar... Y acepté, y mi triunfo fué extraordinario, y me vi asediada por los admiradores, y a los tres meses vivía en Niza con el vizconde Enrique de Bonafay, en *Villa-Gloria*, lindísimo hotel que me regaló, y deslumbraba a las mujeres con mis troncos de archiduquesa y mis brillantes de emperatriz.

—Es un cuento de hadas.

—Un cuento de hadas que duró poco, porque

yo no sirvo para ser la protagonista de ciertos cuentos. Me gustaba Bonafay, estaba orgullosa junto a él y agradecía la prodigalidad con que gastaba para festejarme sus rentas de archimillonario; pero yo no había nacido para ser una mujer de lujo, una joya de carne, sino para luchar ardientemente como una mujer de energía, enamorada del trabajo, y me propuse vivir con independencia, a fin de probarle a mi amigo que le quería con desinterés.

—¿Y cómo consiguió usted la independencia? ¿Con los leones?

—Con los leones. Se me ocurrió montar un espectáculo interesante; llamé a Luigi para que me auxiliara, y él, codicioso y listo, me aconsejó que comprara las fieras. Me entusiasmé, se marchó el hombre a Alemania, escribió y me planté, con Bonafay, en Hamburgo, y a la mañana siguiente celebré mi primera conferencia con monsieur Paul, un francés muy simpático, que dirigía la *Magic-Pension*, parque inmenso en el que había desde loros y ratas blancas hasta hipopótamos y elefantes. Paul me dijo que, cuando probasen mi valor y la fuerza magnética de mis ojos, ingresaría en la escuela de domadores, y me miró de un modo terrible durante un minuto. Yo bajaba la cabeza y él me decía, sonriéndose: «¿Por qué aparta la vista? ¿Es que la intimido?» «No, señor.» «Entonces...» «Quizás sea timidez», exclamó Luigi. «¿Timidez? Pues

si es tímida conmigo, ¿cómo será con mis huéspedes? Porque esos sí que saben mirar.» Y, por fin, sostenida por el orgullo, hablé: «También sabré mirar yo.» Aquella noche dormí en un pabellón del *Magic* con alguna intranquilidad, porque me despertaban frecuentemente los bramidos, los aullidos y los rugidos, y por la mañana me visitó el médico del establecimiento. «Qué, ¿se ha descansado?» «Perfectamente.» Hizo un gesto de incredulidad, me felicitó y se marchó, restregándose las manos con una alegría cómica, al llegar Paul. Empleamos el día en visitar el *Magic*, que es verdaderamente maravilloso. Vi elefantes como castillos, leones tremendos, panteras, tigres, leopardos, osos, lobos, girafas; cené con apetito; charlé una hora con Luigi y con el director, y, cuando quise acostarme, el médico me llevó a otra sala, asegurándome que me convenía el cambio. Y me acosté. La nueva habitación tenía dos ventanas protegidas por barrotes cruzados, tan gordos, que me sorprendí; pero el cansancio pudo más que la sorpresa y no tardé en dormirme. Y habrían transcurrido cinco minutos o cinco horas, no lo sé, cuando ¿qué fué lo que me despertó, Dios de mi alma? Un estrépito espantable; un alarido infernal de furia, de crueldad, de odio... Me incorporé de un bote, y otro rugido de un poder sobrehumano, que brotó de la cabecera de mi cama, me hizo saltar al suelo; corrí hacia una de las ventanas, y junto a

sus maderas estalló otro de una potencia increíble, y entonces, despavorida, helada de horror, llorando y gritando, llamé desesperadamente. «¡Socorro, socorro!... ¡A mí!... ¡Las fieras!» Y como nadie acudió, y como las fieras se exasperaron con mis gritos, me caí desmayada.

—¿Y qué pasó? ¿Entraron al oir su caída?

—Entró el médico. Cuando volví en mí estaba dándome palmaditas y consolándome. «Vamos, calma, calma... Aspire otra vez. ¡Bravo! Bien por el éter. ¡Bravo!» Después me tomó el pulso, dijo sonriéndose que había hombres más femeninos que yo, me hizo beber una taza de tila y se despidió con toda la tranquilidad del mundo. «Ea, hasta mañana.» «Pero, ¿me va a dejar aquí?» «La voy a dejar porque le conviene.» Y añadió para envalentonarme: «Mañana estará en un sitio peor.»

—¿Y se envalentonó usted y pudo dormir?

—No pegué los ojos, y por cada rugido di un salto. Y en cuanto amaneció abrí la ventana y me expliqué la proximidad de la horrenda música. Mi alcoba, construída sobre el parque como un gigantesco balcón, estaba en la vecindad de los animales no sometidos al aburrimiento de las jaulas, y a mis pies corrían cinco leones, y, unos metros más allá, se desperezaba, tomando el sol, una pantera. Aquel día no comí, y le declaré a Luigi, en secreto, que los rugidos de las fieras tal vez me rompiesen el corazón; pero Luigi

llamó al médico, y el médico, con gran sorpresa mía, me dijo que mi corazón era de los más difíciles de romper. Por la tarde, después de descansar unas horas, me acerqué con monsieur Paul a la grandísima jaula central para ver bonitos ejemplares e ir eligiendo, y elogiaba unos leones, varias panteras y dos leopardos, cuando, de súbito, abrió un domador una puerta de escape, metió en la jaula un carnero, y, como si hubiesen enloquecido, se arrojaron sobre él las panteras, los leopardos y los leones y quedó hecho trizas el inocente animal. Yo dí un grito sordo, y Paul, sus dependientes y el médico, que se había acercado de puntillas, creyeron que me iba a caer. El hombre del éter preguntó: «Pero ¿no se desmaya? Porque es de reglamento.» Y yo, al oirle, me reí, y todos dieron por terminadas las pruebas de valor, y pasamos a las otras.

—¿Las de la fuerza magnética de la mirada?

—Justo. Me llevaron a una cámara obscura y me enfocaron con un proyector potentísimo. Yo tenía que mirar fijamente la luz sin pestañear. Después, varios médicos estuvieron examinándome los ojos. Como hablaban en alemán, yo sólo entendía a monsieur Paul, que exclamaba de vez en cuando: «Bien. Ça va bien.» Por último, me hicieron entrar en la sala de los médicos para ver si mi salud me permitiría dedicarme a la doma de fieras, y cuando creí que se limitarían a reconocerme, uno de ellos me hirió en la

yema del meñique con el bisturí. Me indigné. «Pero, ¡por Dios!... ¡Qué atrocidad!» Y se rieron todos, y quedé admitida en la escuela de domadores. Aquella noche dormí en un pabellón desmontable, de madera, a tres metros de la jaula central. Dormí, fíjese usted, a pesar de los cantos de sus inquilinos. Y, al día siguiente, elegí los animales que me había de llevar: *Brutus*, un león senegalés grandísimo, con la melena obscura y los ojos estriados de sangre, que me costó 15.000 francos; cinco leones más, cinco leonas y *Mirza*, la pantera que la primera noche me aterró con su serenata.

—¿Y cómo entró usted en relaciones con ellos?

—Poco a poco. Al principio se metían los domadores en la jaula y yo me quedaba en el corredor, para que se acostumbrasen a verme, y, a la hora de la comida, con las perchas, les daba la carne de caballo. *Brutus*, que era el más feroz, se hizo mi amigo antes que los otros y venía a pedirme las tajadas, y me hacía fiestas restregando el hocico en los barrotes. Me conocía por la voz, y cuando, antes de levantarme, le llamaba desde mi pabelloncito, me respondía rugiendo. Al mes, monsieur Paul me aconsejó que penetrase en la jaula. «Debe usted pasar unos ratos con el león. Le conviene.» Y penetré, después de acariciarle a mi amigo la cabezota, con poquísima tranquilidad. Delante de mí iba un domador, y otro me

guardaba las espaldas... *Brutus*, al vernos, empezó a resoplar, y yo quise retroceder; pero uno de los domadores me dió un terrón de azúcar, me sujetó y me dijo: «Sonría enseñándole el terrón. Que vea que no le teme.» Y sonreí, verdosa de miedo, y el senegalés gruñó sordamente, y otra vez, por instinto, quise escapar, y hubiese escapado sin una advertencia de Paul, que me inmovilizó: «¡Calma, que si huye está perdida! Acérquese a *Brutus* sin miedo, y déle el azúcar.» Y me lo jugé todo, y avancé sin temblar, y puse mi diestra júnto al hocico del león, que cogió la golosina de un lengüetazo, y ya empecé a tratarle como a un cordero. Y, de pronto, oí una risita y una recomendación de Paul: «No llame a los domadores, porque no volverán a entrar, y, sobre todo, no se altere.»

—¿Se habían ido?

—Sí; pero no me importó, porque *Brutus* me miraba tan mansamente como si le hubiera criado. Tan a gusto estaba conmigo, que no quería que me marchara, y fué preciso engañarlo para que me permitiese salir. Luego fuí entrando en la jaula con los demás animales, y, por último, entré con todos al mismo tiempo y comencé a educarlos artísticamente. Los acostumbré a tres colores: el rojo, el blanco y el marrón. Siempre han sido así mis ropas. Y los enseñé a pasar por aros y a saltar. Con *Brutus* hacía una barbaridad bonita: meter mi cabeza en

su boca, amarrándome antes las manos a la espalda.

—¿Y aprendieron pronto?

—Sí. Sólo se resistió *Chispa*, una leona más mala que Judas. A los cinco meses me presenté en Cannes y obtuve un triunfo colosal; en Niza me aplaudieron frenéticamente; en París y en Londres llegué a cobrar 2.000 francos por cada exhibición... ¡Si mis animales no hubiesen tenido dientes y garras!...

—¿La hirieron alguna vez?

—Muchas veces. La *Chispa*, de una zarpada, me destrozó una pierna. El hueso quedó al descubierto. Años después, volvió a herirme terriblemente en un muslo. *Mirza*, la pantera, una coquetilla indecente que no dejaba en paz a los leones, mé tomó odio porque yo no la permitia regodearse, y, en Niza, me dió tal zarpazo en la cabeza, que me desplomé sin sentido. En París, un león a quien le metía un brazo en la boca, me lo atravesó de una dentellada, y, finalmente, por torpeza mía, estuve a punto de degollarme con un colmillo de mi fiel *Brutus*.

—¿Y por eso se retiró usted?

—No. Me retiré por Luigi. Luigi, que deseaba ser mi amante y no mi auxiliar, se torció. Empecé a notar cosas raras en las fieras... Y se las vendí, con todo, en 75.000 francos, aunque me habían costado 250.000. Lo siento... ¡y eso que me gusta de un modo ser actriz!... Comencé con

Marta Regnier, y a su lado seguiría si la maldita guerra no hubiese estallado.

—Y aquí, ¿cómo le va?

—Bien. Y me iría mejor si domar cómicos no fuese más difícil que domar leones. Algunos, a los que he ayudado con mis ahorros, no me han permitido ni gritar. «Señora—me dicen—, ¿cree usted que trata con fieras?» ¡Con fieras! ¡No perdería tanto dinero si tratase con fieras! Y me divertiría más, porque yo he nacido para pelear con tigres y no para pelear con hombres.

LOS GRANDES ACTORES

Cómo mata y cómo muere Borrás.

El oso de «Los osos».—Maneras de matar.—El puñal, la espada, el cuchillo y las manos.—Ventajas de la estrangulación.—Modos de morir.—Las muertes repentinas: el absceso del epiléptico, la angina de pecho y la embolia.—La agonía de los tuberculosos.—Las muertes fáciles.—Los suicidios.—La danza de la estricnina.—El cianuro de oro.—El temblor de los pies.—Lo que produce la locura y lo que cuesta la peritonitis.—Cómo se degüella a un hijo y se ahorca a un capitán.—El salto del fusilamiento.—La verdadera muerte.

—¿Quién te mata mañana o de qué enfermedad te mueres mañana, querido Enrique?

—No me muero ni me matan.

—Entonces, ¿a quién matas?

—A un oso.

—¡Hombre! Eso es piramidal. ¿Y delante del público?

El gran artista nos mira con indignación.

—¿Delante del público? ¿Iba yo a cometer la necedad de pelearme con un comparsa disfrazado de oso?

—¡Caray, no! ¡Sería ridículo! Pero podrías

despabilar a un oso de veras. Hay muchos, de esos llamados colmeneros, que, por no bailar en el arroyo, morirían gustosísimos apuñalados por ti. Y sin defenderse. Un oso bailarín es, por lo menos, tan disciplinado como un galán joven, y no se atrevería a hincar sus colmillos en las sagradas posaderas de un primer actor.

—Pero, entonces, moriría asesinado, y yo no asesino.

—¿Y si lo exige tu papel?

—¿Hay algún papel que exija que se asesine «de verdad»?

—Cierto. Soy un desdichado torpe, Enrique. A otra cosa. Tú, de mentirijillas, te has manchado con parricidios, fratricidios, homicidios y asesinatos; has sido ladrón, usurero, violador, estuprador, cura, revolucionario, héroe y verdugo; has padecido diabetes, ataxia, palpitaciones, hemiplejia, epilepsia y tuberculosis, y te has muerto, con una intensidad patética asombrosa, de cien modos distintos. Revélanos cómo te las arreglas para matar y morir tan pistonudamente.

—¡Ah, no sé! Y así, de pronto... Tendría que estudiar...

—¡Qué estudiar! ¡Así, de pronto! Aquí hay una lista de tus obras, y con que vayamos charlando... Por cierto, que, a tiros, no has podido apiolar sino en rarísimas ocasiones.

—Rarísimas, sí. Y a estocadas, muy pocas y entre bastidores, como en *García del Castañar*

y *El Gran Galeoto*. Frente al público, tal vez no haya matado, a estocada limpia, mas que en dos obras: *Un drama nuevo* y *Don Juan Tenorio*.

—Y el puñal, ¿lo has manejado muchas veces?

—Menos aún que la espada. Con puñal, creo que he ejecutado todas mis tropelías en los entreactos, y, con cuchillo, me parece que sólo he obsequiado a los espectadores con la rotura de un corazón en un drama: *Nuestro enemigo*. Yo mato casi siempre con las manos. En *Tierra baja*, estrangulo al Sebastián; en *La luna de la sierra*, estrangulo a un prócer tan granuja como el Sebastián; en *Fin de condena*, estrangulo a un bellacuelo que también merece morir... Y es un gran modo de matar: saltas sobre el enemigo, lo zamarreas entre las zarpas, aprietas, gritas, ruges... y no hay espectador que no te ayude, apretando los puños, antes de aplaudir. ¡A los Sebastianes que he ahogado yo!... Y con un resultado magnífico siempre. ¡Es tan fácil matar de esa manera! Y de todas.

—¿Y morir?

—¡Oh, morir, no! Morir, con arte, es de una dificultad tremenda. ¡Si supieras cuánto me ha preocupado la simulación de la muerte! He estudiado, he ido a los hospitales, a los manicomios, a las clínicas, a las salas de disección; he visto espectáculos enternecedores y espectáculos horripilantes... y todavía no *la imito* bien.

—¿Que no? ¡Vamos, hombre! En ese magnífico, lúgubre y estremecedor *ramo*, ni Zacconi te aventaja. Ya quisieran los que se mueren de verdad morirse con tanto realismo como tú cuando te mueres de mentira.

—Y, sin embargo...

—¿Cuáles son las muertes más difíciles?

—¡Si casi todas son difíciles!... Las repentinas, por ejemplo, me espantan. ¡Mira que la de *Los semidioses!*... El protagonista es un epiléptico, y ha de morir instantáneamente. Mas ¿cómo muere instantáneamente un epiléptico? Y, para morir así, me enteré de que hay heridas en la cabeza que parecen curadas y no lo están; de que dejan en el cerebro un foco de infección, el cual va evolucionando lentamente y forma un absceso, y de que este absceso, al abrirse, puede matar como un rayo. Y de un modo fulminante caí yo. Pues ¿y la de *La muerte civil?* El presidiario del famosísimo engendro se larga de este mundo porque se le descompone el corazón. Pero ¿cómo se le descompone? Y para esta obra estudié la angina de pecho: angustia, palidez, sudor frío, dolor agudísimo que se corre hacia el brazo izquierdo... Esto no me sale muy mal. Hasta sudo, aunque sin que el sudor sea frío, naturalmente.

—En *Los viejos*, ¿mueres de angina también?

—¡No, por Dios! ¡Pues menuda es la diferencia! Muero de una embolia.

—Vamos, de un ataque cerebral, de una apoplejía.

—Justo. ¿No recuerdas? Se contrae todo el cuerpo, se tuerce la cabeza como si fuese uno a metérsela debajo del brazo izquierdo, se gira, se ejecuta un medio salto..., y ya está. Esa es la receta.

—Una gran receta para que se ponga en ridículo todo el que no sea un artista formidable, porque lo mismo sirve para simular una apoplejía que para imitar el brinco de una rana.

—Sí; puede ser. En cambio, en la simulación de la tuberculosis no hay peligro de excitar la risa. Es un trabajo tan simple, que yo, en *El místico*, lo complico con algunos desarreglos de corazón... y me lo agradece el público. De tuberculosis pelada no me he muerto más que en *La madre eterna*.

—¿Y esa es la muerte más fácil de imitar?

—No; las hay más fáciles todavía. A veces muere uno de una estocada en el corazón, como en *Aben Humeya*, y con desplomarse cumple. Y, en ocasiones, como en *Los amantes de Teruel*, muere uno sin herida ni enfermedad, ocultándose púdicamente en el foro y defendido por la primera actriz, que impide que la gente vea al que agoniza. Es comodísimo. Pero, escasean tanto esas obras... Generalmente, los primeros actores nos suicidamos. Es increíble lo que en la dramática universal abunda el suicidio. Yo me

suicido, apuñalándome, en los dramas de don José Echegaray, *En el seno de la muerte* y *En el puño de la espada;* me suicido, despeñándome, en *Don Alvaro;* me suicido, degollándome, en *Otelo;* me suicido, dándome una cuchillada, en *El hijo del rey;* me suicido, envenenándome, en *La divina palabra*, y me suicido, arrojándome al Océano, en *Mar y cielo*.

—Es curiosa la observación.

—Y me suicido en muchas obras más. En algunas poblaciones—guárdame el secreto—, en vez de sucumbir, en *La muerte civil,* víctima de la angina, me suicido.

—Con estricnina, ¿verdad?

—Con estricnina. Todo el mundo sabe que el de la estricnina es el rey de los jicarazos, y sus efectos emocionan a la multitud. Yo saco un papelillo, me tomo con rapidez el terroncejo de azúcar que contiene, y en el acto ahilo la voz. Un poquito después, empiezo a levantar las piernas y a hundirme los puños en los vacíos; en seguida, me encorvo, me tuerzo y me hago un aro, poniendo la barba en las rodillas, y, al medio minuto, me dejo caer, doy unos cuantos saltos, como una merluza fuera del agua, y honradamente ejecuto la danza de la estricnina.

—¿Y no falla jamás?

—Jamás. Alaridos frenéticos, aplausos delirantes... Pagan demasiado bien el trabajo.

—¿El trabajo?

—El trabajo físico. Si te comes un cordero, con la danza de la estricnina lo digieres. Si pescas un enfriamiento, te lo curas con la danza. ¡Es admirable y terrible! Y hasta divertida algunas veces. Palabra de honor.

—¿Disfrutas parodiando esas muertes?

—¿Disfrutar? ¡Padezco! Las simulo porque hay públicos de tantas clases... Además, que eso de morir envenenado siempre ha sido durillo para mí. Todavía, cuando recuerdo *La divina palabra*, me asusto. Estaba yo en la Comedia. Linares-Rivas, que me honró escribiendo su drama para que yo lo interpretase, me dijo antes de leerlo que el protagonista era un atáxico que se suicidaba con cianuro de oro. Me eché a temblar. Al día siguiente fuí a la clínica de Ezquerra, y una hora después ya había averiguado que el cianuro de oro, acabadito de pescar, era de tan reciente empleo terapéutico, que muchos profesionales ni siquiera lo conocerían. Me dijeron que seguramente nadie se habría suicidado con *mi* cianuro, y me advirtieron que, para que la droga le hiciese a uno reventar, lo mejor era mezclarla con agua de limón, porque el agua de limón deja en libertad el ácido cianhídrico. El ácido cianhídrico es nada menos que el ácido prúsico. Pues bien; me puse a ensayar la muerte, con danza, para que el ácido prúsico no fuese derrotado por la estricnina..., y no puedes imaginarte la que se armó. Rosario Pino hacía como que se espan-

taba: «¡Ay, no, Borrás! ¡Por Dios, no mueva usted así los pies! ¡Que me voy! ¡Que no ensayo!» Y yo le reñía muy serio: «Pero, Rosarito, ¡que se trata del cianuro de oro! ¡Que por primera vez va a morir un hombre envenenado con cianuro de oro!»

—¿Y reventaste bien?

—No reventé mal... ¡Pero aplausos como los de la otra danza!

—¿Qué es lo que el público aplaude más?

—El público aplaude muchas cosas. Y, en Madrid, únicamente las que son artísticas.

—Pero, en el campo de la violencia, ¿qué es lo que más le seduce?

—La locura. Sí, indudablemente. Yo enloquezco en *La cena de las burlas*, en *Fin de condena* y en otras obras, y el público enloquece también. Es contagiosa la locura. Y que se imita fácil y artísticamente... en el teatro. En presidio o ante los Tribunales, ya sé que no.

—Y lo más difícil de simular, ¿qué es?

—La peritonitis; la tremenda, la horrible peritonitis... Yo he visto morir a un pobre diablo de peritonitis. Los ojos se le escondieron en el fondo del cráneo; la nariz se le afiló como un cuchillo, y pareció adelantarse con la violencia de una proa; unas ojeras cárdenas le demacraron el rostro de un modo increíble y un hipo horrendo le sacudió... Y procuré morir así en *María Rosa*. Ya sabes que me atizan una puñalada en el vientre.

—¿Y te salió bien?

—Sí; me ayudé con un colapso para terminar. En cambio, en *El lobo*... ¡Qué abominable muerte!... ¡Un acto entero con peritonitis! Con decirte que muchas noches, al terminar la función, me dolía el vientre de verdad...

—Hasta ahora, ¿qué es lo que te ha costado menos esfuerzo?

—Ahorcar a un capitán y matar a un hijo. Al hijo lo mato, o arrojo el cuchillo para que lo maten, en *Guzmán el Bueno*. El do de pecho —recuérdalo—se da al bajar la escalera. Hoy, eso no tiene la menor importancia. La emoción de la voz se consigue hasta de una manera puramente mecánica: apretando los puños y contrayendo los bíceps. Y la de la cara, con desorbitar los ojos y avanzar la mandíbula inferior, está conseguida. Al capitán, «con muchísimo respeto», le ahorco en *El alcalde de Zalamea;* pero como ahorcan los magistrados. ¡Eso es matar con gracia y comodidad!

—Y de un tiro, ¿te han enfriado alguna vez?

—No. De muchos tiros, sí. En *Mestre Olaguer* me fusilan. Yo estoy en una barricada, hecho un león, defendiendo la libertad de Cataluña. Largo el monólogo, recibo una descarga, grito: «*¡Afora, lladres!*», doy un medio salto mortal y caigo más muerto que mi bisabuela. Es cosa bonita.

—¿Y la otra muerte?

—¿Cuál?

—La auténtica, la terrible, la inexorable, la hedionda... Hace poco tiempo te sacaron del baño casi asfixiado. Una tardanza de un minuto, y no hubieses vuelto a representar. ¿Qué te pareció aquella muerte?

—Pues, con franqueza, me pareció poco teatral.

La chifladura de Morano.

El millón de Andalucía.—Los títeres de Huelva, el sol de Sevilla y la enfermedad de Córdoba. Lo que pasó en Granada.—La corrección, el gracejo y la simpatía de los andaluces.—Los tiros de «Don Alvaro».—El horror a la muerte. Los galanes bonitos y los hombres perfectos.—La fuente de la alegría.—El ideal de un actor millonario.

—¡Hombre, Morano, enhorabuena! ¡Ya sé lo de Andalucía!

—¿Lo de Andalucía? ¿Qué sabe usted?

—Lo del millón. ¿No ha ganado usted un millón?

—*¡Parmeno!*

—¡Ah, demonio! Me lo ha dicho un sevillano. ¿Acaso no es verdad?

—¡Pero, *Parmeno!*... Ese abominable sevillano será la estampa de la mentira.

—¡Por Dios, no! Un sevillano se equivoca: amplifica, agranda; pero no miente. ¿No ha traído usted un millón de reales?... Pues habrá traído un millón de perras gordas, o de perras chicas, o de céntimos...

—Y si le confieso que me he dejado allí unos billetes, ¿declarará usted que ha mentido su informador?

—¿Por qué? De ninguna manera. Si ha dejado usted allí unos billetes, ocho, por ejemplo, mi paisano, acordándose de que Fulanito dejó diez, y Menganito, quince, y Zutanito, veinticinco, pensará que su pérdida, comparada con la de los otros, es ganancia, y afirmará, con una buena fe absoluta, que su triunfo ha sido soberbio. «Ha ganado un millón.» Pero esto lo mismo puede significar que haya usted ganado un millón, como que haya usted ganado media peseta, o como que haya usted perdido mil duros. En Sevilla, afortunadamente, no se habla jamás en sentido recto. Tienen demasiada sal en la mollera los paisanos de Mañara.

—¡Ah! Entonces he ganado el millón. Me ha convencido usted.

—¿Y en qué puntos fueron sus beneficios más importantes?

—Yo creo que en todas partes han procurado enriquecerme con igual generosidad. En Huelva se portaron bien. ¡Si no hubiese sido por unos títeres que había en la plaza!... Pero, figúrese usted: por cuatro reales que costaba la silla de preferencia, podía un caballero admirar a un burro que sumaba, y a una doncella que, sosteniéndose con un pie sobre un caballo que tenía el lomo como una mesa de billar, se bebía un refresco, y

a un señor que se tragaba un sable y se extraía de los fondillos una cotorra y un besugo... Sin cotorras, sin besugos, sin caballos gordos y sin borricos sabios, sólo con dramas y comedias, ¿cómo me iba yo a defender?

—Y en Sevilla, ¿tropezó usted también con gente de circo?

—No. En Sevilla mi rival fué el sol.

—Pero... ¡qué sol, amigo Morano!

—¡Colosal!

—¡Qué hermosura de sol, qué gracia de sol!... Rubio como ninguno, ¿eh?

—¡Digo!

—Y alegre, y benévolo con las pobres criaturas...

—¿Benévolo?... Amigo mío, lo que es en Agosto... Y, con los actores, ni en Noviembre.

—¿Pues?

—Porque, con sus caricias, entusiasma demasiado a la multitud y la hace huir de la luz artificial. Unos paseítos bajo el *rubio*, unos chatos o unas cañas..., y al catre.

—Pero, los aristócratas...

—Los aristócratas no van en Sevilla al teatro más que en la temporada de feria.

—Bueno; pero los burgueses...

—A los burgueses, estas obras modernas, descarnadas y audaces, les indignan. Sevilla es una de las poblaciones más honestas de España, a pesar del pueblo, que se ha maleado de tal ma-

nera con el abuso de la lectura, que comprende lo más difícil y aplaude lo más radical.

—Sí. El pueblo aquel tiene algo de su sol en la cabeza.

—Yo no olvidaré sus aclamaciones. Y tampoco olvidaré que, llenando la galería, me ayudó a ganar el millón.

—Y Córdoba, ¿qué le ha parecido?

—Estupenda. Eminentemente árabe. ¡Qué mezquita, amigo! ¡Y qué majestad la de Rafael Guerra, paseando por aquellos portentosos callejones!

—¿Ganó usted mucho?

—Mucho, mucho, no. Un día anuncié un estreno con 5.000 programas, 10.000 octavillas y un artículo en cada periódico..., y a las cinco de la tarde habíamos vendido dos entradas de cazuela.

—Como que no hay nada mejor que anunciar.

—Cierto es. Sin el anuncio y con la misteriosa enfermedad que mata a los cordobeses... Porque cada día mueren sesenta o setenta ciudadanos.

—¿Será tifus la enfermedad?

—En aquella tierra de maravilla, ni en el teatro hay *tifus*.

—Pues en Granada, y gracias a usted, lo hubo en cierta ocasión.

—Sí.

—¿No ha vuelto ahora a Granada?

—Pero he podido volver.

—Luego lo que se contó de sus insultos al *tifus*...

—Fué mentira. Aquella vez estaba yo embolsándome el millón, como me lo he enbolsado ahora, y, naturalmente, mi júbilo no sorprendía por lo estrepitoso. Hasta llegué a molestarme un poquitín, y recuerdo que una madrugada, después de elogiar la belleza arábiga de la población, incurrí en la debilidad de quejarme del desvío del público. Y se me echó encima el director de un periódico: «Pero, ¡si están hartos de comedias! ¡Si han padecido diez compañías de verso!... Le admiran a usted; pero, mientras no se vayan los de género chico, no le irán a ver ni de balde.» «¿Que no?» Y repartí el teatro, que se llenó hasta los topes, y, mediada la comedia, le dije al apuntador: «Tú, abajo la cortina, que, para trabajar graciosamente, ya he divertido bastante a estos caballeros.» Y no pasó más.

—¡Ah! Pues eso es bien poca cosa.

—Como que no perdí ni un adarme de simpatía. Verdad es que la grandeza de mi renombre en aquellas tierras es tan increíble... En Granada me echaban flores: «¡Olé los cómicos serios con agallas de cómico serio!» Y ahora me ha ocurrido lo mismo. Pasaba en Huelva por una calle, y oía decir: «¿Tú no zabes quién ez eze? Poz un artó tan fenomená, que tira de ezparda. Como que ya me ze va antojando dí a verlo.» Y

declaraban en Sevilla: «¿A ese? ¡A ese gachó le toca las parmas hasta er Girardiyo! Y se las vamos a tocá nosotros, porque quisás sea la pura lo que disen de su mérito.» Y afirmaban en Córdoba: «¡No va nadie ahí! ¡El *Lagartijo* de los dramas! ¡Lo tenemos que vel, pa que no mos lo cuenten!»

—Caray, es una cosa conmovedora. Ni siquiera le discuten a usted.

—Como no me han visto...

—Pero, señor, precisamente lo que no se ha visto es lo que se discute con más encono.

—Es verdad. Sino que la gente andaluza es tan correcta, y tan generosa, y tan amable... Es la única que perdona las equivocaciones, que se ríe sin herir.

—Dígame, dígame. ¿Ha estado usted expuesto alguna vez a que se le ría el público en una situación dramática?

—Dos veces en una misma noche. Fué en Bilbao, durante una representación de *Don Alvaro*. Tiré la pistola, para que la fatalidad la disparase y cayera redondo el marqués, y... Bueno; usted sabe que en *Don Alvaro* se encargan del papel de la fatalidad dos sujetos: uno, acurrucadito bajo la mesa, al sentir el golpe que da, al caer, la pistola del protagonista, dispara, y el otro, que acecha entre bastidores, dispara también, si no oye el tiro de su compañero. Pues aquella noche sufrí humildemente los insultos

del marqués—que era Manolo Vico—; arrojé, desesperado, la pistola, y, en vez de la detonación que esperaba, sonó un *chas-chas* que me espantó.

—¿No salieron los tiros?... ¡Es terrible!

—¡Y tan terrible! Como que sin el tiro no hay obra. ¿Mataba yo al marqués de una estocada? ¡Pero si al marqués no le mata el indiano, sino la horrenda casualidad! Y, para que le matase, a pesar de todo, la casualidad, le di una orden a Vico: «¡Una apoplejía, Manolo! ¡Finge una apoplejía o un ataque al corazón, y muérete!» Manolo—¡buen artista!—empezó a tambalearse como un bergantín cogido por una galerna, espoleado por los gatillazos de los representantes de la fatalidad, y se desplomó de un modo soberbio. Y entonces... ¡pum, pum!

—¿El tiro?

—¡Los dos tiros! ¡El del hombre de la mesa y el del hombre del bastidor!... ¡Es decir, que la pistola de Don Alvaro era una browing milagrosa, que, solita, hacía descargas!... No sé cómo no me ahogó la ira.

—¿Y en qué otras escenas se rieron?

—En la de la camilla. Y no me llevaban comparsas, sino actores. Pero uno, el que iba delante—virtuosísimo cretino, que andaba como el pato de menos gallardía—, tropezó, hizo unos volatines, y lo mismo que un mingo se mete en una tronera, introdujo la cabezota en la concha. ¡Para morirse!

—Y, dígame usted: muriéndose, ¿le ha ocurrido algo curioso?

—No, gracias a Dios. En ese punto, lo curioso es que cada noche me muero de una manera distinta... y sospecho que no muy bien. Yo no sé ni quiero saber cómo se muere la gente. La muerte me horroriza y me asquea. La simulo, preocupándome únicamente de no repugnar. Y por eso, por no repugnar, huyo de cierto teatro.

—¿Cuál es el que más le gusta?

—El realista. Los *galanes bonitos* y los *hombres perfectos*—esos galanes y esos hombres de cartón—me hacen reir.

—¿Estudia usted mucho?

—Bastante... a mi modo. Me empapo en las obras con una lenta y continua lectura; le busco el alma—si la tiene—al personaje que he de representar, y, si se la encuentro, no me preocupo ya de nada.

—¿Y trabaja usted muchas horas?

—¡Yo!... ¡Ni un minuto! Que trabajen las bestias. Yo me divierto. Verá usted cómo. A la una, después de almorzar, entro en el escenario, y allí estoy hasta las cinco, sin privarme de ninguna voluptuosidad: ensayo, dirijo, pruebo decoraciones, veo trajes, regaño, me río, fumo, me canso de andar y de sentarme, leo, corto, ordeno... A las cinco, paseo y sigo charlando de lo que se relaciona con las comedias. Luego tomo un bocadillo y me voy de prisa al teatro, para dar-

me el placer de caracterizarme, y, por fin, salgo a escena y me olvido de la realidad, y me escapo de la vida ordinaria, y yo no soy yo, sino el Isidoro Lechat de *El negocio és el negocio*, o el Papá Juan de *El centenario*, o el Pepet de *La loca de la casa*, o el Pedro Crespo de *El Alcalde de Zalamea*... Y, por último, en el café, ceno fuerte y hablo de mi arte hasta que se me cansa la campanilla.

—Sí que se divierte usted.

—Claro. En mi profesión tengo la fuente de mi alegría. Es mi chifladura. Si yo no fuese actor, no podría vivir. O, por lo menos, no podría vivir sin trabajar, porque para mí es trabajo todo lo que se hace a disgusto. Aunque sea contar millones propios.

—¿Y qué haría usted si fuese millonario?

—¡Toma! Ensayar, elogiar, reñir, caracterizarme, huir de la vida dentro de un tipo... Y sin llevar nada, graciosamente... ¡Pocas temporadas que haría yo entonces en la divina Andalucía!

La carrera de Thuillier.

Los gallitos dramáticos del Conservatorio.—Vico, profesor.—Diez días en Caravaca.—La muerte de Thuillier, su resurrección y su glorificación.—Los cortes de «Juan José».—El estreno de «Realidad» y la interrupción del monólogo.—El desastre de «Sic vos non vobis» y la tranquilidad de Echegaray.—El pateo de «Los condenados»: Galdós, Mario y Guerrita.—Las últimas victorias: Benavente, Linares y Arniches.

Thuillier, sin apetito, con la celeridad del que ejecuta una operación penosa, trágase unos huevos, un trozo de pescado y unas hebras de carne, y en seguida, goloso como el más goloso andaluz, se atiborra de plátanos, de melón, de mandarinas, de peras y de dulces.

—Pruebe usted estas yemas de Caravaca. Verá usted que pueden competir con las de San Leandro.

—¿Yemas de Caravaca? ¿Y cómo demonios las ha descubierto usted?

—¡Oh! Esa es una historia interesante. Se la contaré, por estar relacionada con uno de mis

modestos triunfos. Atienda. Hace muchos años, muchos años...

—¿Veinte?

El ilustre actor suspira.

—Más, amigo mío; más de veinte... Hace muchos años, yo, que aún no tenía bigotes, pero que tampoco tenía calva, asistía con una actividad pasmosa a las clases del Conservatorio.

—¡Ah! Usted, ¿se formó en el Conservatorio? ¡Es increible!

—Formarme... Pero, en fin, estudié algo en aquella casa. Por entonces la frecuentaban María Guerrero, Julia Martínez, la Cancio, la Mantilla, Cerbón, Mendiguchía, Sigler, Manuel Fernández...

—¿Manuel Fernández? No conozco a ese actor.

—Como que no ha pisado las tablas. Fernández, cuyo talento era asombroso, renunció al teatro porque no le ayudaba la figura, y hoy es el mejor oficial de mi amigo el procurador García Ortega. Tanto valía, que los gallitos dramáticos del Conservatorio nunca consiguieron eclipsarle.

—¿Ni usted?

—Pero si yo no fuí gallito. Los gallitos, los que en las escenas dramáticas ponían los pelos de punta, admirando a nuestros profesores, eran —¿a que no lo acierta usted?—Mendiguchía y Cerbón.

—¡Thuillier!

—Estupendo, ¿verdad?... Pues, sí; Mendiguchía y Cerbón, que nos miraban con un desprecio enorme, y a los que nosotros, por envidia, les arrancábamos a túrdigas el pellejo.

—¿Y creían en su talento dramático los profesores?

—Menos Vico... Pero, como don Antonio nos vería unas tres veces... Aun recuerdo las palabras con que me acogió cuando Mario me presentó a él en la Comedia. «Celebro conocerle, joven. Ya me ha dicho Mario que sirve usted, y yo me fío de Mario.» ¡Había sido mi profesor un curso entero, y no me conocía ni de vista! Bien. Pues, en aquella época, vegetaba yo en un casuchín de huéspedes con el que hoy me envía los dulces, Eduardo Mata, que estudiaba Derecho, e invitado por él, me fuí a pasar los días santos a Caravaca. Y caí de pie. Por el cura, que se divertía con mi charla malagueña, conocí a las personas formales del pueblo; gracias a mi amigo, intimé con los jóvenes y con sus hermanas y sus novias, y, cuando regresé a Madrid, me quería todo el mundo y quería yo a todo el mundo, y al recordar en el páramo del Conservatorio la huerta del cura, sentía ganas de llorar. Y pasaron unos meses, y terminé mis estudios, y me fuí a provincias, y después de rodar por algunas capitales, llegué a Murcia, y una noche, al finalizar el acto segundo de *Sullivan*, salía yo del escenario cuando oí una especie de alarido: «¡¡Thuillier!!» Me volví

alarmado. «¿Qué pasa?» Y la respuesta me la dió un hombre que se abrazó a mí loco de alegría y llorando convulsivamente. «¡Si ya sabía yo que no me engañaba, que eras tú, vivo y sano!» Y a los diez minutos me enteré de lo ocurrido. En Caravaca, por un error que fortaleció mi ex patrona con una carta estúpida, se había extendido la noticia de mi muerte, me había llorado la gente alegre y la gente formal, y el buen cura que se divertía con mi charla, había oficiado en unas honras fúnebres solemnísimas que me dedicó y a las que había asistido medio pueblo.

—Se conmovería usted, Thuillier.

—Como pocas veces. Y pagué con lo que yo podía pagar: con afecto. A los cinco años, en cuanto dispuse de una compañía, fuí a Caravaca. Mi primera actriz era Nieves Suárez y mi primer actor cómico Balaguer. ¡Lo que se sorprendieron con aquel negociazo!... Cuatro mil pesetas de ganancia en tres funciones. Pero se las di al cura, suplicándole que las repartiese, y me conformé con llevarme el título de hijo adoptivo de la localidad y la satisfacción de que hubiesen bautizado su teatro con mi humilde nombre. Este de mi resurrección y mi glorificación es mi triunfo más sabroso.

—¿Y cuál fué el más resonante? ¿El de *Juan José?*

—Quizás. Y como, por añadidura, colaboré un poquito con Dicenta... No escribiendo—¡qué

más hubiese querido yo!—, sino cortando. Ya sabe usted que el acto segundo no terminaba como termina. Juan José marchábase, desesperado, para robar; volvía con el producto del robo, y al instante era sorprendido por la justicia y el burgués despojado... A mí me *pesaban* todas aquellas escenas, y lo decía, aunque de un modo indirecto, para no herir al autor. Pero llegó el ensayo general; gustó enormemente el primer acto, entusiasmó el segundo, hasta que se fué el albañil, y entonces, observando la frialdad con que se acogieron las escenas finales, salté: «Sobra todo eso, Joaquín.» ¡El bote que dió Dicenta, y los jazmines y los nardos que volcó sobre mí personal... Estaba enamorado de esta frase, que gritaba Juan José zamarreando a su querida: «¡Lo he robao pa ti! ¿No comprendes que pa mí no hubiera robao nunca?» Pero yo no me acobardé: «Sobra todo eso. Es peligrosísimo, compromete...» Y Mario, al que impresionó mi seguridad, hizo que pasáramos el acto sin las escenas comprometedoras, y el calor con que aplaudieron los amigos, obligó a Dicenta a cortar. Y la grandeza del triunfo en la noche del estreno, ¿quién no la tiene presente?

—Y el de *Realidad,* ¿fué grande también?

—Inmenso. El público, desconfiando tal vez del dramaturgo, había ido a aplaudir al autor de los *Episodios Nacionales,* y como se encontró con un drama bellísimo, enloqueció de entusias-

mo. No obstante, hubo una chispita de marejada. El Federico Viera—que tuve yo la honra de interpretar—, cuando se va la Peri, a fin de empeñar las joyas y darle dinero, declama un monólogo, que principia: «¡Quiera Dios que salgamos con bien!» ¡Con bien!... No había yo acabado de decir estas palabras, cuando uno del público pronunció zumbonamente estas otras: «¡Me parece que no!» Durante unos segundos estuve aplastado; pero me repuse, continué, y apenas dije aquello de «Por lo que ha pasado aquí, acaso me censurarían; por lo otro—por engañar al protector y al amigo—me envidiarían todos seguramente», estalló un trueno de aplausos que aseguró la victoria.

—¿Se portó con valentía don Benito?

—Se portó como un Cid. Echaba más humo que una chimenea, se reía como un niño para celebrar los chistes más perversos, y procuraba enfriar a sus admiradores. Esta obra fué la primera que en Madrid se ensayó *con todo*. Entre el ensayo general y el estreno no hubo diferencia alguna.

—¡Cómo que no! ¿Y el pavor de los señores de la farándula?

—Es que los señores de la farándula ¡hicimos con un miedo el ensayo general!... Figúrese usted: obra del autor de los *Episodios;* en las butacas, las plateas y los palcos, la espuma de la aristocracia y la flor del periodismo y la literatu-

ra, y, entre los escritores, *escalpelistas* del mérito de *Clarín*... ¿No era para temblar? Y, sin embargo, don Benito nos oía como si no se tratase de él. Esos ánimos no los he visto yo más que en el otro león: en Echegaray.

—¿Y no los perdía cuando fracasaba?

—¡Quiá! Nunca olvidaré la noche del estreno de *Sic vos non vobis*. Se habían sostenido los dos primeros actos, y en el último, desde las primeras escenas, comenzó el *monstruo* a clavar sus garras en nuestras carnes y en las del autor. Percibíamos rugidos, frases agresivas, risotadas burlonas, bastonazos, patadas... Minutos antes de terminar, se hizo tan cruel la protesta del público, que Cepillo, aunque era muy valeroso, retrocedió completamente dominado; retrocedí yo también, porque su maniobra me pareció prudentísima; me imitó María Guerrero, que, asustada, se cogió a mi brazo, y junto a una verja que nos impedía huir, como tres gorriones sorprendidos por un huracán, continuamos declamando nuestros papeles. María, cada vez que sonaba un rugido, contraía sus dedos sobre mi biceps con un vigor nervioso tremendo, y Cepillo se aplastaba contra la verja como si temiese recibir un golpe. Y de este modo cayó el telón.

—¿Y aguantó la tempestad don José?

—En la primera caja, y tan tranquilo como si escuchase aplausos. Algunas veces, con la mano un poco temblona, se retorcía la perilla y bro-

meaba con nuestro director: «¡Je, je!... ¡Si nos cogieran esos señores!...» Y otras veces se revolvía contra el público: «¡Pues la comedia no es mala! ¡Aunque la pateen bárbaramente! ¡Tendrán buenos tacones; pero no tienen razón!» Y yo no sé si tenían razón. Lo que sé es que, luego, en provincias y en Madrid, gustó la obra.

—Y ese de *Sic vos non vobis*, ¿es el pateo que más le ha aterrado a usted?

—No sé. Fué tan tremendo el de *La rencorosa* —también de Echegaray—y tan descomunal el de *Los condenados*... Ya, gracias a Dios, no se patea con tan terrible saña.

—¿Y resistió don Benito el pateo con tantos redaños como los resistía don José?

—Con tanto coraje, y es posible que con más frialdad. La obra se puso muy bien en la Comedia. Para que yo bajase *de verdad* de la torre, se había hecho una escalera que llegaba al telar, y estaba yo en el telar, botando al oír los alaridos del público, cuando vi retirarse de la primera caja a Mario y a Galdós. Mario, que era admirador de Rafael Guerra, y que a mí me llamaba por su mote siempre que me exigía algún esfuerzo, comprendió que necesitaba que me auxiliasen, y me animó cariñosamente: «Niño, prepárate, que hoy tengo yo que aplaudir a *Guerrita*. Conque a la fiera, sin miedo, que no hay fiera que te domine a ti.» Galdós, mascando un puro, se limitó a recomendarme con mucha lentitud que no

me rindiera: «Valor, pollo. Valor para que le oigan a usted.» Y me juré a mí mismo que me oirían, y, exponiéndome a morir estrellado, me precipité por la escalera como una tromba, y sobrecogí a los pateadores, y de esta manera rompí a hablar.

—¿Y le escucharon?

—Un ratito.

—¿Y se rindió usted?

—Ni después de echar sangre por la boca, medio reventado de gritar tan furiosamente.

—Y en estos últimos tiempos, ¿qué triunfos son los que más le han enorgullecido a usted?

—Prescindiendo del enorme de *La ciudad alegre y confiada*—y califico refiriéndome al acierto de Benavente y no al mío—, los de *Fantasmas* y *La señorita de Trévelez.* El de *Fantasmas* me llenó de regocijo, porque la obra es de Linares, y porque Linares tiene la gentil debilidad de creer que cuanto yo le estrene ha de ser aplaudido. Y lo será, si lo que me confíe es de tan subido valor como *Fantasmas.* Y el de *La señorita de Trévelez* me envaneció porque al interpretarla he creído vencer una de las dificultades mayores que se le pueden presentar a un artista: el cambio súbito de lo cómico a lo tierno que hay en el tercer acto. ¡Tenía un pavor!... Si yo fracasaba, se hundía la comedia. Y como la comedia es lo mejor de Arniches, que tanto bueno ha escrito...

LOS QUE COBRAN LA RISA

Las minas de Arniches.

Monaguillo, oficinista y gacetillero.—La tía.—El abecedario del hambre.—«Casa editorial».—Los juguetes cómicos.—Los sainetes: «El santo de la Isidra».—Zarzuelas sentimentales.—Los «frescos».—Las comadres del campillo.—Salones de estudio.—Nuestro amigo el zapatero.—El amo de «Catalino».—Un chiste, muchos insultos y una venganza.

—Bien, sí. Lo que usted quiera. Pero casi me avergüenzo de contar mis cosas, porque ¡he tenido una suerte!

—Amigo Arniches, ¿y lo que ha trabajado usted?

—Pero con mucha suerte, con una suerte increíble, asombrosa, que me ahorró el calvario de los que principian y me puso en condiciones de hacerme rico antes de que me pudiera retorcer las guías del bigote. Mis tiempos difíciles fueron los de mi infancia y los de mi adolescencia. En mi infancia, viviendo en Alicante, fuí monaguillo, porque daban dos cuartos por ayudar a misa; y en mi adolescencia, fuí oficinista en Barcelona, en una Casa de banca y en la sucursal de Singer, y

gacetillero en *La Vanguardia*. Y he de confesar que si en mis faenas de monaguillo me lucí, como hombre o como muchacho de negocios, fracasé lamentablemente. ¡Claro, no pensaba en mis oficinas más que en componer cuentos de una fuerza trágica terrible!...

—¿Y por esos cuentos ingresó en el periodismo?

—¡Quiá! Si eran detestables, y no publiqué ninguno. Yo ingresé en *La Vanguardia* para hilvanar gacetillas, y me hundí en el océano de las gacetillas, y, para no ahogarme, renuncié al periodismo. Y me vine a Madrid.

—¿En busca de una colocación?

—No. Contaba con el auxilio de una tía mía, señora de riñón muy bien cubierto, y vine a estudiar, y hasta me matriculé, porque yo era un chico honrado. Pero, en el Madrid de entonces, alegre y jaranero, ¡había cada tentación!... Y una tentación de carne, la costurera de mi protectora me cogió por el corazón, y me puse a estudiar Anatomía, en vez de estudiar Derecho, en cuyo preparatorio me había matriculado. Mi tía, mujer tan moral y tan religiosa como el Papa, al enterarse de mis sabrosos trapicheos, se indignó; pero se indignó por dentro, clericalmente, y la dulzura de su arcangélica sonrisa no me permitió adivinar su cólera. Y un día salí después de almorzar, volví a casa a las ocho, y me encontré los muros pelados.

—¿Se había ido?

—A Valencia; sí, señor. Sin decirme una palabra, sin ponerme dos letras, sin dejarme unos duros... ¡Cómo se sonreiría en el vagón al pensar en la sorpresa del pobrete de los estudios anatómicosl... En su pueblo no se sonreiría, porque la fatalidad, que en ocasiones no respeta ni a las almas de religiosidad más acendrada, hizo que se rompiese un brazo al descender del tren.

—Y usted, ¿cómo salió del apuro?

—Volviéndome a Barcelona, después de unas semanas de angustia; pero me atrajo mi costurera, y me planté nuevamente en Madrid, dispuesto a todo. Incluso a hundirme en el mar de la gacetilla, y así, las emborroné para la *Ilustración Artística Teatral*, el *Diario Universal* y *El Resumen*, y, como la inmensa mayoría de los plumíferos noveles, pasé hambre y frío, dormí en los bancos de los paseos, y me envenené con la hedionda mantequilla de las medias tostadas. Mas esto duró muy poco. Una tarde ví al rey, que tendría entonces unos tres años, y se me ocurrió una idea salvadora: hacerle una cartilla. Y escribí mi *Abecedario, silabario y trozos de la vida de Don Alfonso XII para Don Alfonso XIII*, y me lo editaron unos amigos, y la reina pagó la edición, y en Fomento compraron mil ejemplares para las escuelas, y me encontré de golpe con unos mil duros, y me dediqué en serio al trabajo. Por aquellos días conocí a mi paisano Cantó, que

me leyó una obra que le iban a estrenar. Le dije que no me gustaba, discutimos, le impresionaron algunas de mis razones, y charlando y disputando amistosamente, convinimos en colaborar.

—¿Y que fué lo primero que estrenaron ustedes?

—*Casa editorial*. El triunfo sonó de tal modo, que Fiscowich me regaló la edición de la obra y los demás editores me ofrecieron dinero para administrar lo que produjese yo en lo sucesivo. Aruej aún no era editor; en aquellos tiempos el futuro millonario vivía de un humilde empleito: el de contador de Eslava. Prosperó, ¿verdad? Pero casi todos los que estaban en el teatrito cuando se estrenó *Casa editorial* prosperaron también, y todos los artistas a quienes di papeles, Julio Ruiz, Mariano de Larra, José Riquelme, Emilio Carreras, Emilio Mesejo, Enrique Lacasa y Rafael Ramírez, llegaron a primeros actores.

—Y usted, ¿subió?

—Como la espuma. Aquel mismo año estrené otra pieza, y liquidé con tres o cuatro mil duros de ganancia; al siguiente, escribiendo revistas, me embolsé unos cinco mil, y al otro, aumenté mis ingresos con unos centenares. Figúrese los tutes que me daba yo entonces. Veinte años, la amistad de la farándula, dinero... Me divertía como un demonio y salía de una borrasca para arriesgarme en otra, con un vigor del que hoy me asombro yo mismo. Pero fuí ordenado en el

desorden, y trabajé, y procuré afinar mi trabajo. Así, de las revistas, un poco burdas o un poco inocentes, pasé a los juguetes cómicos, donde ya era preciso hilvanar un asunto y adobarlo con algunas gotas de observación, y con juguetes como *Las campanadas*, *La leyenda del monje* y *Los aparecidos*, comencé a explotar una mina tan rica como la de las revistuelas, y que me daba más honra. Y no me conformé con esto. En *Los aparecidos* hay varias escenas de sainete, y una, la en que el sacristán, empavorecido, le da el rosario al ateo, a cambio de la escopeta, con gran regocijo del ateo, asustado también, gustó mucho. Gustó y se elogió, y animado por los elogios, pensé en cultivar el sainete. Y, preocupándome ya del arte sobre todas las cosas, escribí, me parece que con Cantó, *El fuego de San Telmo*, que se representó cien noches seguidas.

—Es decir, que dió usted con la verdadera mina: con la de oro.

—Justo. Con la del dinero, que es también la de los aplausos, que valen más que el dinero para mí. ¡Si supiera usted cómo trabajé, con qué fe, con qué alegre ardor, en aquella época!... Prescindí de mis colaboradores, estudié a los saineteros, empecé a observar con simpatía y amor a la gente baja, y así, con un entusiasmo como nunca lo he sentido, compuse *El santo de la Isidra*. En Apolo, donde entonces gritaban todas las obras—unas por plomizas y otras por ligeras, unas por

verdes y otras por pálidas—acogieron la mía con grandísimo cariño, y, seguros del triunfo, llegamos al estreno. Y usted sabe lo que ocurrió. El público, un público de verdugos de autores, que iba a patear, oyó displicentemente las primeras escenas, rechazó sin mucha furia algunas frases, y, de súbito, nos atacó insubordinado, con una cólera espantosa, al decir Elíseo San Juan: «Todo el que se dirija a esa mujer es como si se dirigiese a Nuestra Señora de la Almudena (cementerio de)». Fué porque escucharon lo de «Nuestra Señora» y no lo de «cementerio de»; pero lo cierto es que allí comenzó el escándalo y acabó el sainete. ¡Hubo hasta quien pidió a berridos que bajasen el telón!

—No saldría usted.

—Al final, una vez, para que me silbaran. Pero ¡al otro día!... Era domingo de Carnaval, y se había llenado el teatro; mas se había llenado de una gente que se enteró del pateo por los sueltecillos desdeñosos de la Prensa, y que, sin curiosidad ni interés, iba a divertirse con sus bromas, y no con mi sainete. Empezó la representación entre un diluvio de serpentinas; pero hizo reír una frase, y no menudearon tanto los proyectiles, y se pusieron a escuchar los espectadores, y, poco después, a la tercera escena, hubo rumores de aprobación, y luego estalló un aplauso. Y resucitamos todos: la obra, la Empresa, los artistas y yo, que salí quince veces al terminar *El*

santo, y que escuché con lágrimas en los ojos la ovación más grande que he escuchado en mi vida. La victoria fué tan colosal, que se representó el sainete cuatrocientas noches seguidas en Madrid.

—¿Y en provincias?

—En provincias le dieron tantos miles de representaciones, que en los tres primeros años me produjo 18.000 duros. Y desde entonces comencé a ganar anualmente unos diez mil.

—¿Y no aflojó usted en su labor ganando diez mil duros al año?

—¡Quiá, hombre! Ni cuando me remonté de los diez mil a los veinte mil. Me puse tierno y escribí algunas zarzuelitas sentimentales, y, después me puse alegre, y, para limpiarme de melaza, me dediqué al cultivo de los *frescos*. Valbuena ha sido el padre de todos.

—¿Y dónde sorprende usted y estudia a sus tipos?... Porque usted los mejorará, modificándolos artísticamente; pero no los inventará. Algunos son demasiado reales.

—No, no los invento. Copio del natural buenamente, y, para copiar, frecuento sitios muy poco aristocráticos, donde no siempre me reciben con una cortesía versallesca. Conozco los barrios bajos tan bien como un chulo organillero, y en ciertos rincones estoy como el pez en el agua. Cuando el frío invita a tomar el sol, me voy al campillo de Gil Imón, o a la cuesta de las

Descargas y me siento en un banco, y escucho a las comadres; y cuando el calor o la lluvia no me permiten corretear, me refugio en dos magníficos observatorios. Uno está en la calle del Peñón. Es una taberna sórdida, poco limpia y baja de techumbre, a la que van casqueros, peones de mano y gente que suele malear. El otro está en la calle del Salitre, y es una taberna también; pero un poquito mejor. La frecuentan zapateros, carpinteros, albañiles, fontaneros... Yo voy a las dos con mala ropa, una capa deslucida y un sombrero veterano, y pido—para no catarlo, naturalmente—vino con seltz, y me paso las horas muertas oyendo a los que retrataré en mis cuartillas.

—¿De qué acostumbran hablar?

—En la calle del Peñón, de todo. De lo mal que se va poniendo la casquería, de las trampas del matadero, de la enfermedad de la piojera, que hace estragos en los chicos hermosos... En la calle del Salitre la conversación es de más altura: política, problemas sociales, toros...

—¿Y dónde ha conocido usted a sus personajes más pintorescos?

—En la taberna de la calle del Peñón. Al zapatero de *El santo de la Isidra* me lo encontré allí. Era graciosísimo y popularísimo. Llamaba a todas las mujeres para decirles insolencias que no ofendían, o piropos, y tenía para cada hombre un chiste, una salada malicia o una burla cariño-

sa. Después de utilizarle en *El santo*, me quedó tal cantidad de apuntes del tipo, que pude hilvanar, en colaboración con López Silva, otro sainete: *El amo de la calle*, que se aplaudió de veras. También conocí en esta simpática tabernilla a un sujeto originalísimo, que me proporcionó un gran triunfo. Era verdulero, y pregonaba, o charlaba, o cantaba continuamente con la alegría de un gorrión. Pero nada divertía tanto a la parroquia como los diálogos del verdulero con su burro, un burro pequeñín, grave y malhumorado, al que le decía *Catalino*, y con el que consultaba todas sus operaciones mercantiles. «¡Tomaaates!... ¡Tomates a veinte!... ¡Tomaaates!» Y acudía una mujer: «¿Los da usté a quince?» Y entonces el industrial aproximaba su cabeza a la del asno, y después de fingir que le escuchaba, decía: «No pué ser. Le parece a mi socio *Catalino* que perdemos.» Y venía otra mujer: «¿Da usté las patatas a diecito?» Y repetía él la operación, y exclamaba: «¡Si quisiera *Catalino*!... Pero dice que no hay negocio.» Pues bien; este verdulero me inspiró *La pena negra*, una de las obras que he escrito con más fortuna. Y le referiré algo curioso respecto al sainete.

—¿Sobre el asunto?

—No. Sobre una graciosa ocurrencia. Yo no me fío de los chistes callejeros, porque ninguno de los que he embutido en mis diálogos ha hecho reír al público, y procuro olvidar los que

oigo; pero, mientras planeaba *La pena negra*, oí uno tan espontáneo, tan de *situación*, que lo prohijé, colgándoselo a un personaje. Había yo ido con la astuta calma de un cazador de *documentos humanos*—como aún se decía por entonces—a la ronda de Valencia, y escuchaba, junto a una barbería al aire libre, en la gustosa vecindad de unas mujeres, cuando llegó un carretero todo blanco de harina, que, al sacudir su gorra, extrajo de ella una nube asfixiante. «¡Camará —gruñó el que se afeitaba, después de toser—, vaya una de harina!» Y una de las mujeres añadió con la rapidez de un rayo: «¡Como que ha desperdiciao lo menos dos libretas!» En el estreno de la obra el chiste produjo una explosión de carcajadas.

—Y en sus excursiones, ¿nunca le ha ocurrido algo desagradable?

—Jamás. En algunas tabernas me miraban con desconfianza, y en la de la calle del Salitre, en la de los *sociólogos*, cerraban el pico al entrar yo, figurándose que era empleado del Ayuntamiento o agente de Policía; mas le respondió de mí al tabernero, garantizando la pureza de mis intenciones, un tramoyista de Apolo, y la parroquia se tranquilizó.

—¿Cuáles son los sitios de más peligro que ha visitado?

—La calle de la Ruda y los lavaderos de la calle de los Moratines. En los lavaderos hay, a

veces, 150 leonas estrujando calzoncillos y camisas, y estas leonas, en un instante de buen humor, enjabonarían y estrujarían tranquilamente a un sainetero. Pero son más de temer las verduleras de la calle de la Ruda, que achicarían con su repertorio de maldiciones e injurias a la misma plebe napolitana. Yo, por observarlas, he soportado tremendos chaparrones de insultos. Y ahora, para terminar, voy a referirle un episodio pintoresco, que pudiera titularse: «Donde las dan las toman, o la burla al burlador».

—¿Fué usted el de la burla?

—Yo. Y el burlador burlado, Javier de Burgos, que nunca habló con seriedad. Cuando se hizo inventor y expendedor de camelos, se puso insoportable. No respetaba nada, y para colocar sus odiosos *productos* lo mismo interrumpía un relato interesante que una conversación dolorosa. «¡Ah! De manera que usted ¿es ajún también por la parte de carabó?» «¿Cómo?» exclamaba estupefacto el interpelado, sin entenderle. Y don Javier seguía uniendo palabras sin sentido para reirse de las personas que no estaban en el secreto, o para que cayesen en la trampa, por distracción, las que conocían la broma. Uno de los que caían siempre, por su candor asombroso, era don Ricardo de la Vega. «Bien, Ricardo. Con que en Paris tatarafuso *La verbena*. ¡Magnífico!» «¿Qué?» Y, al oir la pregunta, todos nos echábamos a reir, y el autor de *La verbena* cogía el cie-

lo con las manos. «Hijo, es absurdo. No sé cómo te divierte semejante estupidez.» Pero lo cierto es que le divertía, que algunas noches, en el saloncillo de Apolo, no se oía más que su voz nasal y un tiroteo de preguntas—«¿eh?», «¿qué?» «¿cómo?» «¿cuál?» «¿qué ha dicho?»—y que estábamos indignados con él y ansiosos de venganza. Y una tarde habló con elogio de Toledo uno de nuestros amigos, y otro, burgalés, encomió a Burgos, y otro, sevillano, puso a Sevilla en las nubes, y don Javier, que adoraba a su pueblo y que lo tenía por el más bonito de la tierra, para loarlo, recobró la seriedad y preguntó gravemente: «¿A que no saben ustedes qué es lo mejor de Cádiz?» Y la respuesta me la dictó a mí el demonio: «¿Lo mejor de *Cádiz*?... ¡La música!» ¡Fué una carcajada tan inmensa la que estalló!... Don Ricardo lloraba de risa.

—¿Y don Javier?

—Don Javier, que era un hombre inteligentísimo, se rió tanto como los demás.

El arte, la prole y los números.

La valentía de Perico.—Las cien pesetas de la madre.—Vagos y provincianos.—La costura del chaleco.—El profesor de hebreo.—El ensayo de «Las guerreras».—Los 16.000 duros de «El maestro Canillas».—Dos obras que se estrenaron sin estrenarse.—«Floriana».—Salir por peteneras.—La literatura y los Seguros.—Una comedia fina y limpia y otra gordita y espesa.—En el camino del hartazgo.—«Trampa y cartón» y sus hermanas.—La miseria de «El roble de la Jarosa» y la riqueza de «El verdugo de Sevilla.»

—Amigo Muñoz Seca, no es usted el dictador del fantástico imperio de Astrakania, únicamente; es usted, por añadidura—y hablamos recordando el valor con que se sostiene frente a la crítica—el Cid o Satanás. Y no lo decimos para adularle.

—No. Ni Satanás, ni el Cid. No tengo una soberbia excesiva ni un valor que asombre, y los latigazos de los críticos me duelen. Yo quisiera gustarle a los críticos. Lo declaro con humildad. Pero sospecho que, si les gustara, mis obras no me permitirían costear este cuarto, ni comer en

esta mesa, frente a esos aparadores, ni encender esa bonita salamandra, ni abrigar a mis pequeñillos con recios paños ingleses... Y, la verdad, resignarse, por leer unos elogios, a vivir en una caverna y a ver a los niños desnudos y con las naricillas moradas, me parece demasiado. Que se sacrifiquen los genios, ya que, antes de que los devoren nuestros hermanitos los gusanos, alcanzarán la inmortalidad; pero nosotros los simples mortales... ¡No, caramba, no!

—Por lo visto, usted nunca ha soñado con la gloria.

—¿Cómo que no? ¿Se figura que jamás he tenido veinte años? Soñé con la gloria, y, si no me avergonzara, le confesaría que aun... Pero, no. Ya conozco muchas clases de gloria, y peleo por conquistar la modestísima que me corresponde: limpiarle el camino de abrojos a mi chiquillería. Y si, además, escribiera algo bueno... Para escribirlo me quedé en Madrid.

—¿Vino usted a luchar, como los «grecorromanos», los aguadores y los poetas?

—¡Por Dios, no! Vine a divertirme. Había terminado en Sevilla las carreras de Filosofía y Letras y Derecho, y mi padre, para premiar mi aplicación, porque fuí un estudiante muy decentito, me pagó el tren hasta Madrid y me dió 50 duros, encargándome que los dilapidara con valentía. En la estación—en la del Puerto, porque yo soy del Puerto—mi madre, un poco emo-

cionada, me obsequió con una buena noticia y me arrancó una promesa: «Hijo mío, te he cosido en el forro del chaleco 20 duros. Para que yo esté tranquila, prométeme que los gastarás en el billete de vuelta.» Se lo prometí; me aconsejó, ya con más ánimos, que no fuera loco y que abriese el paraguas, si llovía, a pesar de las picaduras que comenzaban a afearlo; me recomendó que de ningún modo me arriesgase a morir aplastado bajo las ruedas de un automóvil, por echármelas de hombre corrido, y me besó muchas veces, con una humedad sospechosa en los ojos..., porque picaba mucho el sol. Siempre que yo me he ido, ha picado mucho el sol para mi madre.

—¿Y quemó usted sus barcos? Es decir, ¿rompió usted la costura del chaleco?

—Con vivísimo temor; pero me había gustado tanto Madrid y me había parecido tan fácil ganar aquí dinero... En cuanto me asomé a los cafés y dí un vistacillo por las calles, me asaltó la sospecha de que en este paraíso nadie trabajaba, y esto me regocijó, porque yo gozo con el trabajo. Además, otro descubrimiento vino a envalentonarme: el de que medio Madrid no es de Madrid. Yo le preguntaba a todas las personas que iba conociendo: «¿De dónde es usted?» Y respondían siempre: «De Málaga, de Valencia, de Zamora, de Lugo, de Gijón, de Tarrasa, de Cádiz...» Y si Madrid se nutría de provincianos, ¿por qué

me había yo de marchar? Conque *dilapidé* los 50 duros, descosí el chaleco, y empecé a averiguar dónde guisaban.

—¿Con suerte?

—Con suerte, sí. Con tanta suerte, que el día que gasté mi última peseta conseguí mi primera colocación. Un señor Valdeavellanos, pariente de un caballero del Puerto, tenía en la calle Ancha una Academia preparatoria, a la que concurrían muchos alumnos de Filosofía y de Derecho, y me presenté a él por si necesitaba un profesor. En Filosofía los estudiantes pueden elegir entre cursar Arabe o cursar Hebreo, y como yo había elegido el Arabe, pensé que si era un profesor de Hebreo lo que deseaba el señor Valdeavellanos, me perdía miserablemente si confesaba mi elección. Y no sólo no la confesé, sino que cuando mi jefe probable, después de declarar que buscaba un maestro, me preguntó que cuál asignatura había elegido, dije, para quedarme de seguro con la plaza, que Hebreo, y me admitió en el acto. Y sin saber yo una sílaba de Hebreo, me decidí a explicar la asignatura.

—Pero ¿cómo?

—Pues estudiando yo antes que mis alumnos. En la Biblioteca de la Escuela Normal de Maestros facilitan libros, y se los pedí al bibliotecario; pero el bibliotecario, Domingo Barnés, hombre de una cultura extraordinaria, de un talento agudísimo y de un gran corazón, al saber lo que me

ocurría, además de libros, me dió lecciones, y no hice un mal papel en la Academia. El señor Valdeavellanos, amigo de la gente laboriosa, me encargó también de enseñar Literatura griega y Griego, y remunerado razonablemente con 25 duros, le anuncié a mi familia que ganaba 500 pesetas, y me quedé en Madrid a gusto de todos. Después... Pero ¿voy a descubrirle lo poquillo que dan de sí 25 duretes?... La sordidez de las patronas; las rebeliones de mi estómago, que es tan cristiano que no admite las judías; los banquetazos en la calle de Barrionuevo, frente a la parrilla donde se asaban aquellas conmovedoras, aquellas inolvidables chuletas... Y una madrugada, comiendo chuletas, en un momento de voluptuosidad y con ese optimismo que engendra el jugo de la carne al bañar la boca, recordé el triunfo de *Las guerreras*, una zarzuelita que me estrenó en Sevilla Cerbón, y que me produjo 2.000 reales, y estuve a punto de saltar de júbilo. ¿Por qué no había yo de estrenar en Madrid? Y, si estrenaba, ¿por qué no había de hacerme archimillonario?... Conque a las ocho o diez horas cogí un sainete que tenía terminado, *El maestro Canillas*, se lo llevé a Alonso, lo arregló, lo estrenamos en Lara, con el título de *El contrabando*, gustó..., y el maestro-estudiante de Hebreo quedó convertido en dramaturgo.

—¿En dramaturgo de los que cobran?

—De los que cobran... una chispita. Y no me

quejo de *El contrabando*, que es un manantial chiquitín; pero inagotable. Desde que se estrenó, se ha representado 8.600 veces, y nos ha metido en la cartera más de 16.000 duros.

—Ese buen éxito le animaría a usted.

—Pero no me quitó el miedo al público de los jueces, al de la primera noche, y estrené dos cosas sin estrenarlas. Es decir, no anunciando en los carteles el estreno. Es la única manera de burlar al *monstruo*.

—¿Y gustaron?

—¡Naturalmente! *Una lectura*, entremés, se hizo en la Comedia, y *Celos*, entremés también, se representó en el Español. Detrás vino *La cabotine*, que yo titulé *Floriana*. Tirso, que quiere mucho a Tristán Bernard y que estaba entusiasmado con *La cabotine*, le pidió que la arreglasen a Ramos Carrión, a Vital Aza y a Palomero, y los tres excelentes escritores se negaron a complacerle, porque el color de la obra, verdosísimo, les asustó. Mas a mí, que sólo disponía de unos entremeses que no me daban ni para entremeses, nada podía asustarme, y apechugué con la comedia, y la podé—Tristán Bernard me perdone—de verduras graciosas, y se estrenó con aplauso, y en unos meses me embolsé 6.000 pesetas.

—Palabras mayores, amigo.

—¡Y tan mayores! Como que renuncié a las chuletas de Barrionuevo, prescindí de las judías, me mudé a una casa donde pagaba un duro, y, por

respeto a la memoria de Brummel, entablé relaciones con los artistas de la tijera. No obstante, se me torció el carro. Después de probar fortuna con varias obras que el benévolo *monstruo* desdeñó, volví a catar los aplausos con un sainete lírico: *Por peteneras*. Pero, entusiasmado con la victoria, salí yo por peteneras, y me casé, y comenzaron los apuros. Me había despedido de la Academia por culpa de *Floriana;* y como *Floriana* cumplía proporcionándome unos reales, y como entre *El contrabando* y los entremeses no recogía más que unos céntimos, pensé en colocarme otra vez para esperar tiempos no tan ásperos. Se acababa de crear entonces la Comisaría General de Seguros, y se ingresaba en ella por concurso de méritos. Exigían un título académico y que supiesen un poco de seguros los aspirantes a los cargos, y preferían a los que hubiesen escrito sobre tan delicada materia. Yo sabía de esta enternecedora rama de la administración tanto como un salmonete de los menos listos; pero había estrenado en la Princesa un entremés que se titulaba *A prima fija*, y, aunque nada tenía que ver con los seguros, tuve la temeridad de utilizarlo.

—¿Y entró usted con la categoría de un tratadista?

—Sencillamente. Ingresé como doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, y como autor de un luminoso estudio sobre los seguros, titulado

A prima fija. Me respetaban, me consultaban, me pedían informes...

—Pero es asombroso. ¿Y no descubrieron la trampa?

—Sí. Por mi culpa. La descubrieron cuando el *tratadista* prestaba muy útiles servicios como oficial-jefe de negociado..., y se rieron mucho. Afortunadamente, abundan las personas buenas.

—¿Y trabajó usted mucho tiempo en la Comisaría general?

—No. Con mis 3.500 pesetas no conseguía ni mal comer, y me dediqué de lleno al teatro. Por entonces, con una ilusión loca y con un pudor artístico inmenso, escribí *El medio ambiente*. A los críticos les pareció una comedia fina, limpia... Me produjo 1.500 pesetas limpias y finas, y yo me asusté, porque ya era padre de dos pequeñuelos y aspiraba a que estuviesen limpios y a que una alimentación deficiente no me los dejara muy finos. Y maté algunas ilusiones, y velé prudentemente mi pudor, y así me extraje de la meollada *Las cosas de la vida*, gordita y espesa; pero que me permitió recolectar unos 1.000 duros. Inmediatamente, y ya con los ojos cerrados, estrené *Trampa y cartón*, que me valió 3.000; en seguida, rematé *El modelo de Virtudes*, que metió en mi casa 4.000—un millar de duros para cada hijo, porque ya eran cuatro—y desde entonces he recorrido unos senderos con alfombras de rosas y he caminado junto a la Fortuna y protegido por sus

alas. Y perdóneme usted este humilde arranque de elocuencia. Me quedan algunos resabios de los tiempos en que yo pensé, conmovido, en conseguir la inmortalidad.

—¿A la que ha renunciado usted?

—Por completo. Como la zorra a las uvas. Pero no renuncio, por darme gusto a mí mismo, a escribir comedias finas y limpias. No. Aunque yo haya *disparado* proyectiles como *Fúcar XXI*, *Pastor y Borrego*, *La frescura de Lafuente* y *El verdugo de Sevilla*, no me he despedido del arte. Yo no puedo olvidar que fuí profesor de Literatura griega, y que traté con inmenso respeto y con cierta confianza a Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. De Aristófanes, traduje *Las aves*. No lo digo con vanidad, porque *Las aves* se traducen al vuelo.

—¡Caramba, Muñoz Seca!

—Disimule usted. Es la costumbre.

—¿Y escribirá usted con frecuencia obras artísticas, comedias que merezcan ser estrenadas en Barcelona?

—Con frecuencia, no, a causa de unas pícaras revelaciones que me han hecho los números. ¿Qué se figura usted que me ha producido *El roble de la Jarosa*, que es el brillante de mi repertorio? Pues 5.300 pesetas. ¡En un año, amigo mío! ¿Y qué cree usted que me producirá *El verdugo de Sevilla*, a pesar del jaleillo pedestre que provocó el último acto la noche del estreno?

Con decirle a usted que, sólo en Noviembre, dará más de 10.000 pesetas... Y yo soy un idólatra del arte; pero me inspiran los números un terror supersticioso, y, además, ¡quiero tanto a mis pequeñines!..

Las cosas de García Alvarez.

El espanto de «La locura de Madrid».—La imposibilidad de trabajar solo.—El que da los asuntos.—La lógica y la realidad.—La curiosidad del público: el gato que maya y las lechugas que crecen.—Los «frescales».—El cementerio de Marmolejo y Lafuente.—El diálogo.—Los chistes afortunados: el del «entrecote» y el del azúcar.—Los que no se pueden colocar: el de la gallina.—Sainetes vividos: un estreno en Bilbao y los riesgos de la equitación.—Cómo se gastan 100.000 duros.

—Bueno, vamos a ver. Empieza diciendo que, para mí, la vida es un juguetillo alegre en setenta u ochenta años y que todo lo veo en cómico. De veras. Le saco punta a una pelota. Un aguador y un ebanista llorando a la madre que acaban de perder, me sugieren un horror de chistes. Es mi temperamento, chico.

—Bien. Pero procedamos con orden. Háblame de tu estética.

—¡Ah! ¿Quieres hacer una filigrana?... Pues di que mi estética... Pero, ¿crees tú que yo ten-

go estética? No importa. Di que mi estética es la de la risa. Una estética—¡viva D'Annunzio!—carcajeadora o carcajeante. Por ahí va bien.

—Seriedad, Enrique.

—Seriedad. Pon, con absoluta seriedad, que *La locura de Madrid* es un espanto de gracejo, un cañonazo de sal, un terremoto de buen humor. Escribiéndola he roto los ojales de tres chalecos. Figúrate si me habré reido. Y es que mis obras serán malas; pero son de un efecto ciclónico. Y que Dios me perdone la vanidad.

—¿Y cómo las escribes?

—Con lápiz.

—No, hombre. Quiero decir...

—Ya, ya. Perdona. Las escribo... qué se yo... Creo que como todos los autores. Para mí, lo difícil es arrancar: sentarse a la mesa, coger las cuartillas y el lápiz y empezar a escribir. ¿Quién empieza a escribir solo? A mí se me insubordina el lápiz, que comienza a dibujar caricaturas, o se me sublevan las manos, que se ponen a hacer barcas de las cuartillas. Por eso he trabajado siempre con algún colaborador. El colaborador es como la Guardia civil para mi lápiz y mis manos, que bajo su vigilancia cumplen con su deber. ¡Si no fuera por ellos!... ¡Lo que yo disfruto en la cama, pensando que me voy a levantar, sin levantarme, y lo que yo gozo cantándole una canción a una butaca o conversando con las moscas!... Te advierto que podría hacer un libro sobre

la vida de las moscas. Las hay cursis, pasionales, chirigoteras, literarias...

—Hazme el favor, Enrique. Al grano. ¿Cómo trabajas con tus colaboradores?

—Chico, según. La base de las obras, el asunto, me lo saco yo siempre de la cabeza. El cortijo donde nacen los asuntos lo tengo pegado a la coronilla, porque, cada vez que siego uno, me duele la coronilla. Es curioso, ¿verdad?

—¿Y nunca has aprovechado un asunto ajeno?

—Nunca. Y no por orgullo, sino porque en cosa que no sea mía no se me ocurre nada con sentido común. En cambio, en las mías... Las mías ya comprenderás que son las obesas, porque yo no he intentado jamás hacer lo que se llama *género fino*. ¡Género fino! ¿Es que no hay finura en la obesidad? Que la busquen, hombre; que la busquen de buena fe, y discutiremos. ¿No es imponente la impresión que causan mis obras? Pues por algo lo es. Algo tiene el agua cuando la bendicen. Y lo que tiene mi agua es que yo... Bueno. A ti no te voy a sorprender, porque me conoces; pero lo que es al público...

—Revienta.

—Reviento. Lo que tiene mi agua es que yo soy un esclavo nubio de la lógica y de la realidad. Así, como suena: ¡un esclavo nubio, más negro que el betún! Se me ocurre un argumento: estoy limpiándome los dientes o poniéndome las botas, y se me ocurre de pronto, zig-zag, y

siento el dolor en la coronilla, y doy un grito: «¡Aaah!» Esta es la inspiración, ¿comprendes?, a la que me rindo con agradecimiento, como todos los mortales. Ahora que, apagada la centella del zig-zag, triunfan la realidad y la lógica, que son mis tiranas.

—Veamos cómo. Claro es que tú, rey de los reyes de Astrakania, te refieres a la realidad y a la lógica de Astrakania.

—¡No, hijo, no! Me refiero a la realidad y a la lógica que aceptan los artistas de Madrid. Prueba al canto. Yo, por respeto a la lógica y a la realidad, justifico más que nadie lo que pasa en mis obras. ¿Que un personaje come pescadillas en el acto segundo? Pues en el primero se entera el público de que se han pescado, y de este modo los tigres que se dedican a descubrir y castigar inverosimilitudes, se hacen la Pascua. Tú fíjate en *El verdugo*. ¿Por qué «resulta» pistonudísima la escena del teléfono? Pues porque el actor ha dicho antes que va a hacer *La muerte en los labios* y *La muerte civil*. ¡Lógica y realidad, chico!

—Eres inmenso, Enrique.

—No. Soy... ¿qué te diré que soy?... Bueno. Repito que tú me conoces. Y otra observación, para que se sienten en el suelo los que se figuran que yo no me preocupo frente a ciertas filigranas. En el teatro—¡agárrate!—no hay realidad. Es decir, la realidad de las tablas no es la rea-

lidad de la vida. Y, por tanto, yo me burlo...

—De la realidad real y cultivas la realidad artística. ¡Muy bien! De aguilucho, Enrique, hijo mío.

—¿Eh? ¿Damos o no damos en el clavo? ¡Como que hay vista! Lo principal es satisfacer la curiosidad del público, que es un niño, y distraerle. Distraerle con ocurrencias recién nacidas, aunque no tengan mucho ingenio. ¿Sabes lo del gato y las lechugas?... Dos martingalas yanquis que atolondran. Pues una Empresa de Nueva York le pidió a un comediógrafo—esto es hablar con finura: «comediógrafo»—que escribiese en una comedia un papel para un gato de verdad. El minino debía salir por la izquierda muy reposadamente, mayar junto al foro, y hacer mutis por la derecha, como un rayo. Y el comediógrafo escribió el papel y lo aprendió un micifúz, y para verle salir, mayar y escaparse han gastado los «neoyorquinos»—sigue la finura—cerca de medio millón de duros. ¿No te parece que a ese gato lo traducirán del inglés?... ¡Y nos lo servirán con ensalada de lechugas!

—¿Y qué es lo de las lechugas?

—Otra viveza del mismo empresario. Tenía una obra cuya acción se desarrollaba en un huerto, y llevó tierra al escenario, y sembró lechugas. Las lechugas, cultivadas hábilmente, crecieron, y toda Nueva York quiso ver cómo las arrancaban, las limpiaban y se las comían los actores. ¡Cuan-

do te digo que el público, nuestro señor, es un tierno infantel

—Por eso abusáis de él.

—¿Que abusamos? ¿Le entretengo yo con gatos y lechugas?

—No. Pero con «frescos»... Ya son demasiados «frescos». ¿No son graciosos más que los tipos que carecen de vergüenza?

—Es que los que carecen de vergüenza constituyen la debilidad de nuestro público. ¿No lo has notado? Los «frescales» triunfarán eternamente en las tablas. Acuérdate de Lafuente.

—¿Cómo se te ocurrió lo de Lafuente? ¿Dónde conociste al truhán?

—No, no le conocí. Lo inventé. Estaba yo en Marmolejo; fuí un día al cementerio, y reflexionaba sobre lo poco alegre que es morirse, cuando sentí el dolor en la coronilla, y di el grito que anuncia el zig-zag de la inspiración: «¡Aaah!» Segundos después, decidido a empezar un juguete, colocando la acción en un cementerio, iba yo hacia la fonda, diciendo: «Santas y fúnebres» y «Buenas y cadavéricas», y, aquel mismo día, engendré al frescales que va a llorar junto a un mausoleo para que se figuren que es rico. Al regresar a Madrid le hablé a Muñoz Seca: «Oye, Seca: ¿qué hay en un cementerio?» «¿En un cementerio?... Cadáveres, enterradores, ataúdes, escarabajos...» «No, hombre. Entiéndeme. ¿Para qué puede servir un cementerio?» «¡Caramba, para

enterrar!» «¿Para enterrar? ¡Y para tumbar de risa al público!» Seca me miró apenado, como si pensara: «El pobre Enrique se ha vuelto loco»; pero le expuse mi idea, bauticé al fresco, y ya todo salió admirablemente.

—Vamos ahora a los chistes, que es tu capítulo de más interés. ¿Te brotan de la coronilla también y con dolor?

—¡Quiá! ¿Dolor, y en mi diálogo los hay a centenares?... Yo hago chistes como quien hace pitillos. Porque llueve, porque no llueve; porque tengo dinero, porque no tengo dinero... Doy chistes como dan vino las uvas. Es el gracejo, ¿me comprendes? Se pone uno en situación, tira uno de diálogo..., y es coser y cantar. Lo que ocurre es que unos chistes pasan y otros no pasan. ¿Recuerdas el del «entrecote»? Dice una señora ridícula, encarándose con un mocito que la tiene chiflada: «Te conocí en el café. Entraste, te vi, pasaste por delante de mi mesa en el preciso momento en que me servía el camarero un «entrecote», clavé mis ojos en los tuyos, y exclamé: «¡Qué chico!» Por cierto que dijo el camarero: «Pues no los hay más grandes.» Fué una explosión.

—Es asombroso.

—¿Y éste, que fué comentado por medio Madrid? También es de *Las cacatúas*. Un escribiente que se llama Cantalejo, refiriéndose a lo que abundan las personas tacañas, dice: «Van que-

dando pocos de esos que invitan. A mí, el otro día, un sujeto, después de marearme dos horas para que buscara un expediente, al despedirse, me obsequió: «Tome usté, para un café.» Y me puso en la mano dos terrones de azúcar.» Fué un terremoto.

—Como que es colosal.

—De situación, ¿sabes? Y todos los de situación dan lo suyo. Los otros... Los hay soberbios. ¿Quién lo duda? Pero, ¿se pueden colocar en todas las ocasiones? Algunos chistes exigen un gasto fabuloso y además ultrajan a la lógica. ¡Tengo yo uno embotelladol... El de la gallina. Una gallina, que si no la vomito, se me indigestará.

—Cuenta.

—Es un chiste... carillo. Hay que pintar la estación del Norte y un tren. Y añade que sobre el chiste es necesario planear la obra.

—¡Caramba!

—Y agrega que el chiste no brilla por la verosimilitud. Júzgalo. Llega a la estación un diputado que se ha lucido bestialmente en el Congreso, y acuden a despedirle sus admiradores. Muchos admiradores; es decir, mucha comparsería. Y suena la campana dos veces, *tan, tan*, y el diputado se aproxima al vagón. Saludos, palmaditas, frases amables... Y de repente cae el diputado en que no lleva merienda, y recurre al admirador primero: «Hombre, amadísimo Garrafa, se me

ha olvidado la merienda, y como la endeblez de mi estómago no me permite pasar al coche comedor...» «¿Qué desea usted?» Y aquí principia lo poco verosímil. «Pues una gallina, Garrafa.» «¡A ver, una gallina para nuestro ilustre jefe!» Y el admirador más ligero corre como un proyectil. Pero entonces—y con esto la inverosimilitud se agrava — el diputado pide que la gallina esté viva. Es un poquito absurdo, ¿verdad?

—¿Por qué? Algunos oradores se comen las gallinas vivas. Después de todo, si están bien desplumadas... ¿No se comía Víctor Hugo el carapacho de las langostas?

—¡Ah! ¿Sí?

—Y que el diputado puede pedir la gallina viva para comerla fresca, por si no las hay frescas en el coche comedor.

—De ese modo justificaba yo la singularidad. De manera que la pide: «Amadísimo Garrafa, que esté viva la gallina.» Y le ordena Garrafa al admirador segundo: «¡Que esté viva!» Y advierte el admirador segundo: «¡Viva!» Y ruge el admirador tercero, para que se entere el ligerísimo que se encamina hacia la fonda: «¡Viva!» Y, en ese instante, creyendo todos los demás que vitorea al diputado, gritan como un solo hombre: «¡¡Vivaaa!!» Y el efecto es aterrador.

—¡Inaudito, Enrique! ¡Gigantesco, descomunal!

—¿Ves cómo te ha gustado? Y eso que tú ¡podrías manejar el escalpelo con agallas!

—No, no me adules. Y, para terminar, cuéntame alguna aventura graciosa.

—Una aventura graciosa, una aventura... ¿Cuál te cuento? ¿La de *Mi papá?* ¿La de los catallos?

—Las dos.

—¿Y si te parecen fúnebres?... Bien. Es lo mismo. Partimos, en un automóvil descubierto, de San Sebastián, para estrenar *Mi papá* en Bilbao. Agosto, tres de la tarde, polvaredas, avispas, sol... Llegamos cuando se terminó el acto primero, y, como dos sardinas enharinadas para hundirse en la sartén, saludamos a los elegantes que nos aplaudían. Y en cuanto cayó el telón comenzamos a embellecernos. Yo me puse una tirilla de González, me afeité, me ricé la cabellera, hice que me plancharan los pantalones... Y se acabó el acto segundo, y como no era cosa de salir por dos palmadas, y como no hubo más de dos palmadas, pues nos quedamos dentro. «Pero ¿qué ocurre?» Y los actores nos respondían muy calmosamente: «Nada. Al final saldréis.» Pero al final no fueron dos las palmadas, porque nadie se dignó aplaudir, y la espuma bilbaína no pudo admirar el corte de mis pantalones ni la gentileza de mis rizos. El empresario nos consoló: «Aquí, en saliendo los autores una vez, no vuelven a salir en la vida.» Y yo me acosté convencido de que *Mi papá* no había fracasado.

—Venga la otra aventura.

—De la otra hace mucho más tiempo. A Paso y a mí, que disfrutábamos de lo mejor de la juventud, nos gustaba pintar la cigüeña, y una tarde que estrenábamos ropa y que disponíamos de dos duros, se nos ocurrió, no sé por qué, ya que no conocíamos más caballos que los de la baraja, alquilar dos pencos. El alquilador, adivinando nuestra ignorancia, nos facilitó dos viejecitos, gordos y lustrosos, y, a un trote cochinero, atravesamos la calle de Alcalá y nos lucimos en la Castellana con la altivez de dos fieros desbravadores. Y, de pronto, siento un picorcillo en las nalgas y algo así como unas puñaladitas en los muslos, y, antes de manifestar mis impresiones, oigo un suspiro de mi compañero. «¿Qué pasa, Antonio?» Y fué y se enfadó: «Pero, tú ¿eres de piedra?... Pasa que no puedo más, que se me rompen los huesos y se me abren las carnes.» «Es que no nos han dado dos caballitos, sino dos vértigos.» «Pues que los soporte el que los compró.» Y de nuevo al trote, llegamos a la cuadra... «¿Cuánto es?» «Cinco duros.» Paso estuvo a punto de caerse; pero a mí el riesgo me avivó la inteligencia. «¿Te convences—le dije, para engañar al alquilador—de que eran cinco duros y no diez? Ea, a pagar las copas.» Y seguimos trotando, sin hablar, hasta que Antonio estalló: «¡Me cisco en el primer caballo, en Noé, que impidió que se extinguiese la raza, y en el inventor de la caballería!» «¡Hombre,

Antonio, no grites!» «¿Que no grite y estoy en carne viva?» ¡Si tuvieras mi piel y no la de un elefante!... Vamos por dinero.» «Vamos por dinero.» Y a las nueve de la noche fuimos a mi casa, y mi familia... ¡se había ido al Real! «Antonio, que no está mi familia. Sablearemos a Hidalgo.» «¡A Hidalgo y a Prim! ¡Ay! ¡Maldito sea Noé!» Y nos plantamos en casa del editor, y subimos las escaleras como dos curdas, y no pudimos acuchillarle... ¡porque se había marchado a Pozuelo! Yo, que tenía las nalgas como dos *bistés*, maldije más que mi amigo y le propuse una tontería: «Antonio, vamos a llorar.» Y él replicó, sin entenderme: «¡Claro! En cuanto que montemos otra vez. Pero no seré yo el que monte. ¡Prefiero que me coja un tranvía!» «Y yo, Antonio. Se me han pegado los calzoncillos a la piel de atrás.» «Pues a mí es la piel de atrás la que se me ha pegado a los calzoncillos.» A las once de la noche, moviéndonos como sonámbulos y con los pencos a la espalda, recorríamos los cafés para que nos librase algún amigo de nuestra cruz, cuando encontramos a Arregui, y nos salvó. ¿Qué te parece?

—Tu mejor sainete. Y ahora, para concluír de veras, de veras, una pregunta: ¿Cuánto dinero has ahorrado?

—Pues, de 100.000 duros que he venido a ganar, según el Montepío, tendré, tendré... es posible que más de 200.

Y un amigo que nos escucha, da la siguiente explicación:

—Una vez convencimos a Enrique de que convenía vivir con orden, y nos prometió que en cuanto cobrara e hiciese unas compras indispensables, metería su dinero en el Banco. ¿Y sabe usted lo que compró? Una maleta de 70 duros, por si a la vejez se le ocurre viajar, porque hasta hoy no ha pensado en los viajes; unos prismáticos de 100 duros, dignos de Jellicoe, para examinar a las golondrinas; un reloj de pared, que por no dar razonablemente la hora, sino silbando, le costó 400 pesetas, y un xilófono, por el que le extrajeron 200. ¿Hace falta decir más?

—¿Qué te parece, Enrique? Yo creo que no.

LOS MANIRROTOS

El tesoro de Vives.

Los primeros pasos.—Un viaje por mar.—La tempestad, el salchichón y la poesía de los cantos andaluces.—La farándula.—Atracón de estudios.—Amistades raras.—El amor.—Lo que abulta la plata.—El pateo de «La primera del barrio».—Lo que se hace por estrenar.—El miedo que inspiró «Don Lucas».—Luceño y el mendigo.—El triunfo, el hundimiento y la salvación.

—Mire: me parece, me parece, me parece que le voy a parecer un poco idiota.

—¡Maestro!

—No. Es igual. Le responderé a usted. Yo soy hijo de un fraile que se casó antes de profesar. De modo que mi padre no era un cualquiera. Sabía perfectamente latín; pasaba por ser un buen teólogo... No era un cualquiera. Pero, como no tenía dinero, no me pudo educar a lo príncipe. ¡A lo príncipe! Ni siquiera a lo burguesillo zarramplín. Yo no he estudiado nada oficialmente, no he aprobado nada, no he sufrido ni el examen de ingreso para asistir a un Instituto, porque jamás pensé meterme en un Instituto. Componía a los catorce años, porque sí, porque nací

músico; pero, hasta en la música, soy un autodidacto. Verdad es que aquí no es posible aprender música, puesto que los que saben —cuatro o seis— «disfrutan» de una incapacidad riñonuda para enseñar. Esta incapacidad de nuestros educadores—todos o casi todos—y esta epidemia del autodidactismo nos asesinarán, si no nos enmendamos. El orden en los estudios, el método, la disciplina, son indispensables. Tan indispensables, que el que no ha gozado de sus beneficios, tendrá que resolver trabajosamente, como yo, problemas infantiles, durante la vida entera.

—Y en su infancia, ¿qué hizo usted? ¿En qué se ocupó usted?

—¡Oh! Hice tantas cosas... Yo tenía un hermano, cura, que se perecía por la música y que fundó en Málaga una banda de niños, y me fuí con él. Era muy severo y yo muy alegre, y, desde los primeros días, su rigidez se me atragantó, y me torcí. Se empeñaba en que estudiase cinco o seis horas a diario, y yo no estudiaba cinco minutos; quería hacerme vivir como un cartujo, y yo me escapaba de noche por el balcón y me iba de *juerga*... Y en una ocasión, después de un disgusto gordo, compré un cajoncito, lo llené de dijes, pipas, rosarios, cadenas de reloj, dedales de acero y de plata y otras bujerías, y me fugué y me hice vendedor ambulante. Caminaba de día o de noche, a la buena ventura, cantando, charlando con los contrabandistas y los labriegos,

retozando con las mozas y jugando con los pequeñines, y dormía en las eras o en las posadas, y comía, con un apetito que no he vuelto a tener, bajo los árboles o en los mesones. Hasta que devoré y digerí el mismo cajón que constituía mi establecimiento, y, con las orejas gachas, fuí a entregarme a mi hermano.

—¿Y trabajó usted entonces?

—Una chispita más. Como que, no habiendo cumplido mis quince años, era maestro de composición del organista de Málaga—un cura completamente imbécil—, que no aprovechaba mis lecciones de armonía. En cambio, el segundo organista, don Eduardo Ocón, me pareció un músico admirable.

—¿Y prescindió usted de sus escapatorias de «juerguista»?

—¡Quiá! Y esas escapatorias precisamente decidieron a mi hermano a privarse de mi compañía. Una mañana me compró un pasaje de tercera, me dió unos duros, y me dejó en el *Espalíu*, que iba a Barcelona. ¡Qué alegre, qué triste, qué cómico y qué trágico viaje fué aquell... En el vapor, lleno de andaluces zumbones, al entrar nosotros hubo un teatral tumulto: «¡Un cura! ¡Un cura!», gritaban. «¡La hemos diñao! ¡No tardará ni tres horas la tormenta que hunda ar vapó!» Calcule usted el pánico que me entraría al oir tan animadores augurios. Pero los burlones —unos simpáticos granujas—me recibieron con

indulgente amabilidad, y me hice amigo de todos. Y, gracias a sus aficiones, aquel mismo día, en la hora inquietante del crepúsculo, tuve una gran revelación.

—¿Relativa al arte?

—Al arte. Un carabinero, que tenía una voz dulcísima y soberbiamente varonil, se puso a cantar soleares, cartageneras y seguidillas gitanas. Y yo, que nunca había escuchado con emoción los cantos populares andaluces, me emocioné con las entrañas y comprendí, de súbito, la inmensa poesía que encierran. Pero continuaré la narración del viaje. Llegamos a Cartagena; como el *Espalíu* se detenía algún tiempo, desembarqué, y aunque llevaba el dinero tasado, en vez de meterme en una cantina, igual que mis compañeros, invadí el comedor de una imponente fonda y me atraqué lo mismo que me hubiese podido atracar en casa de Lúculo. Salí repleto, sonriente, optimista, viéndolo todo sonrosado, y me detuve, no sé por qué, frente al escaparate de una lujosa tienda de comestibles, y, seducido, tampoco sé por qué, por unas longanizas, adquirí unos metros con las pesetejas que me quedaban, y me las llevé triunfalmente al barco. Bueno; una aclaración: yo no compré longanizas, sino salchichones; pero a los salchichones de Vich, y por extensión á los demás, les llamamos longanizas en Barcelona. Y adelante. Zarpó el barco, y no había hecho más que hundir la proa

en el golfo de Valencia, cuando estalló una tempestad horrible, la que nos acechaba desde que pisó mi hermano el *Espaliu*, y se acabaron las cartageneras, las soleares y las seguidillas, y, durante cuarenta y ocho horas, nos dedicamos a danzar. Especialmente los de tercera, a los que no les daban de comer, y que, con los dos días de retraso, habían agotado sus municiones acuñadas sufrieron de un modo horrible. Yo, sin un céntimo, me pasé tres días a salchichón pelado, con una sed infernal, porque el agua que nos permitían beber, la de la fuente—que era agua del Mediterráneo, desalada—, carecía de toda condición de potabilidad. Y así, con hambre, con sed y con fiebre, volví a Barcelona.

—¿Y curado de su mania aventurera?

—¡Ah, no! Poco después, me divertí en Málaga otra temporadilla, e inmediatamente estudié el tesoro artístico de Toledo, sin mucha comodidad. Tuve el dolor de presentarme en el Zocodover sin cuello ni puños, y esto—vea que majadería— me perturbó, porque no caí en la cuenta de que para maravillarme en la Catedral no necesitaba cuello y puños, sino ojos y sensibilidad artística. Pero me perturbó, y, a fin de adornar mis muñecas y mi nuez, me puse en relaciones comerciales con un alpargatero, y vendiendo alpargatas por las afueras, completé y enriquecí mi camisa.

—¿Y cómo no recurrió usted a su hermano?

—Recurrí después. Estaba en el manicomio de Ciempozuelos—aunque no recluído, ¡caray!—y fuí a buscarle de paso para Barcelona. Y cuando me marchaba, después de haberme despedido de él, un hombre muy severo y con el rostro muy inteligente, me detuvo: «¿Adónde va? ¡No se sale de aquí!» Y me hizo perder media tarde junto a la puerta.

—¿Le había tomado por un loco?

—Como que él era el que estaba loco perdido. Y yo creo que algo de su locura se me pegó, por las cosas que pensé y ejecuté desde entonces. Conocí a centenares de cómicos, y erré de pueblo en pueblo, unido a compañías de la legua, para tocar el piano. Luego traté a algunos escritores, y a dos o tres compositores, y a varios propagandistas radicales, y la vergüenza que me inspiró mi descomunal ignorancia, me empujó hacia el estudio. ¡Y cómo estudié, con qué gusto, con qué prisa, con qué ardor!... Sentado en la biblioteca de la Universidad, devoraba volúmenes de filosofía, de sociología, de literatura, de historia, de religión... Sobre todo, las cuestiones religiosas me cautivaban. Y empecé a sufrir mis grandes crisis espirituales.

—¿De misticismo?

—Sí. En realidad, yo, durante aquella época, fuí un místico. Un místico negro y un místico rojo, porque leía a Balmes y a Voltaire. En Barcelona, todo lo extravagante tiene una floración,

y yo, seducido por las extravagancias de aquellos tiempos terroristas, hice mil equilibrios, y concluí por no saber a qué atenerme en nada. Traté a muchos anarquistas que murieron fusilados, a muchos curas, a un obispo, a infinidad de hombres raros y peligrosos... Vi a Pallás cuando arrojó su bomba; estuve en el Liceo la noche de la catástrofe... Y, en aquellos días de vacilación, tan difíciles, que tanto podían influir en mi existencia futura, encontré a mi tesoro.

—¿Y cuál es su tesoro, maestro?

—Mi mujer. Me prefirió, siendo guapísima y estando solicitada, sin que la acobardase mi absoluta miseria. Le debo cuanto he producido y cuanto soy. Es mi conciencia y mi voluntad. A los dos meses de casado, rompí mis relaciones con la gente rara, abandoné el estudio de las cuestiones religiosas, y, espoleado por la necesidad, me puse a escribir. Y aquel mismo año estrené mi ópera *Artús*.

—En la que hay, según me han dicho, trozos muy bellos.

—Es posible. Toda la fragancia de mi primera juventud está en esa obra. Tiene, por lo menos, la lozanía que no se recobra jamás: la de la adolescencia.

—¿Y gustó?

—De tal modo, que unos señores que creyeron que triunfaría en todo el mundo, me entregaron 5.000 pesetas. ¡Cinco mil pesetas entonces,

cuando en mi casa contábamos por céntimos!... Pero mi mujer no tuvo su mayor alegría al ver los cinco billetes grandes de las cinco mil pesetas, sino al contar las mil de mis derechos, porque las cobré en plata. Figúrese. Yo entré cargado y me aproximé a la mesita del comedor: «Mira lo que nos da la obra.» Y vacié un bolsillo, y mi mujer abrió tremendamente los ojos. «¿Todo eso?» «Más, más, hija mía.» Y vacié otro bolsillo, y me miró alelada. «¡Ay, Jesús! ¿Eso también?» «Y todavía más.» Y me saqué puñados de duros del chaleco, del pantalón, de la americana y del gabán, y se llenó la mesa de alfonsos, amadeos y repúblicas, entre los «¡Ay, Señor!» y los «¡Ay, Jesús!» de mi compañera. Para la pobrecilla, acostumbrada a manejar cobre, fué un desvanecimiento; y para mi, que gozaba con su gozo, una alegría que no he podido olvidar.

—¿Y vino usted a Madrid gracias a *Artús?*

—Gracias a *Artús*. Con algún dinero, envalentonado, ansioso de trabajar y seguro del triunfo. Y ni a raíz del espantable pateo de *La primera del barrio* perdí la fe.

—¿Qué es eso de *La primera del barrio?* ¿Quién escribió la letra?

—Pues aún no lo he podido averiguar. Yo, desconocido en Madrid, pese a mi *Artús*, frecuentaba el despacho de los editores Vidal y Boceta, y un día, no sé por qué motivo, me enteré de que le debía a Boceta cierta cantidad Javier

de Burgos. Hablamos. El editor, buena persona, se lamentó de que le perjudicasen los escritores —porque había más de cincuenta que le adeudaban tanto como Burgos—, y a mí, oyéndole, se me ocurrió una idea luminosa: «¿Quiere usted cobrarle a don Javier?» Boceta me contempló estupefacto. «¿Cómo?» «Pidiéndole que haga un libro de zarzuela. Yo le pondré la música; de mis derechos cobrará usted lo que le debe Burgos, y así todos quedaremos contentos: usted porque recuperará sus cuartos, el autor, porque no pagará y yo, porque estrenaré en Madrid.»

—¿Y aceptó Burgos?

—Alborozadísimo. Pero, como era majestuosamente vago, en vez de escribir la obra, para salir del apuro, se la pidió a Granés, que se apresuró a entregármela... mas sin escribirla.

—¿Sin escribirla?

—Sí; porque si a Burgos le gustaba la vagancia, a Granés le enloquecía, y el manuscrito que me entregó lo había «perpetrado» uno de aquellos principiantes que acudían a él para estrenar. Y, claro, fracasó, y el desastre nos reventó a todos: a mí, porque empecé con una derrota; a Boceta, porque no le pudo cobrar a Burgos; a Burgos, porque no se libró de pagarle a Boceta; a Granés, porque no pudo partir con Burgos lo que les produjese mi partitura, y al desconocido que obsequió a Granés con su zarzuela, porque no consiguió que Granés le demostrase su generosidad.

—De manera que el pateo ¿fué gordo?

—Hercúleo. Patadas, bastonazos, alaridos, silbidos, insultos... No he vuelto a ver ni a oír nada igual. La gente, a la salida, exclamaba, llena de agradecimiento: «¡Cuánto nos hemos divertido!» Y yo me gané un gran cartel. Tan grande, que ver el público de los estrenos anunciado mi *Don Lucas del Cigarral* y adquirir zapatos fuertes y bastones como encinas, fué la misma cosa. Los músicos, los cantantes, la Empresa, hasta los alabarderos, habían descontado el fracaso, y Luceño y yo teníamos un pavor horrible. Y llegó el día del acontecimiento, y salimos del ensayo general, mustios y temblorosos, los autores. Y dije yo: «¡Qué lástima de obra! ¡Con el arreglo admirable que ha hecho usted!» Y replicó don Tomás: «Pues ¿y su música? ¡Si es de una inspiración que arrebata, quieran o no quieran! ¡Lástima de obra!» Y nos interrumpió un mendigo: «¡Una limosnita, por caridá, nobles cabayeros!» «Perdone, hermano.» «¡Una limosnita, por Dios!» «Perdone.» «¡Compadézcanse de mi desgracia!» Y lo atolondró Luceño con esta interrogación: «Pero, hermano, ¿todavía no le han dicho que somos los infelices del *Don Lucas*?... ¡Rece por nosotros!» Y seguimos andando, mientras algunos revendedores ofrecían así las localidades: «¿Quién quiere butacas pa el pateo?... ¡Tacas, tacas pa el pateo!»

—Y fué colosal el triunfo.

—Pero no como el de *Bohemios*, que se ha re-

presentado más de diez y siete mil veces, ni como los que conseguí en otras obras, que me permitieron saludar, de cerca, a la Fortuna.

—¿Y cómo se arruinó usted?

—Me arruiné por inocente, por candoroso, por confiado, por torpe... Alquilé la Zarzuela sin el caudal preciso y pagando el ciento por ciento de intereses por las cantidades que tomé, y me vi sin dinero, en más de una ocasión, para pagar las nóminas de ese teatro, de Eslava y del Cómico... ¿De qué manera iba a acabar tan desdichada aventura?... Debí perder, no los 64.000 duros que me reclamaban mis acreedores al abandonar yo el negocio, sino otros 64.000 duros.

—El golpe sería tremendo para usted.

—Imagínese. Mis amigos propalaron que me marcharía a América o que me levantaría la tapa de los sesos. Pero como yo no desprecio en absoluto mi masa encefálica, y como, desde el temporalillo de mi primer viaje, miro con cierta aprensión al mar... No. No me suicidé ni me fuí. Y, por parecerme más sencillo reconstituír mi vida con el trabajo, trabajé, y puse en derrota a la coalición de autores que me odiaba y que pretendía hundirme, y me libré de los diez y siete abogados y los diez y siete procuradores que me cercaban, y me ayudó el público, y me favoreció la suerte, y se duplicaron mis ánimos y mi resistencia..., y aquí me tiene usted.

—¿Sin trampas?

—Casi, casi. De aquellos 64.000 duros deberé el pico, si acaso. De modo que me podría meter en otra aventura.

—¡Pero, maestro!

—No, descuide. Me expondría a arruinarme otra vez, ¡y temo tanto intranquilizar a los amigos propagandistas de la emigración o la bala!...

La energía de Pepe Serrano.

En Sueca.—El Sr. Vila Vendrell en el pueblo y el Sr. Vila Vendrell en Madrid.—Don Emilio Serrano.—Un triunfo.—Lo peligrosas que suelen ser en España las ideas nobles.—La patrona ideal.—Los prejuicios del maestro Caballero.—El protector.—El estreno de la canción.—«Las aves marinas».—Lo que hacen los Quinteros.—Seiscientas mil pesetas.—La salud de doña Teodora.

—Oye, Serrano: ¿te molestaría decir que has padecido la molestia de no comer algunos días, y no por falta de hambre?

—¿Por qué, chico? ¿Soy yo un cursi?

—Tienes razón. No eres un cursi.

—Anda. Empieza. ¿Quieres saber por qué vine yo a Madrid?... Verás qué cosa más chusca. Yo, que me había examinado, de golpe, de los tres años de solfeo y de los tres primeros de violín, dirigía en Sueca la banda un verano—porque mi padre, que era el director, estaba malucho—, cuando llegó al pueblo una gloria local: el Sr. Vila Vendrell, director general de Ha-

cienda en el ministerio de Ultramar, diputado a Cortes y orador caudaloso. Aquel día celebrábamos la fiesta gorda de Sueca—la de la Virgen de Sales—, y el Sr. Vila Vendrell fué a la plaza y se colocó frente al tabladillo donde manoteaba yo rodeado por los músicos. En seguida me lo dijeron: «Pepe... ¡¡que está ahí Vila Vendrell!!» ¡Y vaya si trabajé con esmero, recorchea! Pero aun afiné más aquella noche junto al domicilio de mi ilustre paisano, al que obsequiamos con una serenata. La fantasía de *Carmen* le debió de agradar, porque se encaró con mi padre, al que conocía desde la infancia: «Tú, ¿quién dirige?» «Mi hijo. ¿Lo hace mal?» «¡Moño!... Aquel chiquitín que yo besaba, ¿ha crecido tanto? Y aquel chiquitín ¿es este maestro?... No, no lo hace mal. El que lo hace mal, el que se porta mal, es el autor de sus días.» Mi padre se asombró. «¿Por qué?» «Porque, siendo mi amigo, no has pensado en decirme: «Llévate al mozo a Madrid, ayúdale, hazle un hombre de pro.» ¿Ignoras que en Madrid hay un Conservatorio y que el Estado otorga pensiones?» Imagínate la que se armó en mi casa. Mi padre, gran músico, que no se fué a estudiar a Italia porque la miseria se lo impidió, y que vió morir todas sus ilusiones en el ambiente hostil del pueblo, me aconsejó el viaje: «De espaldas a Sueca, hijo mío, camina todo lo que quieras caminar; pero, de cara a Sueca, no andes aunque te empujen a

cañonazos.» Y yo, riéndome, le juré que mientras no ganara, haciendo música, 5.000 pesetas, no volvería a verme.

—Y te marchaste.

—A la semana. En el tren me hice amigo de unos caballeretes de mi edad, que acabaron por envidiarme. Porque no hablaba ya de la pensión, humilde punto de partida, sino de mis excursiones por Italia, Francia y Alemania; de unas excursiones a lo príncipe, que costearía el Estado, merced a la influencia arrolladora de Vila Vendrell.

—Y... ¿te recibió en Madrid?

—¡Hombre, caray!... ¿No había de recibirme? Tardó unas tres semanas; pero me recibió, por fin, en el Ministerio. ¡Y con más alegría!... «¡Hola, chico! ¿Y papá? ¿Está mejor el papá?... ¡Bien, Pepín, bien!» Todo esto con palmaditas y risotadas. ¡Si no hubiera sido por la pregunta!...

—¿Qué te preguntó?

—Esto: «Pero, hijo, ¿qué te trae por Madrid?» Me quedé helado. «Señor Vila, usted me prometió...» «¡Bah! ¡Promesas! Todo lo toman ustedes en serio, como si dar fuese lo más fácil del mundo. Pero veré. ¡Veré, qué caray!» Agoté mis recursillos, y seguí frecuentando la Dirección. Con menos carnes, con menos ropas, con menos alegría, con menos esperanza... Y una vez estaba yo silbando melancónicamente la fantasía

de *Carmen*, la que oyó en Sueca mi protector, cuando su secretario me abrió los ojos: «Pepe, me da lástima de usted, y le aviso. Vila Vendrell no le ha recomendado a nadie, ni le recomendará. Márchese al pueblo.» «¿Al pueblo? ¡Ni a cañonazos!» «Pues entonces yo le recomendaré al maestro don Emilio Serrano, al que quiere mucho Bosch.» Bosch y Fustegueras, que por aquellos tiempos era el ministro.

—¿Y qué pasó?

—Pues que, gracias a don Emilio Serrano, que leyó unas cosas mías, y que fué muy bondadoso conmigo, hice unas oposiciones y las gané. La pensión, que se llamaba de gracia, permitía cobrar 3.000 reales al año. ¡Vaya gracia! Pero mi triunfo me animó extraordinariamente, porque con 3.000 reales el panecillo no me podía faltar. Y no me hubiese faltado sin una noble idea de Bosch.

—A ver. Di.

—Bosch, que debió de ser un hombre generoso, se despertó una mañana dispuesto a pelear por los artistas, y aquella tarde pronunció en el Congreso un magnífico discurso. «Estas pensiones de gracia, señores diputados, son pensiones de ignominia. ¿Qué puede hacer un músico, qué puede hacer un pintor con 3.000 reales? ¿No es vergonzoso que la nación les condene a la miseria?» Y los diputados dijeron que sí, que era vergonzoso, y que las pensiones, como supli-

caba el señor Bosch, debian ser de 6.000 reales, y suprimieron las de 3.000.

—Pero no concedieron las otras.

—¡Quiá! Yo cobré dos meses. Y, ¡claro!, mi patrona no pudo ver el color de mi dinero. ¡Qué patrona aquella!... ¡Qué admirabilísima mujer!... Tocaba yo el piano para impresionar cilindros de fonógrafo, y ganaba así penosamente unas pesetas. Mas con esas pesetas no tenía ni para fumar, y me desesperaba y me avergonzaba. «Señora, no gano lo preciso para pagarle, y me voy a ir.» Y ella, irguiéndose, me reñía primero, y me consolaba después: «No se apure, que Dios a nadie abandona. Ya cambiarán los tiempos. Calma.» Entonces conocí a la familia del maestro Caballero. La mujer, santa, más que buena, se portó conmigo como una madre, y los hijos me honraron con su amistad. Iba a su casa frecuentemente y a diario a la Zarzuela, que explotaba el maestro.

—¿Querías estrenar?

—Sí; pero en su teatro, sólo en su teatro. En aquellos tiempos no cultivaban en Madrid el género lírico regularmente más que Apolo, la Zarzuela y Romea, y yo, entre los dos grandes, me decidí por la Zarzuela, y renuncié al teatrín... influído por el maestro.

—Explícate.

—El maestro despreciaba olímpicamente todas las obras que no se parecieran a las que a él le

habían dado ocasiones para triunfar. «¿Qué hay por el teatro?», le preguntaba a su hijo Manuel. «¿Han llevado libros?» «Sí, dos; pero de los de Romea.» Y el maestro soltaba un «¡bah!» desdeñoso, y nadie volvía a recordar los libros. Y así le tomé yo odio a esos libros—tanto, que no quise ponerle música a *Venus Salón*—y tiré voluntariamente las únicas muletas que me hubieran podido salvar. Y como prescindí, también, del recurso de tocar en las orquestas, porque el maestro no concebía que un violinista o un flautista pudiera ser un compositor, me vi en apuros terribles. Y así, hostigado por estos apuros, me entregué a un benévolo protector.

—¿Como Vila Vendrell?

—Quien sabe. Era un músico de fama, viejo ya, enfermo y cansado. Lo primero que le hice fué un número que le faltaba para terminar una obra. «Anda, cárgatelo tú», me dijo. Y «me lo cargué», y fué el único que se repitió. Al día siguiente los periódicos ponían en las nubes la «juvenil lozanía» del viejo.

—¿No te dejó firmar?

—No. Pero, como me había prometido presentarme al público... Y llegó la ocasión. El maestro le hacía todos los años una canción a la tiple más mimada del teatro, para que la estrenase en su beneficio, y aquella vez me la pidió a mí. «Escríbela, y sé discreto. La Fulana quiere que sea mía, y si se entera de que no es mía, se

va a disgustar. En el momento oportuno, yo revelaré el nombre del autor.» ¡Cómo trabajé, Dios santo! ¡Cómo me exprimí el corazón para sacarme de él las melodías!... Y terminé la canción, y la ensayó la tiple, dirigida por el viejo, y se imprimió el título—sólo el título—en los carteles, y se levantó la cortina, y el público escuchó dos veces mi obra y la premió dos veces con sus aplausos. Yo estaba febril. «Ahora—me decía—subirá mi protector al escenario, y proclamará mi nombre, y me recibirá la gente con un estrepitoso palmoteo..., y empezaré a vivir.» Recuerdo que tenía un miedo atroz de llorar y que me animaba a mí mismo: «Serenidad, Pepe. No llores ahora, que sería una sandez. Calma. Piensa en lo que, al verte agarradito a la tiple, va a disfrutar tu patrona.» Y subió al escenario mi protector, y... no quisiera ni recordarlo, porque todavía se me llena de hiel la boca.

—¿No proclamó tu nombre?

—No. Y yo, más débil que un niño, no de alegría, sino de pena, rompí a llorar como si el mundo se hubiese acabado para mí. Y, sin embargo, aquel hombre era bueno. Le perturbó el egoísmo de la vejez. Le he perdonado con toda mi alma.

—Y el maestro Caballero, ¿te ayudó?

—Sí, porque la amistad de los Quinteros se la debí a él. Le había puesto yo música a *Las aves marinas*, zarzuela de Maillo, y Serafín y

Joaquín me recomendaron: «Que se estrene eso, aunque sea para que vaya a primera hora, o de remedión cuando sea preciso. No es justo que se abandone a Serrano.» Pero *Las aves marinas*, sin duda, era una obra *de las de Romea*, y no se estrenó. Afortunadamente, porque Serafín y Joaquín riñeron con el maestro y me obsequiaron con *El motete*—que se puso en Apolo—quince días después.

—Y desde *El motete* a *La canción del olvido*, ¿cuántas pesetas podríamos contar?

—Habré ganado unas 600.000. ¡Quién las tuviera!

—De todos modos, ¡si te viese hoy tu patrona!

—¿Qué es eso de *si te viese?* Me ve, hijo, me ve. Si está en mi casa.

—¿En tu casa?

—¿Pues dónde iba a estar?... Para mí es como una madre y para mis pequeños como una abuelita. Como una de esas abuelitas de los cuentos de hadas, porque nuestra doña Teodora ha cumplido ya los ochenta y tres años.

—¿Y se defiende?

—Como una fiera. Hace una temporadilla enfermó del hígado; pero la llevé a unas aguas, y se curó pistonudamente. Ve lo mismo que yo, digiere mejor que tú, y anda como una tiple de veinte años. Y se ha enamorado de tal modo de la vida... Cuidado que mis ofrecimientos son

tentadores: «Vaya, Teodora, anímese. Si se muere usted deprisita, le compro una sepultura de primera y le costeo un entierro de capitán general. Doce caballos árabes, lacayos con pelucas blancas, ataúd de ébano, muchas coronas, una sartén de honor sobre el ataúd...»

—¿Y no la conmueven esas promesas?

—La hacen reír. Porque mi vieja hada se ríe todavía... gracias a Dios.

LOS CANTANTES MUDOS

EL ACTOR DE LOS CINCO CEROS

Azul, blanco, rojo y negro.—Contra una farsa.—A dos «Asombros» por día.—¡Viva Madrid!—El empujón de los sevillanos.—Cosas pasadas.—Casimirín el estudiante.—La derrota de Sabadell.—De las aulas a los anfiteatros.—De vacaciones en Cádiz.—Un paso decisivo.—El triunfo de «Melindres».—Casimirín, primer actor.—Las treinta y dos eminencias.—Tres tonterías y tres ovaciones.—El miedo a los cortesanos. En busca del triunfo.—Operetas, no.—El pavo de «La fabla» y el galán de «El gallo de oro». Los tímidos.—El farolero de «Serafín» y el conquistador de «El asombro».—El médico chino y la bayadera india.

El visitante, después de recorrer un zaguán largo y lujoso y de atravesar un infecto y helado patinillo, que descubre frente a la portería, trepa por una escalera, se pierde en un laberinto de corredores, oriéntase, por fin, y llega a una encrucijada, donde ve a un empleado.

—¿El señor Ortas?

—Allí.

Y penetra en una habitación muy reducida,

donde unas damas y unos caballeros se amontonan elegantemente para jugar a pares y nones, y levanta un tapiz casi oriental, y descubre en su santuario al graciosísimo farandulero.

—Adelante, adelante.

Ortas, en mangas de camisa, con la peluca encasquetada, libre la rotundidad del vientre del recio cinturón, se caracteriza para hacer el médico de *El asombro de Damasco*. Entonada ya la frente, pintase de negro las cejas, de blanco los párpados superiores y de azul los inferiores, y de rojo la nariz, cuyas ventanillas agranda con dos pinceladas negras, y después de cubrirse las mejillas con una pasta rosada, rodea con dos semicírculos blanquecinos los semicírculos azulados de los ojos, y termina así concienzudamente su labor. En el gran cero de su rostro, de amplia papada, se abre el cero carmesí de su boca, palpita el cero encendido de su nariz de punta esférica y relucen, maliciosos, los ceros de sus ojillos.

—Qué, ¿está bien?

—En esos redondeles todo está bien. Con cinco ceros como los que tiene usted y con inteligencia, es muy difícil no ser gracioso.

—Me ayuda también la barriga.

—Sí.

—Y los brazos, que son muy cortitos.

—Sí.

—Y la estatura.

—Y el talento.

—Si no el talento, la buena voluntad. Conque me la reconocieran, sería yo feliz. No me refiero a la buena voluntad para servir al público, sino a la buena voluntad para servir a los autores. ¿No le han dicho a usted que yo no quiero trabajar más que en dos actos?

—Pues ¿no hace usted cuatro ahora?

—¡Ele! Esa es la contestación: «¿No hace usted cuatro ahora?» Dos *Asombros* por día, ¡y con baile... y enfermo! Y, sin embargo, dicen: «Ortas no quiere trabajar mas que en dos actos; Ortas perjudica a la Empresa y a los autores.» ¡Por vida de *El señor Pandolfo!*

—¿Qué es eso del señor Pandolfo?

—*El señor Pandolfo* es una obra en tres actos. La trajeron, gustó, y por haber gustado precisamente, les hice yo una advertencia a los autores. Bueno; yo, conviene decirlo, estaba hecho una calamidad con una cosa que tenía dentro del vientre... y no aludo a mis tripas. Creo que la cosa estaba también dentro de las tripas.

—¿Y qué era?

—¡Ah! No sé. Y los médicos tampoco lo saben. Lo que nadie ignora es que la cosa tiene un carácter revolucionario. Y yo he descubierto, además, que es enemiga de la música y que aborrece el baile. Mientras estoy sentadito o hablando pacíficamente, al pelo, morena; pero me pongo a cantar, y se pone la cosa a arañarme en el interior, y, en cuanto doy un salto, me muerde en

los intestinos igual que un mastín rabioso, y arma la revolución. Y como yo no podía dominar estas revoluciones más que haciendo mutis, cuando trajeron *El señor Pandolfo* les avisé a los papás: «Caballeros, que *El asombro*, por lo que asombra de bonito, va a durar un rato, y que si *El señor*, como es de esperar, dura también, el que no dura soy yo. Y yo no tengo prisa por molestar a los que han de cantarme el gori gori, y para no molestarles, me iré a mi casa antes de que me echen cinco actos encima.» Y no hubo más, porque, como era mía la razón, no quiso quitármela mi Empresa. Ni el público, pues lo que es el público de Madrid... ¡Señores, con el público de Madrid! Gloria pura. ¡Viva Madrid!

—Usted se lo debe todo.

—Todo, no. El empujón de los sevillanos me hizo subir mucho. Yo vine con fama de Sevilla, como Belmonte y Joselito.

—¿Empezó usted allí?

—¡Quiá, hombre! Yo he empezado, como Borrás, en Cataluña. En Sabadell. Mi padre no quería que fuese cómico, y me puso a estudiar el bachillerato. «Casimirín, a ver si te tragas toda la Medicina del mundo, y descubres un microbio nuevo, y juntas millones, y hasta te erigen estatuas. Me gustaría, Casimirín.» Y el deseo paternal me conquistó, y, entusiasmado, soñé algunas noches con el «microbio Ortas,» que vivía en la sangre y que era un poco más pequeño que una vaca.

Pero como no se me ocurría coger los textos más que cuando me faltaban pesetas, y como las últimas pesetas que había gastado procedían siempre de la pignoración de los libros, pues no podía estudiar y me conformaba con añadirle carnes y cuernos a mi extraordinario microbio. En cambio, me daba unos atracones de comedias, zarzuelas y sainetes... ¡Lo que yo he llorado en el paraíso del Español y lo que me he reído en los de Lara y Apolo!... Y una vez me fuí a pasar las vacaciones con mi padre, que dirigía una compañía, y le rogué que me permitiera trabajar. «Papaíto, ¿sabes que eso de los microbios es una perdición?... Se han descubierto tantos, que no se encuentra ni uno para un remedio, y si me dedico a su persecución, voy a volverme loco y a dejarte mal encima. ¿Por qué no me das un papel?» Y me lo dió a los tres días de matraca, y me lo aprendí como el bendito, y engordé una arroba de orgullo y satisfacción. «Ya veréis, ya veréis que Talma, sabadellenses.» Y se anunció *La caza del oso*, poniendo en el reparto a Casimiro Ortas (hijo), y llegó el terrible instante, y Casimiro Ortas (hijo), que era el dependiente de la tienda, entró en el escenario, cariñosamente empujado por el trasputne, y se quedó ciego, sordo y mudo.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Como se lo digo a usted. No oía al apuntador, no veía a los sabadellenses y no podía hablar. Mi padre, desde la primera caja, hacía lo

posible para infundirme ánimos: «¡Pero, Casimirín, hijo, rompe!... ¡Ten valor!» Y yo, alelado. «¡Pero huye siquiera, Casimirín, que van a tirarte cosas!» Y yo, sin moverme, levanté el codo... Recuerdo que cuando me sacaron de escena, unos sabadellenses hacían: «¡Hú, hú, hú!» y otros se reían. Y recuerdo que, al caer en los brazos de mi padre, vomité el papelito entero y pleno. «¿Ves, papá?... ¿No me lo sé como un papagayo?» Y mi padre: «Entonces, ¿por qué no lo has dicho?» Y yo: «Por el microbio. Porque se me vino a la imaginación el microbio. Porque me parece que lo voy a descubrir.» Y me abrazó mi padre, y me dijo: «Pues dale gracias a Dios, ya que para esto no sirves.» Los actores estuvieron conmigo muy generosos: «Anda pa casa, galán, que vas muy bien.» «Lo mismo me pudo ocurrir á mí.» Y yo, aquella noche, soñé que el descubrimiento del microbio Ortas, que no era como una vaca, sino como un elefante, me valía una estatua ecuestre en la Puerta del Sol.

—¿Y cuándo volvió usted a probar?

—Al año siguiente, en Cádiz. Mi padre, cuando le supliqué, tartamudeando un poquitín, que me sacara de nuevo, se horrorizó. «¡Eres mi único hijo, y quiero que seas un matasanos y que asesines a media España, aunque te condenes, mejor que verte asesinado, aunque te salves!» Pero yo insistí, y como mi padre me adoraba, me repartió el Melindres de *El cabo primero*. Lo estu-

dié, lo ensayé, y estuve repitiéndome a mí mismo durante ocho días: «Lo que es ahora... ¡hablo!»

—¿Y habló usted?

—¿Que si hablé?... ¡Como si hubiese llevado media vida de actor! Los cómicos, como es natural, habían referido lo de Sabadell, y el público llenó el teatro para felicitarme si repetía yo mi hazaña. Y por eso seguramente, por haberme recibido *de uñas*, fué tan grande, tan desmedido mi triunfo. No me alelé, mudo e inmóvil, ni me defendí levantando el codo, sino que grité, canté, di brincos con la tranquilidad de un veterano, y la gente, que es buenísima, se hinchó las manos aplaudiéndome. Pues, ¿y mi padre?... Mi padre, que temblaba, creyendo que se repitiría lo de Sabadell, se hizo cruces. «Pero, ¿eres tú? ¿Has hecho tú ese Melindres? ¿Estoy despierto?» Yo me reía, viéndole con las lágrimas en los ojos, y le contestaba abrazándole. «Pues si eres tú—declaró—, ya has descubierto el microbio que te dará de comer.» Y en aquel momento consintió que renunciara a la Medicina.

—De manera que le hicieron a usted actor en Cádiz.

—No. En Sevilla. Yo fuí a Sevilla algo escamado, porque allí idolatraban a un actor excelente: Cerbón. Pero me presenté en Cervantes con el soldado de *La trapera*, y me aplaudieron de un modo que no olvidaré. Allí—donde he

trabajado mucho—aprendí lo que sé. De allí salí como soy ahora.

—¿Y no tenía usted deseos de luchar en la corte?

—¡Grandísimos! Estuve aquí el año que hubo zarzuela en la Comedia. En la compañía figuraban 32 notabilidades: 16 primeras tiples y 16 primeros actores. Entonces conocí a la Pretel, a la Miralles, a la bellísima Fernández Molina, a Riquelme, Pinedo, Orejón... Yo, aunque era un pobre insignificante, tuve la fortuna de hacer uno de los pollitos del último cuadro de *La verbena* y la suerte de gustar. Dije mis tres tonterías, y me gané tres ovaciones. ¡Pedir más!... ¡Qué «compañión» aquel! ¡Con el teatro atestado se perdían cerca de 1.000 «plumas» diariamente!...

—¿Y por qué no siguió usted en Madrid?

—Porque no me contrataron en el puesto que ambicionaba. Yo, primer actor en provincias, no iba a contratarme de meritorio. Pero, ¡tenía unas ganas de venir a la corte y me asustaban tan horriblemente los cortesanos!... ¿Sería este público parecido al de Sevilla, al de Cádiz, al de Valladolid?... ¿Me premiaría las tontadas del pollito de *La verbena* únicamente?... Y me presenté con un pavor en el Gran Teatro... Justo, porque aquel género no era mi género.

—¿Cuál es el suyo?

—El chico: la zarzuela chica, el sainete.

—¿Y la opereta?

—No. Yo gozo haciendo la caricatura de la verdad; pero no haciendo la caricatura de la caricatura. Y la opereta, casi siempre, es una caricatura. Si me equivoco, que me perdonen.

—Y, sin embargo, usted es un bufo.

—Conforme. Un bufo; pero un bufo al que no le gusta la opereta. Y cuidado que algunas bufonadas mías... ¿Se acuerda usted de aquel dependiente que se disfrazaba de pavo en *La tabla de salvación?*... Para acertar en el papel compré dos pavos, y los ví discutir, fraternizar, darse pisto y cascarse las liendres. Y así logré yo andar, pompearme y acometer lo mismo que un pavo.

—También fué una bonita bufonada la de *El gallo de oro.*

—Como que me repartieron un papel seriote que debió estrenar el tenor. ¿Qué hubiera pasado si me hubiese puesto yo a decir amores como un galán de capa y espada?... ¡Me estremezco! Y con abrir mucho los ojos, y poner redonda la boca, y arrugar la nariz, y sacarme gorgoritos de la panza, volvió *El gallo* al gallinero con todas sus plumas.

—¿Cuáles son los tipos que simula usted mejor?

—Los tímidos. He hecho tantos...

—¿Y los ha estudiado usted mucho?

—Nada. Si yo no estudio... En los estrenos me guían los espectadores. ¿Se ríen? Voy bien.

¿No se ríen? Voy mal. Y si voy mal, rectifico sobre la marcha. Para defenderme en mis papeles me basta con imitar lo que he observado. El farolero de *Serafín el Pinturero* es casi una copia, en cierto sentido. Una tarde me encontré en la plaza del Rey a un farolero que parecía un podenquillo. Le seguí, para *quedarme* con su indumentaria, su manera de encender y su modo de andar, y el individuo se enfadó tan terriblemente, que si continúo mi estudio me enciende la nariz. Y el «terrible» de *El asombro de Damasco* es una imitación de un médico chino que conocí en América. Era un hombre estupendo. Se dedicaba a preparar y adiestrar pulgas saltadoras y a conquistar jamoncitas de más de cincuenta años. Un tipo. En su casa me enseñó los bailes sagrados una bayadera india, bellísima setentona que me atortoló completamente.

—Sí; las indias de setenta años son temibles. Pero enseñan mucho.

—Ya ve usted como bailo yo en *El asombro*. Y no hago más monerías difíciles, que enloquecerían al público, por la Tórtola, que pega cuando se enfada. Y figúrese usted cómo se enfadaría si yo le quitase el pan.

La infancia de Ramón Peña.

Por los trenes de Nueva York.—Los primeros años.—El consejo de Paulino.—Aguado, el emprendedor.—El «sleeping» de Peñita.—Terribles aventuras: los ladrones y los toros.—Un salto mortal.—El gato que ladra y el perro que maya.—La severidad de Bosch.—Del arte al comercio.—Los trabajos de Hércules.—«Alí», sus travesuras y su escapatoria.—Por esos mundos.

En el despacho de Peña, una especie de jaulón de jilgueros, muy lindo y muy soleado, construído en la torre de una casa de la Gran Vía. El popular comediante nos ofrece el sillón en que se sienta para escribir su camarada Montenegro, y principia a charlar:

—No me voy por codicia. Las 15.000 pesetas que me dan mis empresarios por trabajar un mes en la Habana son pocas pesetas, y me las gastaré. Me voy por realizar uno de mis sueños infantiles.

—¿Y en qué consistía ese sueño? ¿En cruzar el Atlántico? ¿En cantar una guajira frente al castillo del Morro?

—No, no. Consistía en apedrear con cáscaras de naranja a los ciudadanos de Nueva York.

—¡Ah! Muy bien. Es bonito.

—Y no es porque me sean antipáticos los *yankees*. No. Verá usted. A los nueve años, un dentista que fué a parar a mi casa, me dijo, entre otras mil singularidades, que en Nueva York había ferrocarriles que volaban sobre unos cables de acero, a la altura de los tejados, y esto me entusiasmó. «Yo—pensaba—dejaría caer, con la astucia de un indio, cáscaras de naranja sobre las señoritas, los caballeros y los polizontes, y nadie me podría pegar. Y, por añadidura, ultrajaría, sacándoles la lengua, a los sujetos gordos que fuesen por la calle, y gozaría con su desesperación.»

—Es un magnífico programa, y debe usted realizarlo.

—¿Ahora? ¿Después de haber visto en mi cabeza un cabello como la nieve?... Ya es tarde. Ahora veré las maravillas que hacen los empresarios de Nueva York, y a mi regreso procuraré copiar las que no sean muy caras. Ya que es uno cómico...

—¿Lo dice usted con tristeza?...

—¡Pchs!... Yo hubiera querido ser domador de leones o banquero. Los banqueros, para mí, eran unos individuos a los que, al terminar la carrera, les daban unas minas de las que se extraían onzas de oro.

—¿Y por qué fué usted actor?

—Porque no pude ser otra cosa. Mi familia, como casi todas las familias decentes de nuestro país, vino a menos, y mi padre, después de pelear en Málaga—de donde soy—al frente de una casa de cambio, de un almacén de vinos y de un hotel, se resignó a explotar una fonda modesta. Uno de los huéspedes, Paulino Delgado, notable actor, también venido a menos, para defender un negocio *serio* que no podía ir peor, ideó reforzar su compañía dramática con artistazos cómicos y líricos, y estrenar así *La gran vía*.

—¿Y fué usted uno de los artistazos en que se fijó?

—No; porque yo entonces tendría unos sesenta meses. Pero se fijó en mis hermanas, mocitas guapas e inteligentes, convenció a mi padre de que las debía dedicar al teatro, y las presentó. ¡Lo bien que me acuerdo del susto y de la vergüenza con que empezaron las pobres!...

—¿Y siguieron con Paulino?

—Con Aguado. Este Aguado era un señor de Sevilla, al que yo respeté y admiré más que si hubiese sido al mismo tiempo banquero y domador de leones. Hablaba a gritos, usaba para los viajes botas de montar, y de un balazo le partía un ojo a una gallina. Verdad es que le ponía el cañón del revólver en la cabeza. Pues este señor Aguado, que tenía dos teatros portátiles, para que sus cómicos trabajaran siempre, contrató a mis hermanas, y mi padre traspasó la fonda, y nos fui-

mos con él. ¡Y cómo viví yo entonces!... Como un príncipe encantado; como el protagonista de un cuento de hadas... Ibamos de pueblo en pueblo, y viajábamos en carro, en galera, en mulo... A mí, generalmente, me instalaban en un serón, y seguros de que mi formalidad y el baúl que me servía de contrapeso impedirían que me cayera, me dejaban solo. Y yo hablaba con las pepitillas, imitaba el canto de las codornices, le ladraba a los perros que nos acometían y vitoreaba al señor Aguado, que, sin envanecerse, como si no fuera el dueño de sus maravillosas botas de montar, solía tirarme de las orejas. Una noche dormía yo en mi *sleeping*, cuando de pronto me despertó una especie de rugido: «¡Alto!» ¿Alto? Y apenas abrí los ojos, escuché otra orden: «¡Arriba las manos!» ¿Para qué? Y a la lumbre de unos pitillos, vi unas carotas mal afeitadas y oí unos *ajos* y unas humildes súplicas. Y me dormí.

—¿Eran ladrones?

—De seguro. Pero jamás me lo dijeron. Cuando pregunté, mi padre me declaró, riéndose, que había tenido una pesadilla. Pero el susto de pesadilla fué el que otra noche nos dieron unos toros. Los llevaban a no sé qué pueblo, se habían desmandado, y se encontraron con nuestra caravana. ¡Seis toros contra catorce o quince ruiseñores! ¿Se imagina usted el espectáculo? Con decirle que hubo tiples que a fuerza de chillar se quedaron mudas... A mí me abandonaron, y aun-

que los cornudos no me quisieron mechar, del miedo que sufrí, creo que me malogré como tenor. Y, ¡clarol, entonces, ya con voz de artista lírico de categoría, empecé mi carrera.

—¿A que edad?

—A los ocho años. Mi primera creación fué la del Gato, de *La gran via*. El Gato no dice más que «miau». De manera que me aprendí pronto el papel. Y, no obstante, al hacerlo pude perder hasta la vida. Para el Gato había un traje enterizo de lona pintada y una cabeza de cartón, grandes, porque interpretaban el papelito los muchachotes de los pueblos. El traje, cogiéndole unos pliegues en la cintura, me lo arreglaron; pero la cabeza de cartón no admitía arreglos, y salí a escena protestando, rabioso, sin ver... y decidido a lucirme. Y pasó lo que tenía que pasar: que al segundo brinco, me caí a la orquesta; que le metí la flauta hasta el estómago a un músico que miraba a la tiple, y que, gracias al dulce instrumento, no me estrellé. Pero, ¡cómo le sentó mi caída al público!... «¡A ver! ¡Que degüellen a ese gato indecoroso! ¡Fuera! ¡Zape!» Yo, en el escenario de nuevo, merced a los músicos, y pegadito al foro, para no repetir la suerte, rascándome los chichones y llorando, declamaba mi papel: «¡Mia-aá-ul «¡Mia-aá-ul» Y los granujas de la «cazuela», despedazándose de risa, aullaban: «¡Morcilla! ¡Que le den morcilla a ese mininol» Pero el disgusto mayor me lo proporcionaron una se-

mana después. Dormía yo como un bendito cuando me despertó la moza: «¡Avívate, que se ha puesto mala doña Trini, y se suspende la función, y hay que echar *La gran vía!* ¡Ligero!» Me llevó al teatro donde ya esperaba otro artista de mi edad; nos vistieron a escape; se equivocaron los que nos vestían, y yo, en vez de salir de gato, salí de perro, y me puse a mayar. «¡Miau! ¡Miau!»

—Se divertiría la gente.

—Pero pidiendo mi cabeza y tirándome varas y sombreros. «¡Que maten a ese fenómeno! ¡Uh, uh, uh!» Y yo, aterrado, salí de estampía, y en dos brincos me planté en la posada, decidido a renunciar a una profesión tan peligrosa. Luego, libre de Aguado, y siendo ya mi hermana Rafaela una tiple admirable, ingresé en la compañía infantil de Bosch para hacer papelitos, y de tal manera hice uno, que me puso en la calle mi director. Vivíamos entonces en Valencia, gran ciudad donde un doncel de pocos posibles puede recibir una portentosa educación que le permita triunfar en el mundo, y como yo había cumplido los once años, mi padre quiso que principiaran a educarme.

—¿Y le metió en un colegio?

—No. Mi padre era partidario de una educación práctica, y me metió en un almacén. En el almacén de la viuda de Joaquín Gil, señora que tenía una fábrica de pañuelos de seda. Me destinaron al despacho, y, con objeto de que fuese

aprendiendo a triunfar en el mundo, tuvieron la bondad de dedicarme a mil cosas delicadas y heroicas, como barrer, llevar fardos a la estación, coleccionar capones, aguantar improperios...

—¡Claro! ¡Le favorecían a usted con una educación práctica!... Pero esa educación, cuando no aniquila al individuo, le fortalece.

—Y me fortaleció a mí. ¡Como que cargaba con fardos que abultaban más que mi persona! ¡Qué tiempos aquellos! Por las mañanitas, ejercicios de escobón, bajo la dictadura de un viejo que poseía un caudal de blasfemias bilingües asombroso; después, lección de atletismo, levantando, empaquetando y transportando pañuelos de seda; más tarde, excursiones de placer a la estación y al muelle, cargado como un elefante, y, para rematar la jornada, más blasfemias, alguna riña y tal cual cogotacillo. ¡Me acostaba más satisfecho, y rezaba con un fervor, para que Dios protegiese a mis protectores!...

—¿Y disfrutó usted muchos años junto a aquellos excelentes pedagogos?

—No sé. Creo que me favorecieron un siglo o dos.

—Y los que tan píamente moldeaban su vida, ¿no tuvieron ninguna punible debilidad? Es decir, ¿no le permitieron alguna vez abandonarse a los desastrosos arrebatos de la infancia?

—¡Ah, no! Nunca. Yo nunca pude cazar mariposas y avispas tranquilamente, como un niño

vicioso, ni exornar una tapia con un dibujo picaresco, ni ponerme al revés la chaqueta en un arranque de humorismo, ni amaestrar caracoles, ni pasearme andando sobre las manos... Ni siquiera me consintieron obsequiar con mis postres a *Alí. Alí*, un borriquito moruno, del pequeño de la viuda, era mi ídolo. Tenía tanta malicia y tanta gracia, que yo hubiese hecho sacrificios enormes por «alternar» con él. Y me pagó de una manera...

—¿Con una borriquería?

—Con una borriquería. Justo. La viuda veraneaba en la fábrica, en Burjasot, y a Burjasot iba el burro con su amito, que después se lo traía a Valencia para que le pasease durante el invierno. Pues una vez, a los dos días de regresar la señora, ocurrió un suceso extraordinario. Este: «Ramón». Me escamé, porque no me hablaba muy frecuentemente. «Señora». «Ve a la fábrica y tráete el borriquito. Que estés aquí a la hora de comer». Me dió cuarenta y cinco céntimos y salí tambaleándome, borracho de alegria. ¡*Alí* en mi poder durante cien minutos que tardaría de Burjasot a Valencia!... Entré en la fábrica como un rehilete, pedí la joya, me la entregaron... ¡con cabezada y silla para que la montase!, y me monté en el burro, y perdí la razón. ¡Qué viaje, Dios mío! ¡Qué viaje tan increíble y tan fantástico! Agitaba las riendas, cantaba, saludaba como un viejo amigo, contoneándome gallardamente, a

las campesinas y a los aldeanos; me detenía en las ventas para beber y para encomiar las dificultades de la fabricación de pañuelos... Y charlando y bebiendo y deshaciéndome de júbilo, no en cien minutos, sino en doscientos, que me parecieron un instante, llegué a la ciudad... y me tentó el diablo, y sucumbí.

—¿Cómo le tentó el diablo?

—Sugiriéndome la idea de no ir a casa en seguida. ¿Por qué, después de dos horas de felicidad, iba a despedirme de *Alí* para siempre? *Alí*, que había comido en mi mano pan humedecido en vino, me adoraba; *Alí*, aunque yo no tenía fusta ni botas de montar, gozaría paseándome, porque yo no era un amo, sino un amigo... Y, por darle gusto, me encaminé hacia el Grao, y momentos después me anonadó la castástrofe.

—¿Le atropellaron, quizás?

—Peor. Nos encontramos con un tren; *Alí*, sorprendido, me tiró por las orejas, y luego, con un pavor horrible, huyó como un rayo.

—¿Y qué hizo usted?

—Pedir socorro, perseguirle y llorar. Pero ¡cualquiera le alcanzaba! Todos los carreteros del Grao y una legión de chiquillos, por malicia más que por lástima, emprendieron su persecución; a los pocos instantes, les auxiliaron los pescadores, y, diez minutos después, unos miles de criaturas, locas de alegría, se dedicaban a la caza del burro. Y de pronto, *Alí*, lo mismo que un

brujo, que un duende o que un Raffles, desapareció. ¡Cómo entré en el despacho!... Por fortuna, mentí con serenidad, y gracias a mi serenidad y a un chichón, tan grande como una gamboa, que ostentaba en la frente, me creyeron. *Allí*, derribándome, se había escapado en el camino de Burjasot... Tal vez estaría en la fábrica...

—¿Y estaba en la fábrica?

—¡Cál ¡Si lo cogieron, a las ocho de la noche, frente al mejor café de Valencia!

—¿Y le echaron a usted?

—No. Siguieron educándome, y, a los cuatro años de trabajos hercúleos, hasta me dieron una gratificación: diez pesetas al mes. Y entonces, para que la prosperidad no matara en flor mis virtudes, huí, me junté con unos cómicos de la legua, me acostumbré a ayunar como un cenobita y a hartarme como una boa..., y así, poquito a poco, me convertí en un modesto actor.

INDICE

Páginas.

DOS CAUDILLOS

Las luchas de Alejandro Lerroux..... 9
El primer caballero de San Fernando..... 29

LOS TRIBUNOS DE LA PLEBE

Los trabajos y los triunfos de Prieto..... 51
De gañán a diputado..... 67

POLÍTICOS MONÁRQUICOS

La vocación de Romanones..... 81
Las armas de Dato..... 93
El viaje de Francos Rodríguez..... 103

LAS TIRANAS DEL PÚBLICO

Los secretos de Catalina Bárcena..... 115
El afán de Leocadia Alba..... 125
La amiga de la humildad..... 135
Los triunfos de Margarita Xirgu..... 143

VIDAS TRUNCADAS

La vocación de Valle-Inclán..... 153
La domadora de leones..... 161

LOS GRANDES ACTORES

Cómo mata y cómo muere Borrás..... 173
La chifladura de Morano..... 183
La carrera de Thuillier..... 193

LOS QUE COBRAN LA RISA

Las minas de Arniches..... 205
El arte, la prole y los números..... 217
Las cosas de García Alvarez..... 227

Páginas.

LOS MANIRROTOS

El tesoro de Vives 243
La energía de Pepe Serrano..... 255

LOS CANTANTES MUDOS

El actor de los cinco ceros..... 267
La infancia de Ramón Peña..... 277

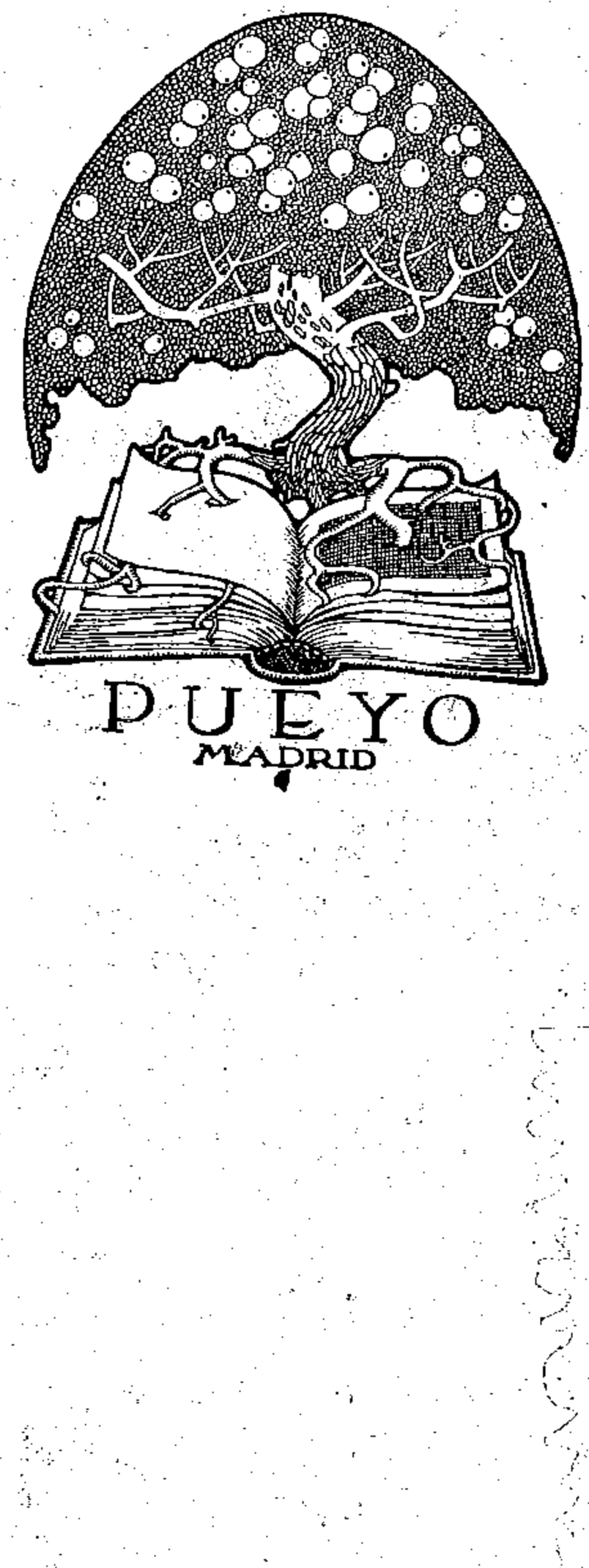
ERRATAS

La más fea que hemos encontrado está en la página 189, línea 20, donde, por habérsele escapado al tipógrafo una pícara ene, dice «browing» en vez de «browning», que es lo que escribió el autor.

12
9
108
14
122

14

82
9
108
14
122



4'50 PESETAS

Imp. Alburquerque, 12.—Madrid